

ANTOLOGÍA LITERARIA
VERSO, PROSA Y TRADUCCIÓN POÉTICA

**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
(ANLE)**

Junta Directiva

D. Carlos E. Paldao
Director

D. Jorge I. Covarrubias
Secretario General

D. Germán Carrillo
Censor

D.^a Ana M. Osan
Tesorera

D. Daniel R. Fernández
Coordinador de Información

D. Eduardo Lolo
Bibliotecario

D.^a Nuria Morgado
Directora del Boletín

*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)
618 Gateway Ave.
Valley Cottage, New York, 10989
U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com
Sitio Institucional: www.anle.us

Emilia Bernal

ANTOLOGÍA LITERARIA
VERSO, PROSA Y TRADUCCIÓN POÉTICA

Selección e introducción de Manuel J. Santayana Ruiz
Prólogo, edición y notas de Emilio Bernal Labrada



Colección Pulso Herido
Academia Norteamericana
de la Lengua Española
2020

Antología Literaria. Verso, prosa y traducción poética

Emilia Bernal

Colección *Pulso Herido*, N° 18

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Selección e introducción de Manuel J. Santayana Ruiz

© Prólogo, edición y notas de Emilio Bernal Labrada

Primera Edición, 2020

ISBN: 978-0-9993817-7-9

Library of Congress Control Number: 2018951355

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

618 Gateway Ave.

Valley Cottage, New York, 10989

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Ilustración de portada: Gerardo Piña-Rosales

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: Guillermo A. Belt, Stella Maris Colombo,

Graciela S. Tomassini

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2020 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

Índice

Prólogo	17
Emilio Bernal Labrada	
Introducción	23
Manuel J. Santayana Ruiz	

Capítulo I

Poesía

De *Alma Errante* (Edición de 1916)

Oh, yo te haré una barca de mis sueños.....	45
<i>Oh, Out of my Dreams I'll Craft You a Vessel</i>	
(traducción al inglés)	45
Versos sencillos	46
Cigarra azul.....	47
A un esclavo.....	48
Nocturno	49
En el mar	51
Señor, ¿quién es aquella...?	52
En el lago de mi alma	53
<i>Within the Lake of my Soul</i> (traducción al inglés)	54
Canción nocturna	55
Dame, Ninón, las crenchas... ..	56
El juramento.....	57
<i>The Promise</i> (traducción al inglés).....	58

Las palmas del desierto	59
<i>Desert Palms</i> (traducción al inglés)	60
De <i>¡Como los pájaros!</i> (Edición de 1922)	
Madrigales	61
Viene y va a ti constante el pensamiento... ..	61
Hay fuga, cobardía, mimetismo.....	61
El madrigal de las rosas	62
Sonetos	64
Barcarola	65
<i>Barcarole</i> (traducción al inglés)	65
Eros.....	66
<i>Eros</i> (traducción al inglés)	67
El loto	68
A nadie satisface su destino... ..	69
Poemas del año	71
Autumnal	71
Invernal.....	73
¡Rey de mis lágrimas!	75
En la tarde rosa	76
<i>The Rosy Glow of Sunset</i> (traducción al inglés)	77
Nostalgia	78
<i>Nostalgia</i> (traducción al inglés)	79
De <i>Los nuevos motivos</i> (Edición de 1925)	
El caballo de las rosas.....	80
Jugueteo	82
Caída de la nieve	84
I. Ternerita negra	84
II. Una fina loba.....	85
III. Fulgores de luna	86
IV. Con las buenas fieras	87
Evocación al Quijote	88
La palabra de miel.....	89

Mar	90
Emigrantes españoles	90
Las nueces	91
Alta mar	92
El secreto del mar	93
Ámame en español.....	94

De *Vida* (Edición de 1925)

Canción de cuna	97
La bayadera.....	98
El indiferente	99
Niebla encantada	100
<i>The Fog Casts its Spell</i> (traducción al inglés)	101
Esta cuerda de mi alma	102
Mírame, Nueva York	103
La noche.....	105
Costas de Inglaterra	106
El hombre verde (Melodía glauca)	107
Sierra Nevada	109
Fantasia de la Alhambra a la luz de la Luna	110
I. La evocación.....	110
<i>I. The Evocation</i> (traducción al inglés)	111
II. Las primeras voces	112
III. Los fantasmas.....	114

De *Exaltación (Poema Sinfónico)* (Edición de 1928)

El trillador.....	116
La mujer muerta	117
Carrera	118
Persecución astral.....	119
<i>Astral Pursuit</i> (traducción al inglés).....	120
Parábola de la tierra y el viento.....	121

De *Negro* (Edición de 1934)

En ruta (Introducción en prosa)	122
Verdad	124
Martirio	125
La cabrita (I).....	126

El collar de frutas (I).....	127
A la estrella más linda del cielo	128
Grito	129
Rubaiyat	130
Desolación.....	131
El collar de perlas	132
<i>The Pearl Necklace</i> (traducción al inglés).....	133
Cante negro (I)	134
Las estaciones	135
Invierno (<i>Manzanas cocidas</i>)	135
Estío (<i>Brasero de rosas</i>).....	136
Maternidad (I - <i>A una mujer</i>)	137
Maternidad (II - <i>A un hombre</i>).....	138
Silenciosamente	139

De América (Edición de 1937)

Hierro.....	141
A la mujer dormida	143
Tríptico unánime.....	145
i. Secreto.....	145
ii Silencio.....	146
iii. Soledad.....	147
Cóndor puñuna.....	148
I. Atahualpa.....	148
II. El rescate.....	149
III. Rumi Ñahui.....	149
IV. Erupción del Tunguragua.....	150
V. Pánico incaico.....	150
VI. Cóndor puñuna	151
VII. El pájaro de hierro	151
Madre.....	153
Tímida.....	154
<i>Timid</i> (traducción al inglés).....	155
Zonda la Ñusta.....	156
La Fuga. I, II, II, IV, V, VI.....	157
VII. Metempsicosis 1, 2.....	160
VIII. Canto de estrellas	160

De *Sonetos* (Edición de 1937)

Pequeña	162
Mi casa.....	164
Fuga	165
Honor (<i>A la gente</i>)	166
Leve	167
Pedrería	168
<i>Precious Stones</i> (traducción al inglés)	169
Los cuatro saurios de la reina Eumelia (Torneo)	170

De *Lubricán* (1953). Libro inédito. Poemas transcritos
por la Dra. Hilda Bernal Labrada (hija de Emilia Bernal)
en su selección antológica de 1985.

El amigo muerto.....	172
El gato se despide.....	175
Lágrimas.....	177
Allá	178
Yo siento que me hablan las estrellas.....	179
El madrigal de Aranjuez.....	181

Capítulo II

Prosa

De *Sentido* (Edición de 1938)

Uno de los mayores obstáculos.....	187
La poesía es, a veces, en su origen	188
Esto se llama escribir por debajo	188
Yo tengo un pensamiento claro	189
«Sobre los ángeles», de Rafael Alberti.....	189
Leo <i>Morriña</i>	191
Doña Emilia Pardo Bazán	192
Hoy, mientras almorzaba, sola yo	193
Mi más hondo pensamiento.....	194
El poder expresivo de la imaginación	194
El sueño	196
El hecho	197

De *Mallorca* (Edición de 1938)

Meditación ante el mar.....	199
Artista popular.....	200
Comprendimiento.....	203
La evolución de mi pensamiento.....	204
Transmutaciones.....	206
Valldemosa.....	211
Avatar (Nota: leer con el soneto “Leve”, bajo <i>Sonetos</i>).....	212
Angustia.....	214
<i>Pater semper incertus</i>	215
Literatura.....	217
Mujer.....	218
Caso.....	220
Flor de almendro.....	221
Humorismo.....	222
“Tenga”.....	223
Otra danzarina.....	224

De *Layka Froyka. El romance de cuando yo era niña*
(Edición de 1925) (Selección de Hilda Bernal Labrada)

I. La casa solariega.....	226
II. El patio.....	228
III. ¡Antaño! ¡Antaño!.....	229
IV. Hasta la eternidad.....	231

De *La raza negra en Cuba* (Edición de 1937)
(Selección de Hilda Bernal Labrada)

Sobre la raza, y razas. I y II.....	232
-------------------------------------	-----

De *Martí por sí mismo* (Edición de 1934)
(Selección de Hilda Bernal Labrada)

Retrato.....	234
El orador.....	236
El escritor.....	237
El apóstol.....	238

Capítulo III
Traducciones poéticas

Anthero de Quental.....	243
De <i>Los sonetos completos de...</i> (Edición en español de 1926; traducción del portugués)	
A “MC”	243
Al Crucificado	245
Amargura	246
Despertar.....	247
En la capilla.....	248
Velut Umbra.....	249
Juramento	250
Metempsicosis	251
Diálogo.....	252
Océano Noche	253
 Joaquim Folguera	
De <i>Poesías</i> (Edición en español de 1930; traducción del catalán)	
Una mujer que pasa.....	254
Canción pálida.....	256
Canto de la tierra enjuta	257
El silencio	259
El secreto	260
Bufa el viento en derredor.....	261
 Rosalía de Castro	
De <i>Saudades (Poemas)</i> (Edición en español de 1937; traducción del gallego)	
Poemas II, III, VII, XI, XV, XXIV.....	262
 Menotti Del Picchia	
De <i>Juca Mulato</i> (Editado en 1940; traducción del portugués brasileño)	
Intercambio Cultural (Prólogo de Hélios [pseudónimo de Menotti del Picchia] a la traducción de Emilia Bernal).....	269
La serenata	271

Lamentaciones	273
Mandinga.....	275
Cassiano Ricardo	
De <i>Martim Cererê</i> (Edición en español de 1953; traducido del portugués brasileño)	
El viaje azul	278
Declaración de amor	280
Estación de la luz.....	283
Ventura Gassol	
Canto Nuevo (contenido en <i>Negro</i> , 1934; traducido del catalán).....	285
Eugénio de Castro	
Hermafrodita (en <i>Mallorca</i> , 1938; traducido del portugués)...	287
Antonio Nobre	
Madre (en <i>Mallorca</i> , 1938; traducido del portugués).....	292
SEMBLANZAS.....	295

Prólogo



EMILIA BERNAL

Última fotografía de la poetisa camagüeyana, hecha
en New York por Nicolás Muray.

Última fotografía de la poetisa camagüeyana Emilia Bernal, durante su estadía en New York por el afamado fotógrafo Nickolas Muray (1892-1965). Fuente: Revista Social, Mayo 1921.

Nada, o muy poco, es preciso agregar a lo que debemos calificar de magistral *Introducción* con que a continuación nos obsequia nuestro erudito antólogo el profesor Manuel J. Santayana Ruiz, a quien agradecemos su acendrado empeño más de lo expresable en palabras.

También damos las más expresivas gracias a la Academia Norteamericana de la Lengua Española, que acoge y patrocina esta obra de amor que es la Antología de Emilia Bernal.

Dicho esto, no estaría de más acotar de nuestra parte, como colaborador en esta tarea a la vez que descendiente de la poetisa, algunos atisbos al periplo vital y personalidad de Emilia Bernal para entendimiento y disfrute de quienes no la conocieron sino a través de su obra literaria.

Ello adquiere mayor relieve en vista de que el número de quienes, hoy vivos, hemos tenido personal conocimiento de ella puede contarse en los dedos de una mano: aparte del que esto escribe, tres parientes y acaso algún admirador cuyo rastro hayamos perdido, todos de edad bastante avanzada.

Era, todavía en su cincuentena, una mujer inteligente y vivaz, de mediana estatura y mirada perspicaz, que gustaba de relatar a sus hijos y nietos anécdotas de viaje y curiosidades de la lengua española, así como las experiencias que había tenido con literatos y literatura de diversos países y lenguas.

Gracias a sus economías y sacrificios se había edificado una casita –casi calificable “de muñecas” por lo cuca y mínima– que,

situada en un vecindario conocido con el nombre de Reparto Que-rejeta, se ubicaba en un sector habanero cercano al más conocido y otrora elegante Miramar, como a kilómetro y medio de la nor-teña costa y su azulado Mar Caribe. Para la Perla de las Antillas eran otros tiempos, que hoy se nos antojan más inocentes y felices considerando los imprevisibles, inmerecidos y penosos vuelcos so-ciopolíticos –su análisis no viene aquí al caso– cuyas dimensiones hubieran sido por entonces punto menos que inimaginables.

De más está decir que avanzando por su muy adelantada setentena –tenía, con más precisión, 79 años cumplidos–, Emilia Bernal tuvo que emprender viaje al destierro acompañada de sus hijas Concepción y Nohemí Labrada Bernal. Abandonó así ese su único refugio jubilatorio, amén de muebles, libros, reliquias de familia y objetos acumulados en toda una vida dedicada a la lite-ratura y al magisterio –le dedicó a esta profesión largos años al principio de su carrera–. Cabe agregar que su hija menor, Hilda Labrada Bernal, a la sazón diplomática cubana en París, se unió poco después al círculo familiar en Estados Unidos.¹

Recordamos claramente que nuestra poetisa, a su llegada al exilio norteamericano, estaba muy delicada de salud y lamenta-blemente se mostraba muy poco comunicativa; estaba práctica-mente en sus últimos días. Sin embargo, con las pocas fuerzas que le quedaban, en singular reunión familiar, nos comunicó que había venido escribiendo una obra largamente acariciada sobre la historia de la familia Bernal. El escrito quedó, junto con otros que poco a poco llevaba adelante en su última temporada en la patria, en un baúl que atesoraba en su hogar y del que posteriormente ya no hubo jamás la menor noticia. Huelga decir que quienes se apoderaron de su vivienda y propiedades, ignorantes del valor de tales documentos, se habrían desembarazado de ellos sin el menor reparo.

¹ Con numerosos años en el servicio exterior de la república, Hilda Bernal Labrada representaba a su patria con categoría de Embajadora ante el gobierno de Francia y ante la UNESCO. Poco después, prefirió renunciar a su cargo –y a su futura jubilación– que aceptar las sombrías perspectivas, y vino a radicarse a Estados Unidos. Al optar por la ciu-dadanía estadounidense alteró el orden de sus apellidos en honor de su madre, poniéndose “Hilda Bernal Labrada”.

Durante nuestra niñez y adolescencia, veíamos con curiosidad ese baúl español –bargueño, casi– en un rincón de su vivienda. Su presencia no era inadvertida, pues no pasaba un solo domingo sin que nuestro padre, luego de asistir a la iglesia, nos llevara de visita a casa de ella, donde pasábamos varias horas de amena charla, amenizada con los deliciosos jugos de fruta con que siempre nos obsequiaba.

Es de interés señalar que durante la década de los 20 del pasado siglo, tanto se destacó Emilia Bernal por sus actividades de mujer independiente que cultivaba la literatura y se compenetraba con las artes en general, que llegó a ser conocida protagonista del movimiento feminista, que por entonces estaba aún en su infancia. Así lo atestigua la portada de una revista, fechada en 1926 y engalanada con un retrato que refleja su extraordinaria belleza –aunque estaba ya en su cuarentena– que una vez recibí con agrado y sorpresa de la doctora Georgette M. Dorn, hoy Directora de la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso y colega nuestra en la Academia Norteamericana. El nombre de la revista: “Feminismo Internacional”.

Sin ahondar demasiado en su vida personal, cabe observar que figuró entre las primeras divorciadas de Cuba –eran incompatibles los caracteres de ella y su esposo, el abogado y juez camagüeyano Armando Labrada Canto–. Escandalizó a la sociedad, como lo señalaron los diarios de la época, el hecho de que ella solicitara el divorcio legal tan pronto se aprobara la ley que lo autorizaba. La perturbación de las costumbres fue notoria: por el hecho, antes vedado e imposible, por el haber sido ella quien hiciera la petición, y por figurar entre los primeros casos en presentarse.

Ello constituye prueba de lo que ya sabemos: era una mujer muy avanzada para su época, en muchos sentidos. Todavía en el 2015, más de medio siglo luego de su desaparición física, se le recordó en Barcelona con motivo de un acto en memoria de Joaquim Folguera, poeta catalán a quien tradujo y con quien sostuvo una relación sentimental. Por si poco fuera, su pueblo natal de Nuevitas –por donde dio la casualidad que pasaran sus padres, radicados en Puerto Príncipe, hoy Camagüey– ha instituido en su honor un modesto Premio Emilia Bernal. O sea que la seguimos recordando y rescatándola del olvido en que se había sumido antes de

instituirse, en el año 2000, el Premio Literario Emilia Bernal, que ahora otorgamos a su antólogo, Manuel J. Santayana Ruiz.

Si Emilia Bernal no hubiera tenido el valor de escribir, hacerse firme y luchar por sus derechos y por lo que ella estimaba recto, valioso y procedente, nunca nos hubiera dejado este patrimonio literario y humano del que disfrutamos hoy sus coterráneos y admiradores en todo el mundo hispánico.

Emilio Bernal Labrada
de la Academia Norteamericana de la Lengua Española
Correspondiente de la Real Academia Española
Director, Fundación Emilia Bernal

Introducción



*Retrato dedicado a Manuel de Falla. El texto dice:
“Al maestro Falla, devotamente, Emilia Bernal”. Año 1915.*

Emilia Bernal en su obra

Una obra poética tan singular e importante en las letras hispánicas como la de Emilia Bernal no debería precisar introducción; pero los versos y –por modo muy señalado– las prosas de la poetisa cubana han sufrido un injusto y prolongado eclipse editorial. Una figura de nuestras letras cuyo perfil literario merece un lugar destacado entre sus conterráneos ilustres en la lírica moderna (La Avellaneda, Mariano Brull, Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, por citar los de mayor trascendencia ultramarina) fue ignorada por la historiografía literaria insular a raíz de su destierro voluntario a comienzos del decenio de 1960. En el exilio, al que arribó en la vejez, y que fue breve a causa de su frágil salud, el fervor de sus deudos no pudo ir más allá, por circunstancias adversas, de un culto familiar constante y del proyecto de una antología que no llegó a realizarse.

Es cierto que el *Diccionario de la literatura cubana* publicado en la isla por el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba en 1980 no la ignora. Allí encontramos una breve ficha dedicada a Emilia Bernal, situada entre Anacleto Bermúdez, poeta y abogado anexionista muerto en 1852 y su ilustre tío abuelo José Calixto Bernal y Soto, patriota ilustre y teórico del Derecho, que vivió en España como Diputado a Cortes por la Cuba colonial y abogó por reformas en favor de la isla pero fue contrario a toda solución cruenta de la situación política. Tras unos sucintos datos biográficos, la nota sobre nuestra poetisa concluye: "Permaneció fuera de Cuba gran parte de su vida". No insinúa

siquiera que murió en el destierro, doloroso pero voluntario, entre sus parientes más cercanos.

La dilatada ausencia de esta obra en el panorama de las letras hispanoamericanas se hace aún más lamentable si recordamos las certeras palabras que dedicó a su autora el profesor Juan J. Remos en su *Proceso histórico de las letras cubanas*, publicado en 1958, a las puertas de la conmoción política que había de imponerse en la isla por más de medio siglo. Escribió Remos:

Forman los poetas “intimistas” una isla; asomémonos a ella. EMILIA BERNAL (1884), la modernista de *Alma errante*, (1916), desemboca en su plenitud lírica con *Vida* (Madrid, 1925) y *Exaltación* (Madrid, 1928), y la curva avancista se acentúa en *América* (Santiago de Chile, 1933), *Negro* (Habana, 1934), subrayando cada vez más su fuerte subjetivismo, de rico léxico y franca emoción, de pureza de imágenes y novedad de temas; la suya es poesía de evidente esencia humana, de robusta individualidad artística, fecundidad y gran variedad de matices (p. 258).

La obra de Emilia Bernal continuaría desarrollándose, con las características señaladas por el crítico cubano, hasta comienzos del decenio de 1950. Junto a su poesía, para dar cuenta cabal de su aportación a la cultura de su país y de su continente, es preciso mencionar sus obras en prosa: sus ensayos, conferencias en Madrid y en la Sorbona, sus brillantes traducciones de poesía inglesa (Poe), catalana, gallega, portuguesa y brasileña; y sus libros escritos en España en las que denomina Max Henríquez Ureña “prosas miniaturistas”; todas estas publicaciones reclaman hasta hoy una reedición que las devuelva al público lector y las revele, en particular, a las nuevas generaciones que han tenido noticias muy insuficientes de su autora.

Dos descendientes de nuestra poetisa, no obstante lo antedicho, perseveraron sin desmayo en sus esfuerzos porque el nombre de su ilustre antepasada no cayera en olvido: la menor de sus dos hijas, la Dra. Hilda Bernal Labrada, compiladora de la antología que no llegó a publicarse, y su nieto el escritor y académico de la lengua Emilio Bernal Labrada, cuya fervorosa iniciativa hizo posible que se instituyera el Premio Literario “Emilia Bernal”, otorgado ya a varios escritores cubanos en el destierro. Menciono dos

nombres: los poetas Ángel Cuadra y Félix Cruz-Álvarez, autor este último de un esclarecedor opúsculo sobre la poesía bernaliana.

La labor filial a que aludí en el párrafo anterior, rindió esporádicos pero importantes frutos en el destierro: los artículos del Dr. Víctor Vega Ceballos, publicados en el miamense “Diario Las Américas” a finales de los años 70 del pasado siglo volvieron a peraltar la figura de Emilia Bernal ante los lectores del destierro y sirvieron de introducción, a manera de ensayo, a la edición facsimilar de dos libros de la poetisa en un solo volumen: *Alma errante*, de 1915, y *América*, de 1938. El libro, impreso en 1990, fue una de las primeras publicaciones de la Editorial Cubana, presidida por el recordado empresario Luis J. Botifoll. Luego vendría, en 1999, el estudio que le valió el Premio Literario Emilia Bernal al biógrafo Armando Betancourt de Hita, titulado *Emilia Bernal: su vida y su obra*. La introducción estuvo a cargo del poeta Luis Mario (recién fallecido al escribirse estas líneas), por entonces director del Diario Las Américas y, poco después, galardonado con el propio Premio Emilia Bernal. La edición fue revisada y prologada por el ya citado Emilio Bernal Labrada, quien se encargó también —con excepción de un poema— de las versiones al inglés de la breve y bilingüe antología poética contenida en el libro.¹ Luego apareció la nueva edición de *Layka Froyka, el romance de cuando yo era niña*, el extraordinario volumen de memorias de Emilia Bernal, anotado y publicado por el profesor Rolando D. H. Morelli, que también recibió por ello el Premio Emilia Bernal.

Desde su aparición en el panorama de la poesía cubana, nuestra poetisa obtuvo el reconocimiento de la crítica autorizada de su país y resonaría en el extranjero. En el florilegio *Parnaso antillano* (1916), realizado por el poeta dominicano Osvaldo Bazil, conmlitón en las letras y amigo de Rubén Darío y publicado por la editorial Maucci en Barcelona, aparece Emilia Bernal representada por versos de *Alma errante*. La temprana antología moderna de Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro recogió algunas composiciones líricas de su primera época, y luego su nombre hallaría lugar en las historias de la literatura cubana de Juan J.

¹ La mayoría de esos poemas, con sus respectivas versiones al inglés, han sido incorporadas en la presente obra.

Remos, de Max Henríquez Ureña y de Raimundo Lazo. No obstante ello, debido, sin duda, a que Emilia Bernal vivió muchos años fuera de Cuba representando a su patria en el servicio diplomático (como otra notable poetisa cubana, tristemente olvidada en su largo destierro argentino desde los años 60: Julia Rodríguez Tomeu), acaso la obra bernaliana no accedió a un público lector más numeroso hasta que apareciera una breve selección de su obra más singular y representativa en la antología *Cincuenta años de poesía cubana. (1902-1952)*, ordenada y acompañada de finas notas críticas de Cintio Vitier, poeta a la sazón representativo de la promoción agrupada alrededor de José Lezama Lima y la revista *Orígenes*. Vitier, desde su perspectiva generacional y su catolicidad militante fue capaz de justipreciar obras de enfoque e ideología muy diversos de los suyos y los de sus compañeros de grupo; y acaso haya sido esta nutrida selección antológica —que parte de Mercedes Matamoros (1858-1906) y que cierra Roberto Fernández Retamar (1930-) la que dio a conocer por lo menos un ángulo de interés de la obra bernaliana cuando ya había adquirido un perfil único e inconfundible dentro de la producción lírica de Cuba. Que Vitier fuera fiel en su selección a sus propios parámetros estéticos y dejara de representar otras facetas de esta poesía, de interés no inferior, solo apunta a la versatilidad, a la riqueza de registros emotivos y expresivos alcanzados por la obra de Emilia Bernal. Fue sin embargo la imagen presentada por la antología de Vitier —con limitado acceso a las ediciones de la obra en años posteriores (volúmenes editados en su mayoría en el extranjero: España, Costa Rica, Chile, destinos de su vida itinerante)— la que identificó la poesía bernaliana a los ojos de muchos lectores. Los textos visionarios, “excéntricos” y tiernos (notablemente entre estos últimos el soneto titulado “Leve”, del libro en prosa y verso *Mallorca* [Santiago de Chile, 1938]) y los criterios expresados por el antologador —adversos a la escritura más audaz y retadora de la poetisa—, aunque le permitieron ser representada en diversas antologías y continuar presente —si bien modestamente— en el panorama de la poesía cubana, favorecieron la imagen parcial de una obra rica en diversos acentos, temas y actitudes. Es esta la obra bernaliana, multidimensional y unitaria a la vez, que nos hemos propuesto ofrecer a los lectores en la presente antología.

Es importante destacar, no obstante lo escrito más arriba, los aciertos de interpretación y la percepción nada común de Cintio Vitier al enjuiciar la personalidad literaria de Emilia Bernal. Vitier destaca, quizá como no se había hecho antes en la isla, la labor traductora de la poetisa y aun elogia “su excelente traducción de los sonetos de Anthero de Quental”. Max Henríquez Ureña se limitó a exaltar la “femineidad” de la obra bernaliana, rasgo nada excepcional puesto que se trata de la escritura de una mujer que asume, vive, medita en lúcida intensidad y afirma con vehemencia su condición tanto en el ámbito íntimo como en el social. Vitier da muestras de una lectura más detenida y provechosa al señalar como características esenciales de aquella obra “una ardiente ternura, una enérgica naturalidad, una audacia excéntrica, refinada y sincera”. En todas estas facetas de la personalidad poética de Emilia Bernal, tan sagazmente apuntadas, vale la pena detenerse, así sea brevemente.

Una ardiente ternura

Emilia Bernal, peregrina del continente americano en frutiva y cordial misión de acercamientos culturales, se muestra capaz, en lo ancho y largo de su escritura poética, de pulsar toda la lira en lo que atañe a tonos, metros, matices de la sensibilidad: es capaz de evocar los acentos de la épica en “Zonda la Ñusta” (leyenda del Alto Perú); puede emular el oleaje verbal de Whitman en su poema al “hombre de hierro” que representa la energía inagotable de la metrópolis estadounidense; en sonetos medidos y rimados con sabor de tradición exalta al Quijote y canta su propia fervorosa hispanidad. Va del breve estallido lírico, brote de emoción sin forma que lo ciña, a la evocación contenida y cifrada en imágenes y ritmos de seres y de instantes inalienables de su mundo interior (léanse los intensos pero contenidos poemas de la sección titulada “Tríptico unánime” en *América*). Inserta sus versiones de poetas dilectos entre sus composiciones originales, como si quisiera advertir al lector que las voces y las obras escritas en otras lenguas son tan suyas y se han consustanciado de tal manera a su mundo

interior que ya le pertenecen como la palabra nacida de su propia vivencia y de su propia hondura.

Pero no obstante la pluralidad de temas, de imágenes, de tierras y de criaturas que habitan su palabra, hay una constante en la obra bernaliana desde los versos inaugurales, de un romanticismo tardío y sentimental de *Alma errante*, que prologara, haciendo énfasis en el linaje patriótico de la autora, el escritor y diplomático Manuel Márquez Sterling: esa constante, es la ardiente ternura señalada por Cintio Vitier, cuya expresión se acendrará en la madurez adquiriendo tonalidades propias y reconocibles que permiten ya separar, como poetizó Antonio Machado, “las voces de los ecos”. Los signos exclamativos tan habituales en los apóstrofes doloridos del primer libro, enmarcarán la evocación o el llamado a un interlocutor o a una imagen, dictados por una tierna emoción. A la “mujer dormida” que sugiere a la imaginación la nieve en la cúspide del Ixtlacíhuatl, le dice:

*¡Señora de los ufanos
pechos de leche de lirios!
¿en dónde tienes las manos?*

En *Vida*, de 1925, encontramos esta “Canción de cuna”, de acento maternal, al hombre amado. Allí leemos:

*¡Mi niño! Tu cuna es mi alma,
que se ahueca debajo de ti
y
es encima un tejido de encajes.
Y
toda te cuido, con tanto cuidar,
que no muevo siquiera los párpados
porque temo que hasta el ruido del
[pensamiento de un beso
te podría despertar...*

Pero aquella ternura ardiente y exclamativa se remansa y baja aún más la voz en un hermoso, grave soneto que, aunque lo sentimos brotado de una emoción personalísima, recuerda a la vez

el acento teresiano y la reciedumbre de Unamuno (inversiones y encabalgamientos), en su casticismo desnudo de halagos sensoriales:

*De ti a mí, que corto es el abrazo,
madre, que huye de la vida el seco
y duro trajinar, qué blando el eco
de mi voz, si se añuda en ese lazo.*

En otro poema de métrica afín, este más armonioso y fluyente, en versos alejandrinos, recogido en *Sonetos* (Santiago de Chile, 1938), suscita la eminencia nevada que en Segovia se conoce como “La mujer muerta” y que en la enternecida imaginación bernaliana hace figura de parturienta en perenne trance de alumbramiento. Y escribe en los tercetos (el lenguaje es cotidiano, coloquial):

*seno que se levanta disarmónicamente,
vientre ya deprimido por el parto doliente,
encorvadas rodillas, muslos despernancados
a la aurora. Semeja que está pariendo el día.
Dijérase la Santa Madre Melancolía
dando a luz la belleza con pujidos callados.*

Una enérgica naturalidad

Es innegable que ciertos giros verbales bernalianos, que el gusto de la poetisa por el vocablo raro o exótico y la imagen preciosa o “preciosista” que a veces distinguen sus versos, son de propapia modernista y revelan una ascendencia, si no directamente rubendariana, sí tributaria del movimiento que el gran poeta nicaragüense capitaneó con su mejor labor en verso y en prosa. Este vínculo estilístico puede verse, a partir de *¡Como los pájaros!* (San José de Costa Rica, 1922) como una superación del tardío romanticismo sentimental que prevalece en el primer libro. En rigor, sería más justo situar los poemas de ese libro en ese momento de la expresión poética hispanoamericana que se ha dado en llamar posmodernismo y que, si bien es un despojamiento de lo más

lujoso en verbo y en imagen del legado dariano –despojamiento que se inicia con Darío mismo–, viene de aquel, sin anunciar todavía la atomización de las formas tradicionales que operarán las vanguardias. Pero es rasgo paradigmático de la escritura bernaliana que, con la sorpresa verbal, el primor en la versificación y la sujeción a metro y rima, coexista una escritura absolutamente moderna y aun contemporánea en su tono de coloquio urgente, en su ruptura de los cánones y proximidad rítmica a la conversación más que al canto o a las normas prosódicas. Esta nueva dicción, cuyo efecto inicial en el lector medio es el de un prosaísmo a ras del suelo, es, ni más ni menos, el acento de la nueva escritura lírica. Los siguientes versos del volumen *Vida* (Madrid, 1925), escrito en difíciles días invernales en la férrea megalópolis norteña por una hija del Trópico, se dirían dictados por la nueva experiencia:

*Mírame, Nueva York, como se mira
una caña de junco
que trajo el vendaval a tu puerto
y que se va cantando
la alabanza de tu cordialidad y de tu firmeza.*

*Mírame, Nueva York, en mi noche perpetua
desde la cumbre de los espacios, fija,
con tu pupila oscilante
de Madison Square...*

Es cierto que a la línea “conversada” y desprovista de todo aparato retórico la preceden y suceden metros tradicionales como el endecasílabo, el heptasílabo y el alejandrino; pero la ruptura ya se ha realizado y a partir de este libro, como sucede con los de otros contemporáneos suyos, los poemas de Emilia Bernal no seguirán patrones fijos, y el verso medido y rimado alternará con la “enérgica naturalidad” de otros acentos, combinaciones estróficas y miniaturas líricas plasmadas con la inmediatez de la emoción, no muy ajenas a la etapa “desnuda” de la lírica juanramoniana. En los versos arriba citados, la “pupila oscilante” de Madison Square es ejemplo de la humanización de los fenómenos que se opera en la poesía bernaliana: aquí se manifiesta aquella en la novísima

metáfora de las luces nocturnas de la vertiginosa metrópolis contemporánea; la poetisa quiere quedar reflejada en la pupila “oscilante” del coloso al momento de darle su despedida.

Y en la sección del mismo libro, titulada “El libro de la ausencia”, explica, desafiante, que su verso

*...como toda fuerza de la naturaleza
sale lleno de irresponsabilidad.
Mi verso
sale a ser eterno,
a herir al hombre con la belleza y la verdad.
¡Ay del que escriba versos
pensando en su buena reputación social!*

*Ese no será nunca
más que un ruin sonajero de timbal.*

A partir de esta etapa no faltarán en la poesía bernaliana –ni en su prosa– la pureza de imágenes, la novedad de temas, la robusta individualidad –que no desdeña ni el prosaísmo ni el tono coloquial– y la riqueza de matices apuntados por Juan J. Remos en su ceñida y sagaz justipreciación de esta obra.

Una “audacia excéntrica”

He puesto entre comillas la frase de Cintio Vitier porque me parece un modo peculiar de aludir al lado imaginativo de Emilia Bernal, caracterizado por cierto ambiente de cuento de hadas, por el uso de conjuros mágicos y de composiciones de la tradición católica como la letanía, en contextos puramente imaginativos, ajenos a la piedad y la teología; aparecen cierto tono, más que infantil, nostálgico de las inocentes puericias evocadas, y la pincelada impresionista, que prescinde de los esquemas lógico-gramaticales y apenas forma la frase desnuda, imagen pura; y la exclamación, cada una a su modo, en los versos “puristas” de Juan Ramón Jiménez (no cabe aquí hablar de influencias) y en las estilizadas, esbeltas estrofas de Jorge Guillén. Con mucha mayor ingenuidad

que en César Vallejo, en estos poemas juguetones, imaginativos, que suelen ostentar una cierta musicalidad propia, es frecuente la onomatopeya (en la nota introductoria de su antología, alude Vitier a la cercanía que alcanzan algunos poemas bernalianos a la jitanjáfora, puro juego de sonidos creado por el poeta Mariano Brull y estudiado con su habitual erudición tocada de gracia, por Alfonso Reyes). No hay que olvidar las travesuras del movimiento dadaísta en Francia y en Alemania a comienzos del siglo XX, del cual nuestra poetisa habrá tenido noticia en su recorrido por Europa. Todavía entonces se prolonga la etapa lúdica de la poesía occidental, que procura emular las audacias de las nuevas artes plásticas mediante una escritura que se quiere atemporal y espacial, atomizada sobre la página blanca. Más que seguir estas tendencias, nos parece que la aparición de aquellas modalidades poéticas en la obra de Emilia Bernal publicada en los años veinte, obedece a la exploración por la poetisa de una de sus facetas nunca antes aprovechadas en su constante búsqueda de la expresión auténtica y personal de entusiasmos y emociones. Suele ser constante la concurrencia de los rasgos estilísticos señalados en poemas descriptivos que plasman el encuentro de su sensibilidad alerta con escenas de viaje, imágenes imprevistas que transforma y entrega con la riqueza de su imperiosa subjetividad. A veces la fantasía bernaliana tiene la encantadora imprecisión del brochazo impresionista, todo luz y movimiento:

*El verde inunda mi alma embravecida,
los potros de mi ensueño se suavizan*

*y mis ninfas, sobre ellos a horcajadas
juegan con el reflejo de las aguas.*

*Ahora se aclara el leve sol, y vuelan
entre las hojas que el otoño aurea,*

*con un temblor de intermitente ráfaga,
fingiendo alas de luz de rama en rama.*

Las asonancias, que conservan la armonía al par que evitan la rotundidad de la rima consonante, refuerzan el efecto de levedad, de estremecimiento. ¿No evocan estos versos un cuadro de Renoir, con sus ninfas, su corriente trémula, su juego de la luz con las hojas auriverdes? Solo aquellos “potros de ensueño” que se suavizan bajo la luz impresionista añaden una nota ajena al paisaje de égloga. (Aquí se advierte también una alusión mitológica, que nos lleva por un instante a un poema muy diferente: “Las hijas de Ran”, de Juana Borrero, otra voz principieña de la poesía femenina escrita en Cuba). Y advertimos que es lícito destacar un impresionismo bernaliano sin rechazar el rubro de “intimismo” al cual la crítica ha querido adscribirla.

En otras ocasiones, hay en su verso el colorido *fauve* de un lienzo de Franz Marc:

*Era un borriquito color de mostaza.
Era un caballero color de limón.*

Lo fantasmal puede aparecer donde menos se espera. En el romance que titula “Fantasía de la Alhambra a la luz de la luna”. Ante el Patio de los Arrayanes, acaso conmovida por la música del poema sinfónico para piano y orquesta “Noches en los Jardines de España:” de su admirado Manuel de Falla, escribe:

*Quiero una noche de espectros
para soñar en la Alhambra:
bajo el claro de la luna
y el glugluar de las aguas.*

La “excentricidad” de la poetisa cubana no es otra cosa que su modo personalísimo de desplegar sus dones imaginativos. El “ex-céntrico”, si atendemos a la connotación social del vocablo, es aquel que se aleja del vórtice en que se agitan, ciegos, en un vivir adocenado, los seres sin imaginación, ignorantes y aun despectivos frente al don poético. Asombra que un poeta y crítico de sensibilidad y sagacidad nada comunes, se sirviera de ese sustantivo para aludir a esta poesía. ¿Qué decir de todos los “ismos”, rezu-

mantes de belicosidad antiburguesa, que irrumpen a comienzos del siglo XX, pulverizan las formas poéticas tradicionales y abren la vía a lo que ha llamado Octavio Paz “la tradición de la ruptura”? Tendríamos que hablar de una excentricidad endémica de la poesía contemporánea.

No es ocioso repetir que nuestra poetisa, dotada de un fino oído para las armonías del verso, no abandona nunca del todo aquellas formas, que, como ya hemos apuntado, coexisten en sus libros con lo que suele llamarse, por molición mental, poemas “de avanzada”. Es admirable lo muy temprano que un pionero de la modernidad como Baudelaire (moderno polémico por hondura y por sentido crítico) rechazó las metáforas “militares” de que abusan aún ciertos lectores –y escritores– un tanto trasnochados. Digo esto porque muchas de las obras de “vanguardia” de anteaayer –y aun de ayer– cuya pretensión iba del juego iconoclasta a la Revolución transformadora del mundo, son piezas de museo recogidas por las editoriales y publicadas junto a las obras que impugnaron sus autores. No importa: lo que no alcanza la intemporalidad del gran arte, conserva al menos un valor histórico y un “aire de época” dignos de interés.

Los arpegios irónicos y juguetones de Erik Satie sucedieron al arte cristalino y vago de Debussy. Pero Satie compuso también las “Gymnopédies”, que no van a la zaga de los preludios debussyanos en sugestión y en misterio. ¡*Belle excentrique*, Emilia Bernal!

Emilia Bernal y sus contemporáneas

Aunque su obra no ha tenido la fortuna editorial de otras poetisas de su tiempo en lengua española, Emilia Bernal, nacida en 1884, es, por así decirlo, la “decana” de un grupo eminente. Sin embargo, con la perspectiva que dan los años, ya en pleno siglo XXI se hacen palmarios los rasgos que la distinguen de aquella pléyade con la cual no deja de tener puntos de contacto. (Gabriela Mistral es caso aparte por su temática y por su personalidad literaria, en la cual lo que solemos identificar como femenino en poesía –si exceptuamos el tema de la maternidad frustrada y el amor a los niños– no entra por mucho).

Aun cuando el amor de la pareja es tema central de la poesía bernaliana, no encontramos en ella ni el narcisismo sensual de los versos de Juana de Ibarbourou —de efecto tan seductor por otra parte—, que irá decantándose en ceñidas formas de un neoclasicismo elegante, ni la ácida ironía de Alfonsina Storni, tentada solo al final de su vida por los estilos poéticos posteriores al Modernismo y al posmodernismo en que suele ubicársele. Tampoco es el verso bernaliano afín a la amargura o a la sublimación tan frecuentes en la lírica amorosa de Dulce María Loynaz, que, intimista de una generación posterior, conquistó un lugar de privilegio en las letras de Hispanoamérica y celebridad poco común en España muchos años antes de recibir el Premio Cervantes.

Frente a las obras de esas figuras señeras, la poesía amorosa de Emilia Bernal descuella por su profunda ternura, por su fervor a veces desolado, que no suele ceder a lo ingenioso ni a lo preciosista: un fervor desgarrado, abierto, si bien dentro de los límites que le impone una conciencia artística vigilante. En este matiz de su obra lírica, exhibe ciertos puntos de contacto con la gran poetisa brasileña Cecília Meireles (1901-1964), una de las mayores figuras de la poesía moderna en lengua portuguesa. En ellas dos se manifiesta el amor por la estrofa de arte menor y el gusto por la tradición medieval galaico-portuguesa; sin embargo, donde la brasileña es suave y resignada, nuestra poetisa se muestra exaltada y rebelde. Pero comparten, sin duda, la desgarradura del amor humano y la honda ternura que imprime a las dos obras su sello de esencial femineidad. En la poesía de Emilia Bernal, lo que sin duda prematuramente llamó “dispersión” Cintio Vitier, es, desde nuestra atalaya temporal, búsqueda de una expresión abierta y sincera a la que en ocasiones quedaron estrechos los moldes heredados.

Pese a la leyenda tejida por algunos lectores sobre la escritura “erótica” bernaliana, no hay nada que la acerque al erotismo alucinado y trágico de Delmira Agustini, ni al desenfadado y un tanto exhibicionista de las voces poéticas femeninas que han descollado en Cuba desde mediados del siglo XX (aquí dejamos al lector hacer su propia lista). El eros que preside algunos de sus poemas y que exalta su prosa es la fuerza genésica, natural, en cuyo nombre la autora denuncia las duplicidades y las hipocresías

del mundo contemporáneo, la moral irreflexiva y conformista que restringe la experiencia de una vida plena. Nada se ha suprimido en estas páginas antológicas, de la obra publicada de su autora, que desmienta la aseveración anterior.

A diferencia de aquellas otras escritoras, son mucho más difíciles de precisar las influencias literarias en la obra bernaliana, cuyo sello es en todo momento, a partir de *Vida y Los nuevos motivos* (1925) el de una poderosa singularidad que no solo continúa la tradición cuando le rinde homenaje, sino que la enriquece, imprimiéndole la marca de su fuerte personalidad creadora.

Otro rasgo que separa a Emilia Bernal de la mundanidad frecuente en las figuras mencionadas, es el candor último que trasciende a sus versos. En ellos encontramos a la niña sensible, vulnerable y deslumbrada por los hallazgos con que el mundo y una *imaginación* siempre alerta sorprendieron su errancia. Es la niña que conocimos en la lectura de *Layka Froyka*, por turnos herida y fascinada por la experiencia. La niña que se rebela contra lo injusto y que nutre la sensibilidad de la mujer reflexiva y rebelde que estas líneas se proponen exaltar. Aunque hay a veces en sus prosas un sabor nietzscheano al fustigar los usos de su tiempo, se hace patente que nunca rechazó el misterio de lo sobrenatural: pero sí denunció con singular coraje, sin parangón en su tiempo y en su medio, las máscaras con las cuales han sido traicionadas y escamoteadas las fuentes de la vida y de la salud del espíritu. Poeta raigal, vivió alerta a los llamados del misterio; mujer del siglo XX, mucho antes que otras —y que otros—, cuestionó y combatió lo que juzgaba contrario a la Naturaleza y a sus fueros; sintió, como Rubén Darío, la tentación del paganismo, pero con una distancia psicológica mucho más saludable de las torturas que puede engendrar una fe vacilante y condicionada por los dogmas, como fue la del adalid del Modernismo. Poetisa de la inconformidad y la rebeldía, la llamó su fervoroso exégeta, Víctor Vega Ceballos. Eso fue ciertamente —aunque su genio lírico nos regalara mucho más— Emilia Bernal.

La prosa. Las traducciones

Tanto los prólogos a sus brillantes traducciones poéticas y sus conferencias, tan llenas de orgullo patrio y de preocupación por el destino de su país natal, como las prosas “miniaturistas” (Henríquez Ureña) de sus colecciones *Sentido* y *Mallorca*, publicadas en Santiago de Chile en 1938, dan testimonio de la gran cultura literaria y de la vasta curiosidad intelectual de Emilia Bernal, que no ignoró ni la ciencia ni la psicología de su tiempo. De estas prosas escribió el citado Vitier:

Sentido contiene, en fragmentos de intensidad reflexiva, diversos momentos de autoanálisis de su autora, meditaciones y evocaciones de experiencias íntimas, de viajes y de lecturas, en los cuales despliega un acumen crítico nada común, no servil a normas académicas ni a hormas interpretativas de moda, sino deudores de la propia visión del arte, de la Naturaleza y de la sociedad; visión desarrollada en la meditación cotidiana y en las vivencias de un existir errante. Lo curioso es que tratándose de una escritora cuya subjetividad ha sido siempre puesta de relieve –acaso por rutina y dejadez, achaques de tantos historiadores de las letras–, estos breves textos revelan un afán de objetividad intelectual, una *avidez de verdad* tan ejemplar y necesaria hoy como al tiempo de su redacción. No faltan en estas páginas el poema en prosa, el tributo al sueño y a la imaginación como fuentes de conocimiento o incitaciones profundas al ejercicio de la razón inquisitiva y aun especulativa. No hay aquí solipsismo ni sumisión de las facultades críticas a los paraísos del subconsciente, ni emulación de las diversas corrientes irracionistas que atraían múltiples adeptos, notablemente el superrealismo europeo, que comenta con acuidad y severidad; ejemplo de su actitud es su apasionante crítica a *Sobre los ángeles*, el famoso poemario de Rafael Alberti, escrita cuando el libro acababa de ser publicado y respondía a la moda “angélica” iniciada por Jean Cocteau en la poesía (y luego en el cine) y recogida en las obras de Eugenio d’Ors y de Mariano Brull, por citar dos escritores contemporáneos. Para Emilia Bernal, más allá de la excelencia artística o de la aventura literaria, siempre tentadora para un espíritu rebelde como el suyo, lo esencial, lo que debe primar, es la autenticidad. Acaso por ello ignoró a un contemporáneo portugués ilustre, a Fernando Pessoa, que escribió: *El poeta es un fingidor, / finge tan completamente, / que hasta finge que es dolor / el dolor que en verdad siente.*

Del libro autobiográfico *Layka Froyka*, ejemplarmente editado y anotado por el profesor Rolando Morelli, aparecen en la presente selección de la obra de Emilia Bernal los fragmentos elegidos por su hija Hilda para la antología que sirvió a la presente de estímulo y modelo.

Mallorca es un granero repleto: junto a las prosas que continúan la revelación del espíritu revelado en las de *Sentido*, y al comentario generoso y crítico a la vez de su itinerario mallorquín, la autora incluye poemas —algunos entre los más brillantes de su obra—, y traducciones de poesía (Antonio Nobre, Eugénio de Castro).

Las traducciones publicadas en volumen aparte y dedicado a un solo poeta (Anthero, Folguera, Rosalía, Menotti del Picchia y Cassiano Ricardo) son de importancia capital en la obra creadora y artística de Emilia Bernal. En la presente antología hemos tratado de espigar lo más granado de esta producción tan llena de excelencias como reconocida en nivel internacional en el momento de su aparición y aun años después, solo para caer, desde el fallecimiento de la autora, en el lamentable olvido de que hoy procuramos rescatarlas. Incluimos también otras brillantes traducciones poéticas del inglés, del portugués y del catalán, recogidas en *Mallorca* (se remite al lector al índice de este volumen).

Nota a la presente edición

Agradezco profundamente a mi colega y amigo Emilio Bernal Labrada los materiales que puso a mi disposición para la ordenación y realización de esta antología, así como la confianza que depositó en mí para darle cima. Entre esos materiales, me importa mucho destacar el documento mecanoscrito de la antología ordenada por Hilda Bernal Labrada, que nunca llegó a publicarse, y de cuya selección he suprimido varias composiciones para añadir otras que, no menos importantes, a mi juicio, allí faltaban. Ya contaba yo con varios volúmenes de la obra de Emilia Bernal (*Alma errante*, *América*, *Sonetos*, *Los nuevos motivos* —este último en copias fotostáticas del ejemplar conservado por la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos —y la edi-

ción madrileña de 1925 de *Layka Froyka* que perteneció a Gastón Baquero y que adquirí en una venta de libros, de esos que antes se llamaban “de segunda mano”—; pero el acceso a las ediciones originales de obras largo tiempo fuera de circulación representó una ayuda inapreciable para la realización de este trabajo.

Esperamos que la labor aquí realizada sea considerada no solo por nosotros sino por todos sus virtuales lectores, una necesaria contribución a las letras hispánicas y a la cultura iberoamericana, cuya unidad y grandeza exalta la obra, poesía y prosa, de Emilia Bernal. La gran escritora que ha sido objeto de esta antología, fue no solo una cubana ferviente, sino una devota defensora de la patria americana proclamada por el Apóstol de Cuba, a la cual sirvió tan honrosamente, enriqueciéndola con el tesoro de su genio y de su vibrante humanidad. Y en el ámbito de participación individual en el quehacer colectivo que fue el suyo, el de la cultura, exaltó a lo largo de su vida, con sus estudios y traducciones, en esfuerzo de amorosa integración, el arte literario de la península ibérica, que le debe la difusión y exaltación de algunos de sus más grandes valores.

Manuel J. Santayana Ruiz
de la Academia Norteamericana de la Lengua Española
Correspondiente de la Real Academia Española

Layka Froyka

El romance de cuando yo era niña



Emilia Bernal Agüero

autobiografía

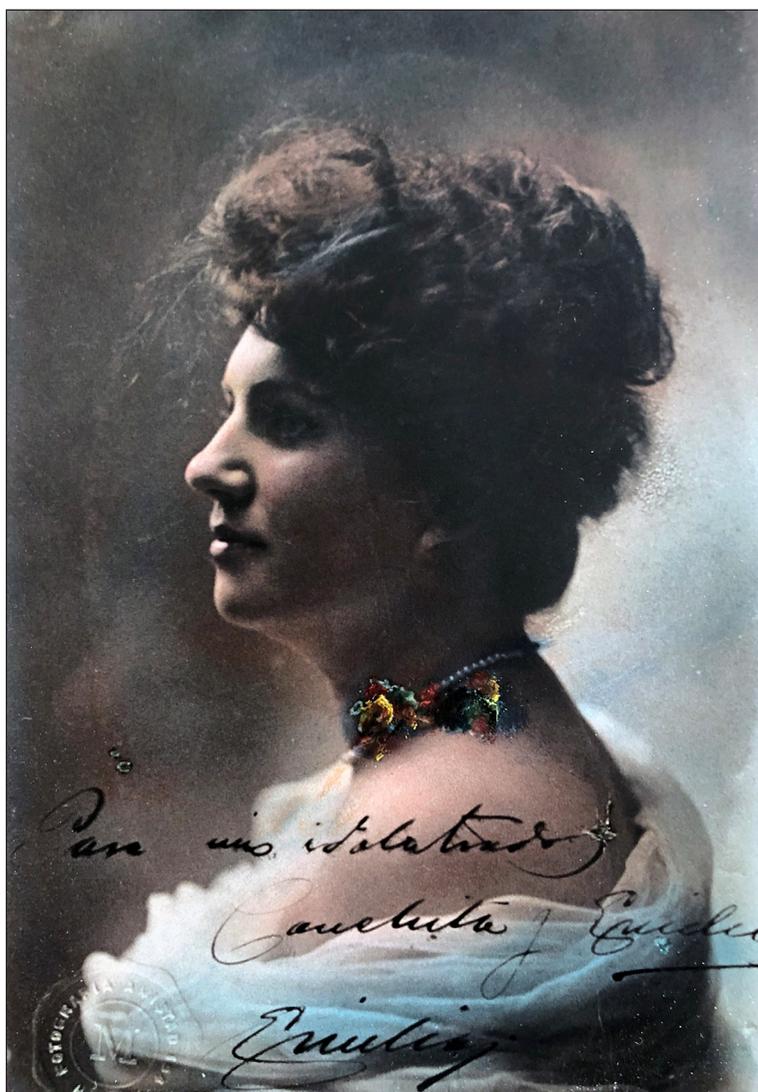
Editor:

Rolando D. H. Morelli

Portada de la primera edición de Layka Froyka. El romance de cuando yo era niña, Madrid, 1925. El retrato data de circa 1906, cuando contaba 33 años.

Capítulo I

Poesía



Emilia Bernal a los 42 años, foto de estudio, Madrid.

De Alma errante
(Edición de 1926)

*P*resenta este capítulo poemas procedentes de este, el primer libro de Emilia Bernal, publicado en La Habana en 1916. El original ostenta un elogioso y ponderado prólogo del destacado intelectual cubano Manuel Márquez Sterling.

Oh, yo te haré una barca de mis sueños
Oh, yo te haré una barca de mis sueños...,
¡ligera como un haz de mimbrillos!
Te hará mi amor una canción de cuna
al golpe leve que le den las olas,
cuando a los besos del terral, la noche
traiga a mecer la barca hacia la orilla.

Oh, I'll build you a craft from my dreams
Oh, I'll build you a craft from my dreams...,
feathery as a willow branch.
My love will compose a lullaby
echoing the softly lapping swells
while the kiss of the night breeze
brings the craft rocking toward the shore.

Versos sencillos

Yo sé de una enredadera
de madreselva, que enrosca
sus zarcillos en la fosca
zarza de una madriguera.

De un cinamomo que al cielo
alza su copa y llovizna
sus flores sobre la brizna
que se arrastra por el suelo.

Yo sé de un árbol sin hojas
que en el ardor del estío
se está muriendo de frío,
secándose de congojas.

Y sé de una blanca rosa
nacida en una espelunca
adonde no llegó nunca
de luz, una mariposa.

Y sé... de un muerto de amores
que está llorando su pena.

.....

Y de una mujer que llena
de amor, canta sus amores.

Cigarra azul

Tarde canicular, horas de fragua,
cielo de luz y sonrosados tules
y a flor de tierra en el cristal del agua
una cigarra azul de alas azules.

Lilas, lilas azules, lilas rojas,
rozando el muro que las aguas cerca
y la cigarra azul que entre las hojas
vive, cantando el alma de la alberca.

Y bajo el cielo de tarde rosa
vagar llorosa en el invernadero,
porque era así de alegre y bulliciosa
la azul cigarra de mi amor primero.

A un esclavo

¡Esclavo! ¡Esclavo! Cuando duerma todo
el mar, la tierra, el cielo, el bosque, el llano,
iré a la puerta de tu cárcel negra
para llamarte con ternura, ¡Hermano!...

Como perdida tórtola que al nido
llega, entre canto y lloro, a la alborada,
mi voz doliente llegará a tu reja
en el silencio de la noche blanca.

¡Hermano! ¡Hermano”...y sellaré de besos
el dintel de tu puerta y de tu alma,
y velaré tu sueño de poeta
echada al pie del muro de tu cárcel.

Nocturno

A José Santos Chocano

Flota en la noche como una
balada de ensoñación.
Está muy blanca la luna
y muy triste el corazón;

 y aunque el céfiro deslíe
el perfume de las flores
en un ambiente de amores,
el corazón no se ríe;

 y aunque muy ledo suspira
el seno de la montaña
como si un gnomo en su entraña
pulsara su agreste lira;

 y todos lo jazmineros
balancean su blancura
suavísimos y ligeros;

 y aunque rueda en los alcores
la onda movable del viento
cual si de un pecho el acento
buscara su eco de amores;

y como airón de consuelo
atraviesa blanca nube
el cristal azul del cielo;

y aunque sonora la fuente
va sus perlas desgranando
en el tazón, dulcemente,
sigue el corazón llorando.

Le responde solo un grito
en melancólico dúo,
el grito largo de un búho
que atraviesa el infinito.

En el mar

En una roca ingente, negrísima, escarpada,
que se levanta en medio de un anchuroso mar,
halló un titán de pórvido inmarcesible altar
cuando dejó del Etna la cárcel abrasada.

Al ver el agua, un día, su faz glorificada
de amor sintiendo todos los átomos vibrar,
le envió del alma virgen las notas de un cantar
como rumor de sonos de risa delicada.

Oyó el titán del agua la voz, y en el instante
la quiso entre sus brazos rendida cual amante
y le atrajo hacia ellos no más con el querer.

Los cruza desde entonces como flexible pluma
cubriéndole con besos de copos de su espuma,
desmayada, cual lánguida, blanquísima mujer.

Señor, ¿quién es aquella...?

—Señor, ¿quién es aquélla de cara suave y fina
que muelle se reclina
en ese canapé,
y mueve leve un brazo de nieve
que termina
en una mano breve
como una rosa té,
la que deja el cabello en ondulantes nudos
sobre la tersa frente, la de los pies desnudos
la que parece toda dormida flor de lis,
o un cisne que navega en un lago de raso
o una gardenia abierta a la margen de un vaso...?
—Esa es la más graciosa mujer que hay en París,
esa es la flor más linda de nuestra aristocracia,
la yerba del ensueño, el lirio de la gracia,
la joya del minué,
la de los trajes sueltos de blonda y muselina,
señora, es la divina
madame de Récamier...

En el lago de mi alma

Es un lago el alma mía,
tu recuerdo un cisne.

El lago
a veces riza las olas
levemente, jugueteando
con la blancura del cisne
que ríe, suspira y canta.

* * *

Es un lago el alma mía,
tu recuerdo un cisne.

El lago
a veces rómpese en olas
de tempestad. Y en sus aguas
el cisne de tu recuerdo
siempre boga, siempre canta,
sobre las tremendas olas,
con ternura abriendo el ala.

Within the Lake of my Soul

This soul of mine is but a lake,
the memory of you, a swan.

The lake
at times ruffles up its waves
ever so gently, frolicking
with the whiteness of your swan,
as it laughs and sighs and sings.

This soul of mine is but a lake,
the memory of you, a swan.

The lake
at times breaks into stormy surf.
And in its swirling swells
the swan of your memory
goes on swimming, goes on singing,
gliding over the thrusting swells
as it tenderly spreads its wings.

Translated by Emilio Bernal Labrada

Canción nocturna

para el Sr. Raimundo Cabrera

Canción nocturna que en el aire flota,
como reminiscencia de una queja,
absorta te oye el alma nota a nota
mientras tu acento musical se aleja.

¡Canción! ¡Canción nocturna! Cuántas veces
escuché tu lejana melodía
tras la blancura de los ajimeces
que el verdor de la yedra ensombrecía.

No te alejes, canción. Queden tus ecos
prendidos a mi reja, como flecos
de lírica y amante enredadera.

No te alejes, canción de mis amores.
Queda en la reja para que me llores
con lágrimas sonoras, cuando muera.

Dame, Ninón, las crenchas...

¡Dame, Ninón, las crenchas que juegan con tu seno
para hacerle con ellas un manto a mi Señor!

Yo haré como si fuera un niño segador
que las recolectase en el campo moreno
con mano de cariño, mi mano la hoz de amor,
el campo, tu cabeza, de espigas todo lleno.

¡Dame, Ninón, las crenchas que juegan con tu seno
para hacerle con ellas un manto a mi Señor!

.....
Después... así que el manto esté ya concluido,
de noche, en la alta noche, cuando él esté dormido,
iremos las dos juntas el manto a colocar
sobre sus hombros, luego... sutilmente, sin ruido,
volveremos muy lento, con paso contenido,
para que no le vaya el ruido a despertar.

El juramento

¡No es posible, Señor! ¡No!, que olvidado
Hayas, tan pronto, aquel tu juramento.

.....
¡No es posible, Señor! ¡No!, ¡ni un momento
es posible que lo hayas olvidado.

.....
Oye, Señor, de mi alma en el convento
la luz hace ya tiempo que se ha apagado.
Alúmbralo otra vez, Señor amado,
el lampadario de tu juramento.

.....
De mi alma en el convento, azul alarde
Enciende, a la agonía de la tarde.

.....
De mi alma en el convento, azul derroche
Enciende al negro beso de la noche.

.....
Enciende para el triste cenobita
si no quieres la luz... la lucecita...

The Promise

It's not possible, Lord! No! That you forgot
so soon, the promise you swore to keep.

.....
It's not possible, Lord! No! Not even
For a moment that you actually forgot.

.....
Hear me, Lord: from the convent in my soul
the light that once was has long since gone out.
Light it up once more, O beloved Lord,
with the bright lamp of your sworn promise.

.....
From the convent in my soul a widespread
blue kindles the dark embrace of the night.

.....
Kindle, please, for a downcast cenobite,
if not a light... then a tiny spark.

Translated by Emilio Bernal Labrada

Las palmas del desierto

Dos palmas en un oasis del desierto
cerca una de otra el azar plantó,
las dos elevan hacia el firmamento
sus penachos triunfales de verdor.

Allí, sumidas en las soledades
las acerca el Simún
diciéndose sus penas sollozantes
palabras de dolor.

Y aunque no pueden enlazar sus copas
tiernamente las dos,
debajo de la tierra sus raíces
se trenzan silenciosas con amor.

Desert Palms

Twin palms in a desert oasis
chance to one beside the other grow,
the two reaching up toward the sky,
sending triumphal green plumes on high.

There, lost in the depths of solitude,
the simoon they face in loneliness,
mournfully sobbing leafy études
communicating their sad distress.

Unable to entwine their tops above
to each other tenderly caress,
deep underground their graceful roots
silently mesh in enduring love.

Translated by Emilio Bernal Labrada

De *¡Como los pájaros!*
(Edición de 1922)

Los versos siguientes corresponden al libro que con este título publicó Emilia Bernal en San José de Costa Rica en 1922.

Madrigales
(Selección)

Viene y va a ti constante el pensamiento,
sin dejar su vaivén ni una vez sola,
como no deja su vaivén la ola,
su ritmo el ala y su vagar el viento.

- - -

Hay fuga, cobardía, mimetismo,
en todo lo que flota y lo que sube,
y me pesa mi suerte de ser nube
que no me deja entrar en el abismo.

El madrigal de las rosas

Rosas, las que os abrís en su ventana
y dais perfume a su balcón, decid
si habéis visto un suspiro de mi alma
que anduvo por aquí.

Decidme si habéis visto mi suspiro
a su balcón llegar,
en un rayo de luna compasivo,
confidente rosal...

Decidme, rosas, si cruzar la visteis
de la reja al través...
Si dulcemente enamorado y triste
le mirasteis con él...

Decidme todo lo que fue caricias,
confidente rosal...
¿Ruegos, palabras temblorosas mías,
pudisteis escuchar...?

¡Oh, rosas, que os abrís en su ventana
y dais perfume a su balcón, decid
si el suspiro de mi alma enamorada
anduvo por aquí...!

¡Rosas que dais a su balcón fragancia,
lindo rosal en flor,
decidme si habéis visto aquí mi alma
hecha un rosal de amor...!

Sonetos

Barcarola

El romántico azul del mar divino
corta la quilla de su barquichuelo,
que va dejando caprichoso velo
de blanca espuma en el azul marino.

Un adiós en el aire terso y fino
se deshoja, como una flor de cielo,
y en la popa el adiós de su pañuelo
se mece, juguetón y blanquecino.

La risa siempre alegre de la ola
festeja el rumbo de la vela blanca
desde la arena de la playa sola

y entre las jarcias que el vaivén tremola,
el marinero que del puerto arranca,
melancólico da su barcarola.

Barcarole

The romantic azure of ocean bright
breaks along the keel of his small vessel,
leaving a whimsical, foamy white
veil in the navy blue of seawater.

In the silky, bracing air floats a goodbye
like a falling leaf, a heavenly flower;
from the stern, his kerchief is aflutter,
with a playful, whitish wave of goodbye.

The light-hearted laughter of breaking swells
plays on the rhythmic beat of the white sail
within view of the lonely, sandy beach.

And among the ropes streaming to and fro,
The sailor setting out from port to sea
sings out his barcarole, a lonely wail.

Translated by Emilio Bernal Labrada

Eros

¡Sombra de mis amores alzada en mi albedrío
por quien desborda el alma risas francas y mieles,
ven a ceñir mi frente de rosas y laureles
y a ungir la con frescores sagrados de rocío!

Ven a entonar conmigo tus cantares, te espero
al son del sistro alegre de mi sentir pagano
del sicomoro agreste bajo el dosel lozano
que mece sus ramajes a orillas del sendero.

Escucharán las selvas, absortas, nuestro idilio
suave, como los versos campestres de Virgilio
dilatarán, por vernos, los astros sus pupilas,

y cuando nos salude la aurora en el levante
jugueteará en el céfiro nuestro adiós suspirante,
mientras que se despiertan sonoras las esquilas.

Eros

Shadow of my love raised high, born of my free will:
my soul overflows with honey and laughter still,
come garnish my forehead with roses and laurel wreaths
and anoint it with your fresh and sacred dew!

Come blend your songs with my own as I await you
to the glad sistrum tune of my pagan senses
under the wild sycamore's canopy of youth,
spreading alongside the path its lengthy branches.

The woods, entranced, will bear witness to our romance,
smooth and soft as the bucolic Vergil's verses;
the stars, to see us, will their pupils open wide,

and when the dawning rays of sun bring us greetings
our sighing goodbyes shall play with the zephyr wind,
while awakening morning bells disperse their ring.

Translated by Emilio Bernal Labrada

El loto

Dicen que en el gracioso Japón se da una planta
todo rumor de río y suavidad de olor,
que el viajero le habla y le ríe y le canta
y le cuenta unos cuentos fantásticos de amor

y lo atrae a su sombra y lo besa y lo encanta
y lo duerme al arrullo de su ramaje en flor,
y así que está dormido, en la misma garganta
el aliento le corta y le chupa el color,

y la luz en los ojos inflamados le seca
y le pone en los labios el rictus de una mueca
y luego lo despide con gesto burlador,

y en tanto que se aleja el espectro ambulante
se torna majestuosa y a un nuevo caminante
le vuelve a hacer un cuento fantástico de amor...

A nadie satisface su destino

Lamenta una torcaz su desconsuelo
sobre la escueta rama de un espino,
mientras los flamboyanes del camino
ensangrientan con pétalos el suelo.

Coro les hace tímido arroyuelo
con dolores de acento cristalino
y altas las nubes con bogar divino
lloran las mismas lágrimas del cielo.

La paloma tendió su raudo vuelo
en pos de otro dolor u otro destino,
murmura el arroyuelo el mismo trino,
el flamboyán deshoja el mismo anhelo.

Codicia el flamboyán al seco espino,
el árbol floreciente al arroyuelo,
éste de la paloma el raudo vuelo,
ella a las nubes su bogar divino.

Cada cual cree mayor su desconsuelo,
a nadie satisface su destino,
paloma, arroyo, flamboyán, espino,
sienten el mismo trastocado anhelo.

No le basta a la nube el firmamento,
ni basta al árbol de la flor la gala,
ni al ave errante la ilusión del ala,
ni al hombre el soberano pensamiento.

Poemas del año

Autumnal

Tarde otoñal. En el ambiente vago
trasciende un no sé qué de excelsitudes;
el cielo finge transparente lago;
imita, sollozando, los laúdes,
al moverse en el parque, la saucedá;
lentas caen las hojas amarillas,
cruzan mujeres bajo la arboleda
coqueteándole al sol con las sombrillas,
y se mezcla a la gama cristalina
del aire, alegre confusión de sonos:
la charla de las locas golondrinas
y el agreste piar de los gorriones...
...y yo, sintiendo que en el aire vago
trasciende un no sé qué de excelsitudes,
que finge el cielo transparente lago,
me entrego a soñadoras inquietudes,
y busco en la tristeza de las cosas
el secreto de las afinidades
y en el fondo del alma, silenciosas,
embriagadoras brumas de saudades,
gozo en las sombras de mi propio abismo
al palio azul de una ilusión no hablada
entre las rosas de mi pesimismo
que ya no espera de los otros nada,
en el silencio de mi alcoba exigua,

en la lectura de unos versos, en
el recuerdo de alguna historia antigua
o de alguna balada de Chopin...

Invernal

(La letanía de la nieve)

Vuelo de espumas.
Blancas libélulas.
Pétalos de astro.
Nardos deshechos.
Almas del limbo.
¡Nieve!

Gélidos lirios.
Lágrimas de Eros.
Alas errantes.

Ópalos tenues.
Perlas de Olimpo.
¡Nieve!

Manto de armiño.
Velo de Vesta.
Sal impoluta.
Flordelisada.
¡Nieve!

Clámide nítida.
Río de leche.
Mar de alabastro.
Pálida veste.

Chal de Afrodita.
¡Nieve!

Rizos pascuales.
Copos celestes.
Lino de luna.
Nítida yedra.
Turrís ebúrnea.
¡Nieve!

Rosas de nácar.
Líricos flecos.
Venus cariátide.
Lotos de ensueño.
Estalactitas.
¡Nieve!

Barbas fluviales.
Gnomos traviosos.
Gorja de niños.
Caperucitas.
¡Nieve!

¡Rey de mis lágrimas!

¡Rey de mis lágrimas, cuando la opalina
luz de los astros mis amores vela,
a ti, como un celaje de la noche,
se entrega el alma!

¡A ti, cuando las tórtolas del céfiro
tímidas dan con el coral del pico
sus tenues gamas al alisio errante,
mi ensueño ríe!

¡A ti, cuando en la quiebra de la fuente
saltan los rayos de la luz policroma,
como una ofrenda a la celeste Urania,
miran mis ojos!

¡A ti, cuando las rosas de la aurora
Apolo torna en el azul del orto
en fiesta rubia para las vacantes,
canta mi lira!

¡A ti, cuando en el pétalo de nácar
tiembla el diamante ingenuo del rocío,
soy lágrima en que tiembla tu recuerdo,
Rey de mis lágrimas!

¡Rey de mis lágrimas, ópalo de estrellas,
Céfiro blanco, ofrenda de la fuente,
Vésper dorado, diamantina nota,
A ti, de entre los mares, nácar, espuma,
Anadyómena!

En la tarde rosa

El crepúsculo de oro, lila y rosa,
como toda ilusión, se desleía,
tornábase la tarde silenciosa
y en mi alma también atardecía,

y sollozaba la melancolía
que en todo ser anida misteriosa
pues tiene su tristeza cada cosa
como tiene su noche cada día.

¡Amor, que de mi ensueño te has huido,
vuelve otra vez a platicar parlero
conmigo, entre las frondas de mi nido,

arrúllame la voz de un nuevo halago,
perfumes dame, de cualquier sendero,
músicas seductoras de otro lago!

In the Rosy Glow of Sunset

The gold, lilac and rose of sunset,
like any illusion, dissolved;
evening 's enveloped in silence
as shadows also gripped my soul,

and I sobbed with the mysterious
sadness that seizes all beings,
each afflicted by its own woes,
just as every night has its day.

Love, you who have flown from my dreams,
return to me and warmly chat,
within the frondage of my nest,

murmur more sweet nothings to me,
gift me perfumes from wherever,
seductive music from elsewhere!

Translated by Emilio Bernal Labrada

Nostalgia

¡Pedazos de leyenda de la ilusa alma mía,
Girones arrancados a mi última ilusión,
A dónde iré con esta profunda nostalgia,
A dónde iré con este partido corazón!

De todos mis recuerdos la flor inmaculada
deshójase temblando, llorosa, en el dolor
de no encontrar un solo alivio en la jornada,
ni un árbol, ni una sombra, sin un trino, ni una flor.

Ya las abarcas rotas dejan mis pies desnudos
sobre la abrupta gleba de los caminos rudos,
de mi brial la fimbria se ha roto en el andar,

y ante las que me esperan largas horas de frío
un solo bien me resta, un solo bien ansío:
abrir al sol mis alas y volar... ¡y volar...!

Nostalgia

Portions of legend from my deluded soul,
pieces torn away from one last illusion,
where will I go with this my deep nostalgia,
where will I go with this broken heart on hold!

Of all my memories, an unblemished flower,
trembling, casts off its petals, weeping in pain
at not finding one respite in its journey,
no tree, nor shade, no trill, nor flower lane.

Already-torn sandals force my naked feet
over the jagged rural trails gone by,
as the jostling hike has torn up my skirt seat,

and facing the dreary hours of cold galore,
there's a single goal I hope for, I long for:
to open my wings to the sun and fly.. and fly!

Translated by Emilio Bernal Labrada

De *Los Nuevos Motivos*
(Edición de 1925)

Las siguientes poesías corresponden al libro publicado con este título por Emilia Bernal en Madrid, en 1925.

El caballo de las rosas

Caballo que corre cargado de rosas...
¡Él es!... ¡Allá va!...
¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!
¡Y cuando tiene hambre, mucha hambre,
a un lado y otro vuelve la cabeza,
y arranca rosas y come
hasta que ya no puede más!...

Y es lo peor, que trota
alrededor de un circo donde divierte a los demás,
y que jamás
termina la vitualla de rosas,
y que jamás
encuentra la pista donde parar...

¡Sigue! ¡Sigue! ¡Sigue!
¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!
¡Corre sin descansar!

¡Este es el corazón mío!
¡Ah, si el buen Dios le dijera
con su voz suave al oído:
¡Eh, pobre caballo, échate para siempre!... !No
[corras más!...
¡Oh caballo, qué dulce agonía!
¡Oh mis rosas, cómo os echaríais a volar!

Jugueteo

Amor hirióme con su garra fina
y el dulce daño sentí
junto a ti.
Cázame, garra divina
del amor.
Flor
felina
entre tu garra seré,
que
es voluptuosa tu saña.
¡Clava tu garra en mi entraña,
dulce y cruel amor!
... ¡Así!

¡Inquietud, que pones fragua
en mi vida
entumecida,
di,
qué pretendes de mí!

Sueño de frescura de agua,
que me enervas
con acerbias
nostalgias de besos, y
saudades de amor, enflora

el rubí
de mi corazón,
ahora
de una ilusión.

Cantarcillo de la risa
que me dice en el oído
algún duende zahorí,
canta claro y más de prisa,
que el latido
de mi corazón finido
se está burlando de mí!

¡Jugueteo!
¡Centifolia de recreo
que viví!
¿A qué desplegar corola
rosa sola
que en mi huerto florecí?

Caída de la nieve

I

Ternerita negra

Yo iba, ternerita, por campo de armiño.
Ternerita negra, más blanca que un niño,
toda acurrucada, con piel de negrura.
¡Nieve y sol de senda! Con esa blancura
confraternizaba mi espíritu niño.

Yo iba, ternerita de paso trotero,
ramoneando a un lado y otro del sendero,
rumiando alegrías balido a balido.
Bajo mis patitas crujía el pulido,
incontaminado vidrio del sendero.

Yo iba, ternerita, cuando resbalé,
Me rompí una patita y al suelo me eché.

II
Una fina loba

¡Maná del desierto, para mí te abriste
en hueco sedeño! ¡Para mí tuviste
cielo, tu diluvio de lirios albares!
¡Para levantarme de las estelares
llanuras de nieve, un oso trajiste!

Lejos, a lo lejos, viandante en el puente,
un oso peludo me vio, y dulcemente
vino, y en las garras me alzó fraternal.
Se apartó conmigo silenciosamente
camino a la gruta, el buen animal.

¡Colchones de lana, lecho de caoba,
refugio adorable de la tibia alcoba,
panales de mieles, leche que beber,
y una loba fina, una fina loba,
que por cuatro días me dio de comer!

Y en aquellos días de convalecencia
era más que nunca azul mi conciencia.

III
Fulgores de luna

¡Ah, qué bueno es romperse una pata
y que luego la lleven a una
cuna de brazos calientes! ¡Qué grata
sensación de niñez! ¡Qué grata!
¡Fulgores de luna! ¡Fulgores de luna!

¡Qué bueno es, hermanos, estarse en el lecho
días y más días mirando hacia el techo
o lanzar por la clara ventana
al erguirse a beber la tisana
el espíritu fuera del lecho!

¡Y mirar cómo el sol reverbera
en la nieve, que todo lo cubre,
los arbustos pelados, la acera
donde juega la charpa ligera
de los niños cubiertos de mugre!

¡Ah, qué bueno es cerrar la pupila
cuando la abren los altos luceros,
al dejar de la tarde tranquila,
si a lo lejos salmodia una esquila
o se escucha un balar de corderos!

¡Santidad de la hora serena!
¡Y la vida qué buena! ¡Qué buena!

IV
Con las buenas fieras

¡Qué bueno es, hermanos, si a la madriguera,
en la noche, viene sumisa la fiera:
León, el buen viejo del bosque, y en pos
el hermano Tigre, la hermana Pantera,
a hablar de las cosas sagradas de Dios.

Y el aire se llena de hondos gemidos
si mientan los pueblos que sufren hermanos,
y de imprecaciones y broncos rugidos
y de maldiciones contra los tiranos
si mientan los pueblos que están oprimidos.

Y que todo acabe lo mismo que una
función religiosa. Bajo la oportuna
belleza celeste, sendero de luna,
sendero de nieve, sendero de paz,
que tornen las fieras a lo montaraz.

¿Qué bueno es, hermanos, para una ternera
vivir en la noble hermandad de la fiera!

Evocación al Quijote

¡Padre y señor de mi alma, Don Quijote!
Sobre nosotros tu locura enjuicia
para que vuelva a enraizar y brote
en la tierra la flor de la justicia.

¡Padre y señor de mi alma, Don Quijote!
¡Vuelve a nosotros, Caballero Andante!
¡Más de prisa que nunca pon en trote
el pacífico andar de Rocinante!

¡Que la tierra está en sed de la bravura
de tu brazo y tu lanza, y tu silueta
es silueta de luz en la negrura

del siglo XX, que el demonio muerde!
¡Vuelve a la tierra y al demonio reta!
¡Salva el alma del mundo, que se pierde!

La palabra de miel

Hace toda la vida que he llevado en la oreja,
como esponja sedienta, el deseo de hallar
la palabra de miel, la palabra que deja
en el alma la angustia del más dulce llorar.

Hace toda la vida la he buscado en la queja
de la más móvil onda que le trajo el azar;
en la música bárbara que la gruta refleja
a los tumbos del agua y al bufido del mar.

Hace toda la vida va auscultando los vientos
por senderos ocultos y caminos violentos,
cazadora, la oreja, la palabra de miel.

¡Cinta azul en el cuello de blanquísima cabra!
¡Allá viene saltando la más dulce palabra!
¡Ya no es hora!... ¡Que siga la palabra de miel!

Mar

Emigrantes españoles

Bajo el lomo del barco el mar refunfunaba
cual si fuese a arrancarle de un mordisco la quilla,
en el sollado hidrópico se arremolinaba,
inquieta y maloliendo, la emigrante pandilla.

Más alto, sobre el vano que deja la cubierta,
en una red de cables, la plebe suspendida,
entre piernas y manos y gritos, a la incierta
chispería de la juerga, apenas encendida.

El acordeón festina viejos aires de España.
Un serafín gallego, que abortó la montaña,
Grotesco, en el tablado describe sus piruetas;

pero ante aquel prodigio de fealdad española
desenrosca en el aire su cuerpo una manola
entre un repiquetear claro de castañetas.

Las nueces...

Ellos no saben nada... Ni yo se lo diría...
¿Que mi cara es extraña cuando casco las nueces?
Tristeza diluida, que quiere ser, a veces,
 Sonrisa, y que en el labio se para en agonía...

Ellos no saben nada... Dejad que dulcemente
los ojos se me empañen y el labio se me engría
de sonrisa borrosa, si la melancolía
de mi niñez, sin pascuas, vuelve a mí, sutilmente...

Ellos no saben nada... de mi vacía mano
cuando todos los niños del lugar aldeano
 reventaban sus nueces mirándome pasar...

Ellos no saben nada... de ese cra-cra sonoro
que fue para mi oreja una matraca de oro...
¡Ellos no saben nada... ¡Dejadme recordar!

Alta mar

Serenidad del éter bajo el trópico. Rastros
De nubes, taraceando el cénit de blancor.
El océano. El cielo. En acecho los astros.
Y el gran palo del barco al cielo apuntador.

¡Negro! Las jarcias negras cimbrando en el espacio.
Sobre fondo de plata, triángulo de negror.
Rojo farol al vértice. Y más alto, el topacio
de la luna, corriendo tras el palo mayor...

Soledad y silencio: los hermanos gemelos.
Ni siquiera una sombra entre el mar y los cielos.
Sólo el chas-chas del agua junto a mi corazón...

¡Belleza, aquí me tienes! ¡Vino! ¡Y amor! ¡Y todo!
Y sin embargo, lucho... ¡Lucho porque no hay modo
de arrancarnos del alma la desesperación!

A bordo del *Niagara*, 1924.

El secreto del mar

Fue mi almohada esta noche, y al quedarme dormida
sobre sus senos blandos, azules y convexos,
el mar, el zarco mar, amansador de vida;
el mar, el viejo mar, perturbador de sexos,

me dijo voluptuoso, con voz jamás oída:
¿Quisieras tú saber por qué mi almohada es buena,
por qué da unos dulzores que sanan toda herida,
por qué da una embriaguez que cura toda pena?

¡Señora Sensitiva, dame la mano pálida!...
Manojo de Sargazos, Sirena a ser Crisálida,
Por ruta helada o cálida échate a andar conmigo...

Échate a andar conmigo... Conmigo... Y te prometo
que si vas hasta el fondo... hasta el fondo... Conmigo...
Te diré mi secreto... ¡Te diré mi secreto!...

¡Ámame en español!

I

¡Ámame en español!,
¡amor de guerra!

Amor del Rey Rodrigo y de la Cava.
Amor que empieza al glugluar del río,
y que se acaba
con un clarín de guerra.

Amor, que es la locura y el deseo.
La derrota, el trofeo.
Y el piafar en la tierra
los corceles extraños.

¡Ámame en español!,
¡amor de guerra!

II

¡Ámame en español!,
¡amor de hechicería!
Amor de Pedro el Cruel y de María Padilla.

Te pondré un cinturón
que he llevado prendido
en el talle, mil años,
para que no me olvides.

¡Ámame en español!,
¡amor de hechicería!
Amor del Rey Don Pedro y amor de la Padilla.

III

¡Ámame en español!,
¡amor de sangre!

Amor de celo y de porfía.
La injuria
y el temblor
y la sospecha.

La brecha
de la herida
por donde salga el corazón partido
a decirte al oído
que quiere
la mano que lo hiere
más que la vida.

¡Ámame en español!,
¡amor de sangre!

IV

¡Ámame en español!,
¡amores castos!

Amores de Ruy Díaz
y de Ximena Gómez.

Amor de un hombre que tenía
dentro del corazón una paloma,
dentro de la paloma una jauría
de leones, furiosos
contra la villanía.

¡Ámame en español!,
¡amores castos
y fieles, fieles, fieles...!
Amores de Ximena y de Ruy Díaz.

De Vida
(Edición de 1925)

Los poemas siguientes corresponden al libro que lleva este título, publicado por Emilia Bernal en Madrid, en 1925.

Canción de cuna

Si, a veces, el brazo enarcado levántame el hombro
y en él la cabeza dejas reposar,
mis labios rozan tus cabellos
con una fruición casi maternal.
¡Mi niño! Tu cuna es mi alma,
que se ahueca debajo de ti,
y es encima un tejido de encajes.
Y toda te cuido, con tanto cuidar,
que no muevo siquiera los párpados,
porque temo que hasta el ruido del pensamiento de
[un beso
te podría despertar.

La bayadera

El alma, suelta, se destrenza,
se alarga, en vilo, mi ansiedad
y ajusto el cuerpo en una música
que nunca oyeron los demás.

El aire, está enfermo de amor,
y desenrosca en espiral,
como hipérbolas de dolor,
una armonía inmaterial.

Y la canéfora del ensueño
ajusta el cuerpo a su compás,
y el mal de amor que está en el aire
es armonía y nada más.

La bayadera del ensueño
ajusta un ritmo sideral.

Nueva York, diciembre de 1922

El indiferente

(Antoine Watteau)

Señor Indiferente, figura del Trianón,
que salió bailarín de Watteau en el pincel,
eres, antes que nadie, el Vizconde de Urgel,
frío malabarista de Diana de Aragón.

La aristocracia única de tu frivolidad
pone en la *non-chalance* de tu esbelta actitud
la gracia de la línea como sola virtud
y el llevar bien la capa como toda ansiedad.

Sólo estás bien en las galerías del Louvre,
donde la luz propicia tu elegancia descubre
entre cuatro molduras de oro, para que

cuando las damiselas sonrían al mirarte
los brazos les extiendas en una *pose* de arte
y un ritmo de gaviota les marques con el pie.

Niebla encantada

¡Cómo es de bella la niebla!
A toda precisión le quita realidad.
Es como si la vida se hubiese vuelto ensueño
y un encantamiento las cosas de verdad.

En Central Park la nieve es lo mismo que una
canción de cuna sobre un niño adormecido.
Del *reservoir* la plata, la sábana en la cuna
Y el beso de la madre, la caricia sin ruido
de la tierra ennevada y el árbol sin la hija
y el silencio de mi alma tan suave y dolorido...

Como si el mundo en mi alma estuviese caído
en un sueño tan dulce, en un sueño tan hondo...
para velar el sueño de aquel que está dormido...

The Fog Casts its Spell

How beautiful, the fog!
How it blurs the crisp edges of reality.
Its charm turns life into a waking dream
and casts a spell over the here and now.

The snow blankets Central Park
like a lullaby soothes a sleeping child.
Silvery reservoir, sheet of the cradle,
a mother's kiss, a noiseless caress
of snow-covered ground and leafless tree,
and the soft and painful silence of my soul....

As if the world within my soul had fallen
into a dream so sweet, a dream so deep...
watching over the slumber of one who sleeps.

Translated by Emilio Bernal Labrada

Esta cuerda de mi alma

Muero del aletazo
de la tormenta
en el testuz indómito.

Muero del aleteo
de la falena süave
al rozarme en el seno.

Muero de toda cosa,
de toda cosa muero.

De libadura amable
o picar de veneno...

¡Que esta cuerda de mi alma
está para romperse!

Mírame, Nueva York

Mírame, Nueva York, cuando esté lejos...
con tu pupila única
de Madison Square.

Mírame ahora que me alejo,
y hazme un signo de inteligencia
con el índice esbelto
del Woolworth,¹ que se yergue
todo frágil y altivo
a los que van dejando tu puerto.

Mírame, Nueva York, como te miro,
Babilonia de hierro,
miríadas de torres
confusas y prietas

que se va tragando el humo
de todos los barcos de tu puerto.

Mírame así, como una torre
que se tragan las tinieblas...

¹ Se refiere al que era entonces uno de los rascacielos más altos de la ciudad.

Mírame, Nueva York, como se mira
una caña de junco
que trajo el vendaval a tu puerto
y que se va cantando
la alabanza de tu cordialidad y tu firmeza.

Mírame, Nueva York, en mi noche perpetua
desde la cumbre de los espacios, fija,
con tu pupila oscilante
de Madison Square...

La noche

Dicen que el viento la ha trastornado;
que le ha soltado
la cabellera;
que la ha dormido
sobre la roca de una ribera,
allá en lo alto, yo no sé dónde; que le ha
[esparcido
la cabellera,
que cae en torrentes sobre los mares, en donde
[moja
La cauda bruna... Hasta que el día suba a la roca
[de la ribera
y la despierte, y hebra por hebra se la recoja.

Costas de Inglaterra

¡Ah, si rompiesen a escuchar las orejas de la costa,
cómo les charlaría
de este gozo tan recóndito de quererte
hasta en la última fibra de la vida,
porque esto de hablarle a la turba del seso
de una locura tan dulce como la mía
es más difícil a mi lengua
que a mi mano amarrar todos los rebaños
[celestes con una cinta...

A bordo del *Majestic*, enero de 1923

El hombre verde
(Melodía glauca)

Como esta sorda melodía mate:
ondas de una mar que fuera de ocre.
Campo recién cortado de avena.
Color del lago que ha revuelto el sueste.
Olas de mar picado que a la luz del sol auriverdea.

Semillas de mostaza en derroche.
Playa donde a la arena las algas se mezclan.
Remanso alfombrado de líquen viscoso.
Hojas de nenúfar, pálidas,
que a flor de agua se rizan en la alberca.
Su pelo.

Mayo.
Húmedo musgo sobre la piedra.
Césped donde tiembla la luz al paso del viento.
Campo de cañas dulces de mi tierra.
Penachos de las palmeras orgullosas.
Sus ojos.

Fulgor matutino en las cumbres de la Sierra Maestra.

Atleta de cobre.
Piel de batracio, sin escudetes.
Plumaje malva gris del mariposo.

Sierra Nevada

Sierra Nevada:
¿No sabes lo que me pasa?
Me ha salido un amor dentro del pecho
Como una sierra blanca...

¡Picacho del Veleta!
Ayer te miraba en la lejanía
de las Alpujarras,
y ahora te llevo
dentro del alma...

Me ha salido un amor tan inocente
esta mañana...

¡Picacho del Veleta,
te llevo en mi corazón
como una
caperucita blanca!

Fantasia de la Alhambra a la luz de la luna
En el patio de los arrayanes

I. Evocación

Con una rosa y un látigo
entro de noche en la Alhambra:
la rosa, por mis recuerdos,
y el látigo, por mis ansias.

Quiero una noche de espectros
para soñar en la Alhambra
bajo el claro de la luna
al glugluar de las aguas.

¡Cruja el látigo en la sombra
para que oigan los fantasmas
y la mueca del silencio
descuelgue su carcajada!

¡Patio de los arrayanes
para soñar en la Alhambra!...

*Fantasy of the Alhambra by Moonlight
In the Myrtles Courtyard*

I. Evocation

With a rose and a whip at night
I sneak into the dark Alhambra:
a rose to help me recollect,
and a whip my fear to forget.

I hope to spend a ghostly night,
dreaming within Alhambra's walls,
lying under the pale moonlight,
with water gurgling as it falls.

Let the whip the shadows crackle,
so the ghosts may sharply feel it;
let a silent smirk turn loose
a laugh more like a cackle.

Oh, to dream in the Alhambra,
within the myrtles courtyard...!

Translated by Emilio Bernal Labrada

II. Las primeras voces
(Dúo de los arrayanes y el agua de la alberca)

Los arrayanes
tienen un alma
aromática y buena
que canta.

El agua de la alberca
tiene un espíritu
dulce y travieso,
como de chiquilla.

Dicen los arrayanes:
Si mojas en la alberca
barro
del Darro,
puedes sacar un tiesto
lleno de nardos.

Dice la alberca:
Si de los arrayanes
muerdes las hojas,
se te llena la vida
de mariposas.

Dicen los dos:
¡Señora Luna,

no me mires tan blanco
que me da angustia!

Y allá en el cielo
Doña Luna se pone
los espejuelos.

Espejuelos ahumados,
hechos con negra nube
que había pasado.

Y bajo el agua
se oyen risas de mujeres
y se ven sus carnes blancas.

III. Los fantasmas
Moraima

Allá viene en el aire fantasma lila...
Hermanita del agua de las acequias,
cabellera de chopos en el otoño,
ojos color de noche sobre la vega.

Los bosques de la Alhambra, como su sombra,
cuajan claras violetas;
los cipresales
dicen su nombre;
los ruiseñores
su nombre dicen:
Moraima...

Hermanita del agua de las acequias...
Allá viene en el aire fantasma lila...
Trae en las manos
una estrella partida.

Se detiene en la alberca.

La brisa
frisa
los arrayanes en son de fiesta.

Sobre el estanque
las manos abren
la sombra clara
y cae la estrella al agua muerta.

La sombra gira
En el *luar*¹ se borra la sombra lila.

¹ Claro de luna (portugués).

De *Exaltación (Poema sinfónico)*
(Edición de 1928)

A continuación, siete poemas escogidos de este libro, publicado por Emilia Bernal en Madrid en el año 1928.

El trillador

El trigo, cielo de oro, en haces, fuera.
El sol era la era. Rojo. Ardiente.
El trillo acribillando la simiente
rayos de briznas apuntando afuera.

Un bravo mozo, no. Apolo era.
Engallado en el carro iba potente.
Rubio y rojo de luz. Apolo riente
en la viga del sol. Apolo era.

Rienda en la mano. Al vuelo. Saltador
rítmicamente iba en derredor
dando vueltas y vueltas sin desmayos.

En la otra mano el fuste chasqueador,
fuste y brazo en un gesto triunfador,
al galope corriendo los caballos.

La mujer muerta

Segovia

Al doctor Tapia

El perfil de la cumbre a contraluz de rosa,
sobre un fondo de ocre la silueta dibuja
de una mujer, que encinta eternamente puja
cara al cielo, mostrando su desnudez gloriosa.

Criatura bizantina: testa voluminosa,
facciones que cambian cuando el azar estruja
la nieve de la cumbre, metamorfosis bruja
que da ceño o sonrisa a su faz luminosa,

seno que se levanta desarmónicamente,
vientre ya deprimido por el parto doliente,
encorvadas rodillas, muslos despernancados

a la aurora. Semeja que está pariendo el día.
Dijérase la Santa Madre Melancolía
dando a luz la belleza con pujidos callados.

Carrera
Tricana de Misarela

¡Ah! Yo la he visto correr. El pie ligero...
Un pie abajo... Otro arriba... Un pie abajo...
[otro arriba...
Sin cesar... Corre... Corre... La falda al viento iba.
La falda, negra y amplia, zigzagueando el
sendero.

La manta y el pañuelo flotábanle. Primero,
un brazo abajo iba... El otro brazo arriba...
Un pie y un brazo abajo... Un pie y un brazo
[arriba...
Corre... Corre... ¿Corría? ¡Volaba en el sendero!

¡Corre! ¡Corre! ¡Ligero! Sin volver la cabeza.
¡Adelante! ¡Adelante! ¡Qué ritmos de belleza
describía en las curvas su cuerpo de pagana!

¡Corre! ¡Corre! ¡Ligero! Levantando una nube
de polvo, que la sigue... Que la sigue y que sube...
¡Sacaba luz al suelo el pie de la Tricana!

Persecución astral

¿Quién se acerca en la noche a mi casa desierta
a llamar a la puerta y a nombrarme al llamar,
y a empañar con su aliento el cristal de la puerta
y a arañar en el muro con siniestro arañar...?

¿Quién penetra en mi casa, en mi casa desierta
por la hendidura que deja la ventana al cerrar,
y me apaga la luz con su ráfaga yerta
y recuesta en mi hombro la cabeza a llorar...?

¿Quién me llama... me llama ... y me llama en
[silencio...
con silencio tan hondo... con tan hondo silencio
que me da escalofrío... escalofrío mortal...?

¡Alma que me torturas, no vengas más! ¡No vengas
a llamarme en silencio por la noche! ¡No vengas
a apagarme la lumbre y a verterme la sal...!

Astral Pursuit

Who approaches at night my lonely home,
knocking at my door and calling out my name,

fogging up its panes with a warmish breath,
scratching on the wall with a sinister scratch...?

Who seeps into my home, my lonely home
through the crack of a window not tightly closed,
snuffing out my candle with a sudden gust
and leaning a head on my shoulder to weep?

Who calls out my name... calls out..., silently calls out...

with a silence so deep... so deep a silence
that it gives me the chills... the deathly chills...?

O torturing soul, don't come again! Don't come
calling for me silently by night! Don't come
dousing my candle and pouring salt in my wounds...!

Translated by Emilio Bernal Labrada

Parábola de la tierra y el viento

(Copia)

Sobre la tierra humillada
pisa el viento del amor.
Pisa el viento del amor
sin darle a la tierra nada.

La tierra toda encorvada
se retuerce con dolor.
Pisa el viento del amor
sobre la tierra humillada.

¡Tierra triste y humillada,
si el viento no te da nada
retuércete con dolor

toda rota y encorvada;
pero no le pidas nada
al cruel viento del amor!

De Negro (Poemas)
(Edición de 1934)

Los siguientes escritos corresponden al libro que con este título publicó Emilia Bernal en La Habana, en 1934. (Tres poesías tomadas de Negro figuran entre la selección que aparece en este libro bajo el encabezamiento “De *Sonetos*” [pág. 162].)

En ruta
(Introducción en prosa)

Cada vez descubro más y más nuevos horizontes en la vida.

Más significaciones de todas las cosas.

Más profundidades donde entrar.

Así que cualquier etapa de mi existencia pasada, hasta la más próxima al momento presente, me parece vacua con relación a la que le siguió.

Y tengo la sensación de que en todo mi antes no he vivido, sino de que he jugado a la vida en él.

Y lo que pudiera parecer una antinomia es que hasta el punto de hoy no he hecho otra cosa sino vivir conforme empecé: mis

años no son sino una perpetua y perfecta prolongación de mi infancia.

Mis gustos, mis aptitudes e ineptitudes, mis actuaciones, son las mismas de la niñez.

Mas como a cada instante voy sacándole a todos nuevos sabores y nuevos sentidos, la gama interminable de las sollicitaciones me descubre tan anchas posibilidades que dudo de si he de hallar alguna vez el límite del sentir.

Y me he creado propiedades atormentadoras...

Esta obsesión del tacto vital en profundidad hacia la materia y la no materia: a todo lo que siento como distinto de mí, ante mí.

Esta tortura por fundirme con aquello ante lo cual me distingo.

Este perderseme la mirada del pensamiento en un infinito que de tan irreal se me hace ya plástico e inerte y me entontece.

¿Hacia dónde voy...?

Verdad

Yo me conoceré cuando el aliento
de la divinidad mi cera sople
y se derrita mi abrasado cuerpo:
en tanto que afanosos los gusanos
hormigúeen en la hoya de mis huesos
me ordeñará la eternidad su lumbré
entre la abierta boca de mi ensueño.

Martirio

Ojo dominador de la espelunca,
sin pestañas e inmóvil, que me vela,
ya mis ojos no ven, y se me adunca
el paso, y el pavés se me rebela.

¡Amor... amor... amor... guirnalda trunca!
Alma mía infeliz, vive y consuela.
Amar a quien no amo. Si amo, nunca
seré amada. Cayendo el alma vuela.

Y para que al caer me haga más daño
doy en regazo amoroso amaño
que me hace el acunar adolorido

porque mi labio de ceniza fragua
sedientamente negra gota de agua:
la gota de agua de mi beso ido.

La cabrita - I

(Es ella, germá, soe jo)

Cuídala, pobrecita, es una cabra
recién nacida, blanca, quejumbrosa...
Asustadiza, tiembla a todo ruido
y el pelo corto, aún no le calienta
el cuerpecito. Sólo como flores.
por eso va dentro de un cesto lleno
de margaritas y de rosas blancas.

Cuídala, hermano, bien. Cuando se duerma
pasa a paso de lobo por su lado.
No le des de comer flores oscuras,
rojas, moradas, ni color de sombra
porque se pone taciturna. Dale
campanillas azules y guirnaldas
de perfumadas englantinas. Ponle
en el fondo del cesto, acurrucado
entre el pecho y las patas, un polluelo
de paloma torcaz arrulladora
para que el corazón no se le muera...

Hermano, ella soy yo. Te la confío
para que la ames como a mí me amas.

El collar de frutas

I

En el aire, bruscos temblaron sus ojos
como dos cerúleos gusanos de luz,

y en la faz un grito por el cielo suelto
y en la mano izquierda erguida una hoz
al huerto cerrado de la viña virgen
como eslabonados nos fuimos los dos.

Cuajaba un arbusto bayas dulceamargas
y cuajaba otro gotas de rubí,
y la mano en triunfo las segaba todas
y un collar de frutas hizo para mí.

Y en el hilo largo de una brizna leve
amarrado al moño de agudo alfiler
entre baya y baya la grosella muerde
y el collar se cierra con el alfiler.

¡Grosellas jugosas y agridulces bayas!
Bayas y grosellas salvajes con que
a golpes del viento todas reventadas,
erguida la nuca sangrando miré.

Y en el aire claro se rompió mi risa
salpicando en salvas el amanecer.

A la estrella más linda del cielo

Desde el altar de mi balcón, hermana
azul y temblorosa, toda entera
me doy a ti. ¡Oh ala de mis ojos
roza con tu mirar su blanca túnica
y déjale en el roce mi caricia
ávida de su luz! Yo nada tengo,
sino este dulce palpitar del ser.
que agoniza de ansias. Tengo más,
en el alféizar del altar, un tiesto
de ciclamen y un zueco de begonias
con sendas flores cálidas y eréctiles.
En pocos días el balcón cerrado
se quedará de mí, y ellas, entonces,
desde él, fijando todos sus tentáculos
en tu ojo centelleante, te hablarán
en nombre mío, la pupila hidrópica
del orvallo celeste, enamoradas,
cuando en las noches a tu luz tremole
su balido la oveja, hermana estrella.

Grito

¡No me dejes partir! Échame un nudo
en el cuello del alma.
¡Amárrame a la crin de tu destino
y arrástrame, hasta el vórtice en que caigas!

Rubaiyat

Fue cerezal, el de la sombra leve
cubriendo mi fatiga, fue la breve
gota de luna en medio del camino
en donde el cuervo de mi vida bebe.

Desolación

Vivo de mi temblor, si me quedara
un solo instante sin temblar, cayera.

Es preciso temblar hasta secarme.
Y cuando ya me quede
seca y rajada y cuelgue, rama trunca,
que antes de rodar, el sol me incendie.

El collar de perlas

Iba con el hilo de un collar de perlas
enhebrando perlas para mi collar.
Un paso. Otro paso. Pasaba las perlas.
Un paso. Una perla. Y me echaba a andar...

Paso a paso encuentro del lago la orilla.
Ella en sus rodillas me mandó a sentar.
¡Me senté tan cerca del lago en la orilla!
Y en la falda en hueco desgrané el collar...

Tiqui-tiqui-tiqui... pasaba una perla...
Tiqui-tiqui-tiqui... la volvía a pasar...
Se me abrió la falda con la loca pierna
y todas mis perlas se echaron a andar.

¡Iba por el agua mi collar de perlas...!
Todas... una... una... y al verlas rodar
Claras y redondas, tan lindas al verlas,
Di la cara al cielo y me eché a soñar
Que bajo del agua recogía mis perlas
Y que las volvía de nuevo a enhebrar.

Lago y Bosque de La Cambre, Bruselas

The Pearl Necklace

I took up the thread of a necklace of pearls,
Stringing the pearls together all in a row.
A step. Another step. I strung up the pearls.
A step. A pearl. I was off on my walk...

Step by step, I reached the shore of the lake
Which on bended knee told me to sit down.
I sat so close to the shore of the lake!
And in my skirt fold collected all the pearls...

Clickety-click-click... on went a pearl...
Clickety-click-click... on went another...
Then my leg went wild, tightening my skirt
And all my pearls spilled out, rolling away.

So my pearl necklace was under water...!
All the beads went, one by one, by now submerged.
So clear and round, so lovely were the pearls
that I turned my face to the sky and dreamed
that under water I gathered my pearls
and began to string them all over again.

Translated by Emilio Bernal Labrada

*Cante negro*¹
Sueño

I

Venía en el ancho espacio,
larga, diagonal y lenta
una voz negra, cantando.

Era entre dos líneas rectas:
delante una sombra blanca
detrás una sombra negra.

Venía por el espacio,
agria, triste, bronca y negra
la voz suya, caminando.

¹ Había una escalera de talla antigua, larga y angosta, por donde solía subir cantando una canción de bandido. El ensueño transformó la escalera en su cuerpo, con dos líneas rectas y los planos negro y blanco. La voz vino a ser el espíritu. Estos planos, superpuestos y paralelos, descendiendo oblicuos por el espacio, estaban dotados de sutilidad y conciencia, pues atravesaban la materia y obedecían a un propósito: el de provocar reacciones malsanas a su paso de indiferencia provocativa.

Las estaciones
Invierno

Manzanas cocidas

I

Ya sé que no vendrá; pero he encendido
lumbre de encina con mis dedos ágiles
y he mondado manzanas, como rosas,
para hacerlas hervir. A su recuerdo
con todas las cortezas hice un mazo
y en el brasero de carbón de orujo
radiante de fulgor, puse el sahumero
y he dejado la casa temblorosa
de fragancia por él. ¡Qué maravilla!
cómo juegan las gotas de granada
tremelucientes con el jugo claro
de las cortezas. Cómo me divierto
en azucar el fuego en que se abrasa
el jugo del recuerdo que me es caro...

Ahora el tiempo pasó. Ya las manzanas
cocidas huelen voluptuosamente
y en almíbar color de vino rancio
son globos de oro. Todo este color
caliente y puro y la fragancia viva
que invade el aire, séanle propicios.

Y ofrezco en copa de cristal humilde
pero vialino, la sin par merienda
al sol, para que dé a su paso gracia
y a mi alma la dicha de saberlo...

Estío

Brasero de rosas

¡Ya llegó la canícula! Mis rosas
escarlata, de junio, ya llegaron
y este brasero donde ayer ardían
las doradas cortezas de manzanas,
ahora, de agua cristalina lleno
en medio de la alcoba, ánfora es
donde las rosas coronando el borde
abren, maduros los carnosos pétalos
hinchados del olor que los agobia.
Mi alma no quiere ahora ni un recuerdo:
pero ellos vienen, tropa alada, aleve,
de avispas, a morderme en las entrañas.
Yo las aparto con la mano trémula
una por una, pero el agujón
se me queda clavado. Venga sólo
un gusano de luz a cabrillar
sobre la negra mole de mis sueños
y entonces cogeré todas las rosas
y cubriré con pétalos mi vientre
para que su frescura y su fragancia
a flor de carne alumbren los colmillos
que las avispas del recuerdo clavan.

Maternidad

A una mujer

Hay que amarla, Señor, porque arropara
de su matriz entre los pliegues lívidos
la gota de su ser para que fuera
ebria por el licor fecundo luego.
Escueta gota en el telar del vientre
donde la aguja de su sangre toda
tejía y destejía, hebra por hebra,
la música del cuerpo nueve lunas.
Y cuando estuvo ya acabado el cuerpo
le dio la luz con siete golpecitos
en la frente y el pecho y quedó rota
la tiniebla en el seno de la madre.
Hay que amarla, ¡Señor!, porque le diera
a proyectar su sombra bajo el sol,
a palpitar bajo los astros mudos,
para que ahora enrede las raíces
de la vida a su vez y en esta copa
de mis brazos se vierta y sea en mis brazos
óleo que lubrifique la desnuda
carne, que para el bien, ¡Señor!, me diste...

Maternidad

A un hombre

De la agonía del placer, mi carne
se yergue limpia de terrena cosa
y me quedan las venas de alabastro
y los nervios de miel y de los senos
prontos a convertirse en manantiales
se levanta el murmullo hasta mi oído,
y el vientre es pozo que el materno viento
hace crujir con ritmo nunca usado.
Toda, para vivir la nueva vida
dispuesta soy al hombre de mis lágrimas.
Ponme la sangre que bendice y crea,
con ímpetu bravío, medio a medio,
entre el torrente de este afán, que una
rama bronca de savia, mano abierta
agarrando las cosas más fecundas
desde mi entraña por mi seno arranque.
Rodilla en tierra a ti mi ser camina,
suplicantes los ojos y las manos.
¡No dejes que la antorcha de este hijo
opresa entre los dos, se nos apague!

Silenciosamente

De este dulce amor secreto
que me posee,
toda estoy
consumida.

De este dulce amor secreto
que no quiere nada
y que
aspira sólo a querer
llevo el alma
toda herida.

¡Cómo me duele la vida
de este modo de querer!

Todos van
quemándose en esta hoguera
del amor
poco a poco
mis sentidos.

Toda entera
soy una luz, que alumbrando

palidece
consumida.

Toda entera
soy una voz, que se mece
dolorida.

De este dulce amor secreto
voy herida
cayendo y besando el suelo.

De este dulce amor secreto
voy subida
vuelo
al cielo
toda herida.

De este dulce amor secreto
toda llaga
soy en la albura
del pecho.

De este dulce amor secreto
que me llaga,

y cura
el pecho;
me es dicha la calentura.

Así, que sanar pudiera
me quedara
sin ventura.

De América
(Edición de 1937)

Las siguientes poesías se han seleccionado del libro *América*, dedicado por Emilia Bernal a los países por ella visitados en su largo periplo a través del continente, durante el cual dio conferencias, compuso versos y se relacionó con los más importantes escritores, poetas y entidades culturales de cada país y localidad.

Hierro

¡Un hombre de hierro!
De hierro las carnes del pecho invencible.
De hierro los bíceps y tríceps del brazo que erecta
[triumfante ademán.

Las manos de hierro y el vientre.
Y los muslos columnas potentes de hierro, y las piernas,
cual zócalos bravos sostenes de aquel formidable titán,
con el pie clavado en la tierra apretando en los dedos
[de garra
las raíces del árbol que arranca del bíblico Adán.

De hierro los ojos.
De hierro los dientes.
De hierro el cerebro, los pulmones y el corazón,

Los riñones, el bazo y el sexo.
Por fuera y por dentro un hombre completo de hierro.
¡La fuerza!
La fuerza más grande que el tiempo a la vida ha lanzado
es su encarnación.

Sus ojos fulguran extraños temblores de hierro, si mira.
hinchando las alas expira el herrumbre por la ancha nariz.
Limaduras brillantes de hierro de fragua salpican su
[lengua, si habla.
Palabras de aristas de hierro martillan sus dientes, si ama.
Ideas de hierro engendrara por hijos en toda matriz.

¡Hierro! ¡Hierro! ¡Hierro!, su grito de guerra.
¡Hierro! ¡Hierro! ¡Hierro!, su himno de paz.
Su locura perfora la tierra con hambre de hierro.
Le obsede horadar.
El diámetro del mundo abriera sus dientes de pica
por sacar a la antípoda tierra el férreo reír de su faz.

¡Gran hombre de hierro, ¡yo os extendo la mano cordial!
¡Yo os extendo la mano valiente, grandioso animal!

¡Alumbra la tierra con hierro!
Esa civilización pasará...
El tiempo es más fuerte que todo y tu empuje,
y un día tu hierro pirámide hará
un puente de encaje de forja que corte el azur,
la base cubriendo la América nuestra,
el vértice, buido, engancho un pitón de la luna,
el hombre del Sur.

Nueva York, 1923

A la mujer dormida

Al Ixtaccíhuatl

Señora, tu cabellera
con mi mano temblorosa
hebra a hebra recogiera.

¿Cómo no te sientes mal
de dormir toda la vida,
Señora, sin cabezal?

¿De dónde, Señora, hubiste
el filo de tu perfil
tan afilado y tan triste?

¿Es que te mueres de amor?
¿Es que te mueres de tisis,
Señora, o es de dolor?

¡Señora de los ufanos
pechos de leche de lirios,
en dónde tienes las manos?

¡Estéril, más que la nada,
Señora del vientre níveo,
eres doncella o casada?

Ya la pierna entumecida
debes de tener, Señora,
de nunca andar por la vida...

¡Levántate, pues, Señora!
¡Que te miren caminando
los ojos míos, Señora!

Cuernavaca, México, 1930

Tríptico unánime

Secreto

Ya sé que nos amamos y eso basta:
toda la vida de silencio, ha sido
el cómplice más fiel y traicionero,
porque al ponernos el azar un día
frente a frente a los dos, súbitamente
se abrieron, ante el pasmo de mis ojos
sus ojos, sin medida, desbordados
en una concentrada turbulencia...
Aguas amargas de verdor revuelto,
algas zarpantes, que tenían la fuerza
de un llamar imperioso y anhelante.
Y a su requerimiento irresistible,
toda, rayo a la tierra, abandonada
piedra al abismo, naufrago, al abierto
mar de la afinidad que me tragaba
irremediablemente, me hundí en ellos
de mi ser más lejano desprendida.

De mis ojos surgió fuerza que ciega
me redujo instantánea... Nada he visto,
sino la cicatriz en cita clara,
zig-zag de viva luz relampagueante
sobre su rostro impávido. Inmutable
toda la faz de piedra, sólo en una
contenida emoción... ¡Oh amor amargo

qué seriedad la tuya, tan hermosa!
¡Oh amor terrible, no hay en tus entrañas
ni siquiera un inicio de sonrisa!
¡Todo es trágico en ti!) Y medio a medio
en la frente sentí que tropezaba
mi avalancha vital. Del fino filo,
cuchillo a corte, me abatió el contacto...
Toqué: pero en las verdes aberturas,
lagos de hiel, que hacia ellos me arrastraban
irresponsables, sumergí mi espíritu.
Y allí estoy y estaré, braceando a nado
en soledades hondas, o en el fondo
revolviendo las algas y las piedras,
hasta que la llamada de la trompa
de Dios, suene, y me llame a otras honduras
no más hondas que el fondo de sus ojos
de hiel y sal, que me arden aún más dulce
que dormir en los brazos de la muerte...

Silencio

Alma de mi alma, hundida en el vacío
de motivos tan claros; tembloroso
estado de mi ser, que titubea
sondear en el misterio, porque teme
romper la cuerda del encanto; ala
con la que vuelo leve, mundo arriba,
sin temor a los lazos de las nubes;
ritmo del ritmo más interno mío;
sonrisa adentro; aureola de mi frente;
estela luminosa de mis pasos
asendereando la sombría ruta;
clave de mi temblor; nota escapada
del órgano de oro del recuerdo;
el ruido de los astros de mis días
y mis noches sin luz, eres: silencio...

Soledad

Música dormida de la caja del pecho;
hermana de aquel que me sostiene;
ancha, no obstante que anudas
mi talle estrecho; rosa de los vientos
que giras, envolviendo la vastedad
de mis ansias; arco azul que ardes
en todos mis momentos de quietud celeste;
trenzas de caricias anudada a mi cuello
donde forcejean mis venas;
cauda de mi falda angosta
que arrastrando, me llevas por la vida;
látigo que fustigas mis esperanzas muertas;
deseo de aquel imposible, sin medida,
estréchame siempre así en él:
¡Oh soledad, música dormida de mis mudas
[nostalgias!

La Habana, Cuba, 1935

*Cóndor puñuna*¹
(Leyenda ecuatoriana)

I

Atahualpa

Las huestes de Pizarro, con empuje
se desperdigan por el continente,
bajo la sombra del pendón morado
del “Tato-mota”, a golpes de arcabuces
ensordeciendo el ámbito. La guerra
por vez primera con el hombre blanco
va a estremecer el despertar de América.
De Cajamarca, en palanquín de oro,
conducido en el hombro del imperio
viene Atahualpa a su llamado, y oye
las ofertas de pacto, que son meros
pretextos de traición. Le hablan de Cristo
y en su nombre le ofrecen biblia y yugo...
Mas, el Emperador, resuelve en brío
único y recio su fervor de raza
y asiéndose al orgullo, precipita
con mano poderosa al brusco suelo
el códice de un dios que no comprende.
Atado, escarnecido, afinca el pecho
al dolor, y en tortura, ordena al punto

¹ En lengua quechua, “donde duerme el cóndor”.

a sus vasallos todos, que le traigan
el oro menester a redimirse.

II

El rescate

De toda la extensión de Cuzco y Quito
las cargadas espaldas de los indios
parte, con el botín de oro que pueda
llenar hasta las puntas de las manos
de un hombre en pie el cúbico recinto.
Mas, el dolo se echa, de repente,
y a Atahualpa desploma en sangre tinto,
el cuello roto, la cabeza a lo alto,
sin tiempo suficiente a que llegasen
de Quito las ofrendas aguardadas
que tornan a la sima en que naciera,
y con ellas el cuerpo de Atahualpa
tendido sobre un lecho de plumajes
color de tierra azul y cielo rojo,
cubierto con un manto hecho de estrellas.

III

*Rumi-ñahui*¹

Sus hombres de valor, ante la vista
del jinete de barbas luengas, dudan
fanatizados. Tal es el azoro
de la tierra invadida que ya nunca
será libre otra vez. Mas, Rumi-Ñahui,
Ojo de piedra, invicto en toda hora,
calza el peto de trama de algodón,
y el penacho de plumas, y la honda
aprieta junto al pecho, y a la boca
ajusta el cuerno, con llamar de guerra

¹ En lengua quechua, “ojo de piedra”.

a sus hombres, que arden de coraje
y van a arremeter, hasta las uñas.

IV

La erupción del Tunguragua

Mas, tiembla el suelo bajo el pie del indio;
cruje la tierra con fragor de espanto;
se nublan las alturas de sonidos;
huyen las alimañas y las fieras
sin saber dónde van; se incendia el bosque;
el llano es río de cambiante lava
de azufre y ámbar y de pez plumiza;
el cielo se encapota, y en torrentes
se despedaza en gajos por las vastas
tierras, y el rayo y la centella cubren
el espacio, con música de antros.

V

Pánico incaico

El Tunguragua, reventando el pecho
acude a proclamar la profecía,
y el indio baja el arco, y desembolsa
el haz de flechas en la tierra pávida,
pega la frente al suelo, y consternado
siente que ya también su dios le deja.
Palidece la grey, y precipita
su valor milenario en la tremenda
hondura del pavor. Pizarro triunfa
no por ley de su fuerza y su bravura,
sino por ley de sino. Y abatida
la estirpe recia americana, huye
y petrifica su nobleza arcaica
en el más empinado pico andino.

VI

Cóndor puñuna

Rumi-Ñahui, que ni habla ni pregunta,
ni dice dónde va, se agarra al cuerpo
de Atahualpa inmortal, y jura, indómito,
que el noble incaico, nunca, en lo que viva,
será tocado de la garra hispana.
Y arranca con tesoros y con hijos,
y abuelos y mujeres, y hombres bravos,
al baluarte más firme de los Andes.
¡Cóndor puñuna! Grita, y apretando
los firmes puños, carga con el cuerpo
de Atahualpa inmortal y con el oro
que del Cuzco volvió, y tierra arriba,
tocando en el azul mismo del cielo,
lo hunde, en el hueco más profundo y alto
del Nísac, donde duermen héroe y oro.

VII

El pájaro de hierro

¡Cóndor puñuna! Y cuando rompe el alba
por sobre los nevados de la tierra
del Ecuador, encima de las nubes
de un velo transparente cubre el ala.
La aristocracia incaica mira al cielo
impasible y estática. Y de tarde,
cuando el sol va dorando los volcanes
de Sangay, Cotopaxi y Chimborazo,
el pájaro de hierro en espirales
largas y hondas, escribe una escritura
que es sobre las cabezas de su gente
señal de bendición. Y baja al Nísac.
¡Cóndor puñuna! Y los que saben leer
el vuelo de ese pájaro de hierro

dicen que canta: Donde el cóndor duerme
su sueño eterno, se ha de despertar
la nueva libertad del continente.

Quito, Ecuador, 1935

Madre

(Al amado que presiento en la tierra)

Madre, de tu regazo a mi regazo
ni un solo punto existe que esté hueco.
Qué bien estoy en él cuando en él peco
y qué bien cuando en gracia me solazo.

De ti a mí, qué corto es el abrazo
madre, que huye de la vida el seco
y duro trajinar, qué blando el eco
de mi voz, si se anuda en este lazo.

Madre te llamo, porque a ti reclina
mi mente atormentada la cintura
y de cuitada se transforma en fina

y ágil muchachuela, que se halaga
de ti, y te ama, y en tu vaso apura
el jugo escaso en que la sed apaga.

Santiago de Chile, 1937

Tímida

Déjame estar en tu alma. Poco a poco
quisiera entrar en tu alma, tan cerrada.
Temo que se me rompa a mi llegada.
¡Si se me rompe todo lo que toco!

Con qué sigilo iré, con qué sosiego
del camino borrando la pisada,
tapando las hendijas de la entrada,
para que no te enteres de que llego.

Déjame estar allí... Desvanecida
en ti estaré, como si no estuviera,
vagando por las salas de tu vida.

Pero no sabrás nunca que he llegado.
¡No sé qué haría si se me rompiera
tu alma, como las otras que he tocado!

Santiago de Chile, 1937

Timid

Let me be in your soul. Just bit by bit
I wish to penetrate your heart so tight.
I fear that it may break as I alight.
Everything shatters when I but touch it.

I'll walk with such stealth and serenity,
erasing every footprint from the floor,
stuffing crevices at the entrance door
so that you will be unaware of me.

Let me be there. As still as in the tomb
I'll be in you, as if I did not take
to strolling through your life's reception room.

But you will never know I've reached your shore.
I know not what I'd do if I should break
your heart, like all the ones I've touched before!

Santiago de Chile, 1937

Translated by Helen Wohl Patterson

Zonda la ñusta
(Leyenda del Alto Perú)

En el número del viernes primero de enero de 1937, en el diario bonaerense *La Nación*, leí el relato en prosa de esta leyenda, firmada por Ataliva Herrera. Inmediatamente de léída tuve el impulso de trasladarla al verso, cuánto más, pareciéndome que al hacerlo, sólo realizaba la obra de restituirla a su forma prístina, pues que el poema en prosa, tenía toda la traza de haberlo sido antes en verso, del que fue desarticulado no sé con qué fines. Tanto es así, que la parte del mismo que titulo “La Fuga”, sigue casi al pie de la letra el original de *La Nación*. Puede haber ocurrido, que el escritor en prosa, siendo poeta, si lo es, se haya dejado llevar subconscientemente, por el impulso de su astro produciendo esa parte rítmica, la cual da la impresión que antes he señalado. Pero es que en otros puntos de la leyenda, aunque con menos énfasis, se nota lo mismo. De todos modos he querido hacer esta declaración al margen de la leyenda versificada por mí, con el fin de que no se me acuse de plagio, declarando que no le importa a mi orgullo de poeta traducir, resumir, transportar, etc., temas ajenos, siempre que los encuentre llenos de la belleza con que es grato tratar, en cualesquiera formas de ella. Tanto es así, que, en más de una ocasión he traducido poemas ya traducidos por otros, no aspirando ni siquiera a mejorar las versiones antecedentes, sino con toda sencillez a darme el gusto de trabajar en algo grato a mi espíritu.

Emilia Bernal
Santiago-Angol, Chile, 1937

La fuga

I

Los amantes van en fuga:
ya disparan por alcores,
ya se ocultan por quebradas. Mas, de pronto, tiembla el
[cerro.
desconocen la pareja que penetra por el reino
de la arisca Pachamama. El guerrero, temeroso,
le amontona una *apacheta* implorativa. Cada piedra
que acarrea es una súplica. Y la Diosa de los Cerros
los protege en sus amores. Pero corren tras sus huellas
fieros chasquis, incansables.

II

Los amantes van en fuga:
han subido, sin descanso,
por las altas cresterías, han bordeado precipicios...
Por el hilo del camino de los Incas, suben raudos
a los témpanos sombríos.
A su paso se desbandan los guanacos espantados.
Mas, los chasquis los avistan y han de darles pronto
[alcance.

Es propicia Pachamama,
quien transforma a los amantes
en dos jóvenes vicuñas, a los ojos asombrados
de los chasquis, incansables.

III

Los amantes van en fuga:
Las vicuñas corren libres,
como el viento, por las cumbres. Pero Killa, vengativa,
les azuza tras las huellas la manada de cien pumas.
Los felinos se dispersan en acecho por las quiebras.
Ya han cercado las vicuñas, que temblando, sólo ven
en redor, puntos de fuego, los mil ojos sanguinarios
de los pumas que los miran.

Es propicia Pachamama,
quien convierte a los amantes
en dos rústicas palomas, con plumajes azulados
del color de las montañas, y ojos claros, transparentes,
del color de cielos limpios.

IV

Los amantes van en fuga:
son felices en su vuelo.
Entre tiernos arrumacos van cantando amor y pena.
Pero, Killa, vengativa, ha soltado los halcones
más hambrientos, tras su presa.
Las palomas indefensas con las alas fatigadas
y los picos incesantes, serán presto pasto inerte
de las aves de rapiña.

Es propicia Pachamama,
quien convierte a los amantes
en dos nubes blanquecinas.

V

Los amantes van en fuga:
Los amantes impalpables,
blancos cúmulos gemelos, se detienen en un pico
inaccesible. Pero Killa, vengativa, más burlada,
pide auxilio a Huayrapuca, la que es madre de los
[vientos,
la que monta sobre el potro revoltoso de los Nortes,
quien desata en seguimiento de las nubes fiero vórtice
que vomita bocanadas de calígine. Al ataque
los amantes se abalanzan sobre un pico y otro pico.
Ya del potro en las pezuñas la pareja se desliza
por el llano, pero el potro se despeña, cumbre abajo,
y va a darles pronta caza en el valle de Tulum.

Es propicia Pachamama,
quien convierte a los amantes
en dos fértiles montañas abrazadas por un nudo.

Pero el viento adusto y cálido sopla siempre sus laderas
y su cumbre, guerra a muerte.

VI

Los amantes ya no huyen:
Ahora Killa, vengativa,
pide ayuda al dios del rayo, que acuchilla por el vientre
las tormentas. El que blande la flamígera hoja roja
de su espada, y dejándola caer desde la altura
corta el hilo de sus vidas.

Desde entonces, convertidos en estériles montañas,
separadas por el tajo que hizo el río de los Patos
al lanzarse desde arriba, yacen cerca, pero mudos,
abrazados de silencio, los amantes imposibles...

VII

Metempsychosis

.I

Por la ley de sus destinos los amantes entregaron
otra vez la humilde arcilla a la ardiente Pachamama,
insaciable en las alquimias de sus mil transformaciones.
Pero vuelan sus espíritus alejados para siempre.

.II

El guerrero se fue al seno de la tierra: al *uccu-pacha*.
Mientras Zonda, siempre casta, tendió el vuelo al
[*hanac-pacha*.
Sobre el fondo transparente de la noche, se vislumbra
nueva estrella en el espacio. Zonda, brilla con luz triste...
Mientras Killa, blanca y cruel, entra al río azul del cielo
triunfadora a contemplarla. Y la siguen teorías
de blanquísimas estrellas, que en la vasta celestía
van cantando:

VIII

Canto de estrellas

.I

CORO:

Rosa de nácar.
Cofre de perlas.
Lirio de luz.
Puerta del cielo.
Madre purísima.

SOLO:

¡Killa!
¡Reina!

.II

CORO:

Carro del alba.
Copa de ébano.
Torre de plata.
Fúlgida estela.
Madre inflexible.

.III

CORO:

Flor de diamantes.
Lino de nieve.
Sol de la tarde.
Broche del cielo.
Madre amantísima.

SOLO:

¡Killa!
¡Reina!

.IV

CORO:

Lis de alabastro.
Ópalo trémulo.
Pluma de garza.
Arca de ensueños.
Madre implacable.

SOLO:

¡Killa!
¡Reina!

De *Sonetos* (Edición de 1937)

Los siguientes cinco poemas proceden de *Sonetos*, libro en el que Emilia Bernal reúne –de nueve de sus obras publicadas hasta 1937– composiciones poéticas de esta categoría. Corresponden al libro *Mallorca*, publicado por nuestra poetisa en Santiago de Chile, en 1937, los cinco titulados “Pequeña”, “Mi casa”, “Leve”, “El saurio silencioso” y “El saurio enamorado”; los restantes, “Honor”, “Fuga” y “Pedrería”, proceden de *Negro*, libro editado en La Habana en 1934.

Pequeña

Él me dice: yo soy lo mismo que
perro de raza fina. Acaso galgo,
que si me toman por el lomo, salgo
en arco puro, inmóvil, desde el pie

zaguero al delantero, hasta que de
otra mano me cojo, en la que valgo
guante blanco, poema, amor.... Soy algo
indefinido en mí. De nada sé

sino de este encantado estar. Así,
como quien sueña sin saber que sueña,

como quien ama, sin saber que ama,
se inclina, muy despacio, sobre mí,
diciendo, nada más ¿cómo? «¡Pequeña!
¡Pequeña!» Nada más. Así me ama...

Mi casa

Ahora está mi casa iluminada.
Ahora con su campana toca a vuelo.
Ahora va la torre punta al cielo.
Ahora está mi huerta en flor cuajada.

Ahora la cancela levantada
deja pasar la gente sin recelo.
Ahora, desenrosca, hinchando el vuelo
la falda de mi casa, desplegada.

Así está, toda luz, toda alegría...
Aldeanita que va para casarse...
Novia, vestida de percal, mi casa...

¡Así está de feliz, la casa mía!

.....
Mas, cuando el día vuelva a levantarse,
viento de ruina, arruinará mi casa...

Fuga

Mucho más cerca que decir pudiera
pasa la estela de su cuerpo, ida.
Pluma al espacio, leve y extendida,
Las cuatro patas tensas hacia fuera.

Chafó la hierba el peso que pusiera
Un punto el cuerpecillo, detenida
la escapatoria. Y blanca la acogida
se acurrucó. El cuello, la ligera

mirada negra en terciopelo, para
asustadiza, a un tiempo, y sigilosa
en el verde lejano que llamara

de nuevo a rumbo. Y se despliega el brío
al aire, abriendo el pecho. Temblorosa
la nariz, olisqueando en el vacío.

Honor

(A la gente)

No. Yo no tengo honor, si el vuestro es mío.
Hace la vida que lo vi partir.
Apenas me lo disteis, vino el río
de la impiedad y me lo hizo ir.

Me quedé sin honor. Me fui en el río
cantando mi canción al porvenir,
y me nació un honor, que es todo mío.

¿Y me venía con el honor, ahora
que a fuerza de vivir y padecer
el corazón de claridad me llora?

¡Quedaos con vuestro honor! Yo no lo quiero.
¿Con vuestro honor qué tengo yo que ver?
¡El mío es sólo mío, y lo prefiero!

Leve

Dulcemente apagado, todo leve,
adoro la elegancia con que grave
sabe insinuarse en el misterio, y sabe
hacerse amar así. Tallo de nieve

que, apenas, si rozándola, se atreve
a acercarse a mi luz, porque no apague
el temblor de su sombra la suave
ilusión, si acercándose, la mueve.

Leve su sombra es. Leve, indecisa,
La sombra de sus ojos en la brisa.
La sombra de su leve voz, apenas

oye zurear la sangre, entre las venas.
Y aun disuelta en la nada, su sonrisa
sombra de luz, en leche de azucenas.

Pedrería

Ámbar. Mármol. Zafir. La algarabía
de un cofre de faquir. Que se aproveche
de tanto encanto mi osadía. Eche
a revolver en él la mano mía.

Alabastro y azur. Sangre del día.
Zafiras a granel. Rosas de leche.
Carcajadas de luz. Mi afán estreche
y agite la ofuscante pedrería.

Mar. ¡Cielo! ¡Sol entre mis brazos! ¡Fuego
de los claros diamantes con que juego!
Malaquitas, topacios. ¡Serpentinas

de centelleos en mis manos! “Presas
en los dedos guirnaldas de turquesas,
lapislázuli, jade, aguas marinas!

Precious Stones

Amber. Marble. Sapphire. The jingle gay
of a magician's coffer. Such delight
my daring should experience. I pray,
allow my hand to stir it up aright.

Azure and alabaster. Blood of day.
Great heaps of sapphires. Roses milky-white.
Bellow of laughing light. My yearning may
reach and shake the precious stones dazzling bright.

Sea. Sky. The sun in my embrace! Pure rays
of diamonds are radiantly on display!
Topazes, malachites. The serpentines

are sparkling in my hands. Long strings
are captive in my fingers –turquoise rings,
jade, lapis lazuli, aquamarines!

Translated by Emilio Bernal Labrada

Torneo

Los cuatro saurios¹ De la reina Eumelia²

El saurio silencioso

El Saurio Silencioso rompe el silencio... Un día...
dice, alargando el cuello, impávidos los labios,
el lomo sordas eses sensuales a porfía,
las curvas de la cola trasuntando los agrios

modos, con que su espíritu disfraza la poesía,
enarcándose en vilo un momento, parece
que va a irrumpir en clara y alegre profecía,
*lusco-fusco*³, feliz que todo lo esclarece

con su mínimo gesto, asombro del espacio
aun más que por el lento llegar, por el reacio
esoterismo suyo que recusa el abismo

¹ Hay en estos poemas de “saurios” un doble juego figurativo: eran los saurios de veras unos lagartos de vidrio esmeraldino con que, según la leyenda, obsequiaron a un poeta en su visita a la fábrica de cristales de Gordiolas, donde aún se trabajaba esta materia como en los primeros tiempos de la industria, al soplo. Dicho poeta luego caracterizó a los cuatro amigos que por entonces lo acompañaban en excursiones y paseos, atribuyéndoles las cualidades psicológicas que presuntamente correspondían a cada uno de esos saurios cristalinos. Se han incorporado aquí dos sonetos del cuarteto de “saurios” que a base de esa inspiración escribió Emilia Bernal.

² Supuestamente, es una versión griega de “Emilia”.

³ En lengua portuguesa: “entre dos luces”.

de la vida consciente y que plasma el lirismo
en el silencio. Así, todo melancolía,
ritornelo de amor, vuelve a decir... Un día...

El saurio enamorado

Y pues yo, ¡Reina mía!, ¿qué haré yo para ofreceros?,
yo que sólo soy alma en cuerpo de lagarto.
Caminaré mil leguas si lo mandáis, enteros
navegaré los mares... ¡Oh, Señora, si parto,

—dijo el saurio agitando desconsoladamente
la triangular cabeza— digo que he de traeros
en mis manos el loto más azul del Oriente
y a vuelta, el corazón igual para quereros...

Y en un gesto de saurio resumió su sonrisa,
dobló en mil dobleces su cola, la camisa
esmeraldina y oro de su cuerpo arrugó,

arrugas sobre el río al soplo de la brisa.
Y sin saber ni cómo ni cuándo, su sonrisa
de la reina el regazo rosado iluminó.

De *Lubricán*

Los siguientes poemas pertenecen al libro inédito que con este título preparaba Emilia Bernal en sus últimos años en Cuba, antes de abandonar su casa y todas sus pertenencias –incluso un baúl con la historia de la familia Bernal y toda suerte de otros manuscritos– para irse a morir al destierro, en Washington, D.C., en 1964.

El amigo muerto

Una mano extendida, suplicante,
transida de humildad. Un montecillo
de fresca tierra negra. ¡Allí está
el amigo dormido! Y la mano
que no es humana, sino luz del alma,
allí también está, acompañándole
desmayada en la tierra. ¡Cuántas cosas
quiere saber la mano, y lo pregunta!

¿No cuidé, con esmero, de tus ojos?
¿No aderecé, con mimo tus cabellos?
¿No templé, con amaño cuidadoso,
tu alimento a la lumbre? ¿Tus vestidos
no tuve siempre listos al ponértelos?
¿En qué falté, Señor, para que hayas

dejado hueco el torno de mi talle?
¿Sabe la tierra donde duermes, qué
mal pude hacer, para que te hayas ido?

¡Si vieras cómo está la casa nuestra,
desmantelada, toda alicaída,
Rey de mis lágrimas! Desde que te fuiste
sólo cuelgo crespones en sus muros.
Si vieras cómo están los malmequieres
ahilados, las caléndulas exangües,
abarquillada la hoja en el ramaje
de las anémonas, ahora desdichadas
porque no las miramos los dos juntos...

¡Oh Padre! ¡Oh Rey! ¡Pastor de mis rebaños
de estrellas, en la noche del alma!
¡Habla! Y di qué pecado cometí,
¿para que así te hayas apartado
de mi lado?

¿Acaso no está tibia
La tierra en que te acuestas? ¿No está blanda
la colcha que te cubre? ¿Está mullida
la almohada en que recuestas la cabeza?
¡Dilo, Señor, y bajaré a tu lado
a arreglarte las cosas de algún modo
para hacerte agradable la postura
si no estás satisfecho del reposo!

Pero; aguarda un instante, Padre, voy
a recoger castañas por el bosque
con que darte *magustos* junto al lecho
para que la fogata te ilumine
con chispas claras el dormir, y veas
en ellas las candelas de mi vida
alumbrando tu sueño, ¡oh dueño mío!

¡Guarda, oh amado, en tus graciosas manos
está mi mano, sobre ti suspensa!

¡Calientala en el frío que abrasa!
No haya quejas, ni llantos, ni gemidos.
Sólo haya el balbucear de mi ternura
Que quiere ir más allá del existir
a hacerte mis cuidados predilectos
más gratos y cumplidos que lo fueron
cuando en la alcoba estábamos reunidos
o al descuido, en tus brazos reposaba.

¡Dime si me oyes! ¡Oh, dolor sagrado
de no saber si allá me estás oyendo!
¡Responde, Rey, si bajo la suave
colcha de tierra negra que te cubre
un lugarcillo encuentras que me sirva
de agasajo a tu diestra! ¡Oh, Padre!
Allí, al instante iré a acurrucarme
con regocijo entre tus brazos. ¡Habla!
¡Y presta iré a echarme a tu costado!

Mayo de 1951

*El gato se despide*¹

Hace ya varios días que se ha ido,
no sé dónde, aquel gato que venía
a encontrarse conmigo. La vez última
que supe de él estaba tan lejano...
No lo sentí. Tampoco lo miré,
pero me habló con un mayar profundo,
tan lleno de emoción, que tristemente
he de llevarlo siempre en la memoria
como un llamado a no se sabe cuáles
incógnitas regiones de mi espíritu.

Era tan lejos desde donde hablaba.
Y era su acento trágico y abierto.
Fue solamente uno su gemido.
Mayaba como si algo se rompiese
en lo más hondo de su ser gatuno.
El maullido en crescendo se movía
En fermata doliente y misteriosa
Al acabar la voz enronquecida.

¹ Esta poesía debe haber sido inspirada por la historia de un gatito perteneciente al nieto de la poetisa –Emilio Bernal Labrada, colaborador de Manuel J. Santayana en esta antología–. Siendo entonces niño, lo había recogido y alimentado, pero por no poder albergarlo en la residencia familiar, lo llevó a la casita que tenía Emilia Bernal en Miramar (afueras de La Habana).

Estaba lleno de intención recóndita.
El énfasis más claro que ponía
en la inflexión aquel maullido, era
de irremediable adiós, las estridencias
del ulular gatuna, que se araña
él mismo, como si saliese
atravesando púas desgarrantes,
el son nasal que pone en su lenguaje,
tal cual si lo aplastase contra el cielo
de la boca feroz, era esta vez,
en el espacio ancho en que mayaba
más estentóreo y más nasal que nunca
pudiera dar la voz de un gato nuestro.
¡La perfección cabal fue aquel maullido
transcendente, expresándose en espíritu!

El ánimo en suspenso, asaz sintió
lo que dijo aquel grito triste y largo
y lejano... Lejano, porque se iba
apartando del plano en que pudiera
sensible hacerse a mi poder extraño.

Y toda absorta y consternada, acude
la mente a comprender,
si habrá algún mundo
donde haya gatos-hombres, como este,
o con alma de gato, hombres aquí.

Agosto de 1951

Lágrimas

No sé nada del tiempo.
¿Ayer? ¿Hoy?
Un hilo largo junta los extremos.
Oigo decir que fue
hace veinte
vueltas del sol.
Veinte cigarras áureas.
Veinte lunas moradas.
Hoy...
(¡Yo siempre fuera del tiempo!)
Pero ahora es mi noche.
Mi queja. Mi espanto.
Mis lágrimas.
Mi duelo.
¡Mis luces de llanto!

Gotean luces pálidas
sobre un mantón negro.

Madrid, abril de 1953

Allá

Eras la propia imagen de la muerte.
Negror de roca. Relumbrar de herida.
La misma tierra, donde, amanecida
Luz y rocío, acudía a verte.

¡Alma! ¿Qué hice yo para perderte,
sino estar cada vez más engreída
con la estrella del alba? La incendiada
flor, de que me tuvieras y tenerte.

¿Por qué al saltar el eslabón de oro
roto en chorro de sangre, de mi lloro
no saltó el chorro, corazón inerte?

¡Sino ahora! Sombría llamarada:
¡Noche de mi extravío! ¡La alborada
en el regazo tuyo de la muerte!

Madrid, abril de 1953

Yo siento que me hablan las estrellas

Cuando al silencio de la alta noche,
sola, sendero adentro caminando,
suspensa en vilo, la mirada al cielo,
mis pasos inseguros, al azar.

Mis amadas amigas, las estrellas:
Los ojos de dolor de los Dioscuros:
Sirio, la azul: Alderabán, lejano:
Orión, el de la espada centelleante:
Venus, la flor alípeda del éter:
La hoja de trébol, amatista, Vega,
y la más bella, Corazón en Llamas,
me hablan, de su pupila al parpadear.

Esta, mi más adicta, amiga en llamas,
me dice: “¡Ven a mí!” ¿En vano dudas?
¡Si supieras la casa que te espera!
Suspendida, sin techo, en el espacio.
(No temas a la lluvia. Aquí no llueve.)
Esbeltos fustes sonrosados, suben,
en donde tintinean las campanillas
alacres, de profusa enredadera,
sosteniendo la casa. Aquí tendrás,
para dormir, regocijado lecho
sin manta y sin almohada, recogida

en brazos infebles, que no engañan
ni huyen, ni punzan, como duelen y huyen
los brazos que conoces. Por aquí vendrán,
de cuando en cuando, tus amigos:
Anthero de Quental, Adolfo Bécquer...
Schumann, el pálido y Vivaldi, llegan...
Aquí no estarás sola, como allá.

Y tus padres, ¡oh rara flor del cielo!,
vendrán a verte y te traerán frutillas
silvestres, de mis cumbres orquestales.
Y vendrán a traerte de sus flores.
Flores que vuelan y que cantan. Flores
de colores que huelen imposibles...
¡Ven! ¡Oh flor enigmática del caos!

Madrid, 1954

El madrigal de Aranjuez

Por dondequiera que voy
En las calles de Aranjuez.
Ángel de mi Soledad
se va topando con él.
¿Quién diría, Alfonso XII,
¡amor de mi pequeñez!,
Que la que nunca te vio
tanto te viera después?

Era una niña soñando.
Era un romántico rey.

Se llamaba Flor de Mayo,
la del perfil de alfiler.
Una niña de diez años
enamorada del rey.

A jugar se van los otros
corros y danzas, después:
“¡Hilillo! ¡Hilillo de oro,
yo jugando al ajedrez...!”
Ella se quedaba sola
acodada en el combés
de panzudos tinajones
con afligido interés

preguntando a las estrellas:
¿A dónde se ha ido el rey?

¿Dónde vas, Alfonso XII,
¡poesía de mi niñez!,
que me sales en las plazas
y en los bosques de Aranjuez?

El forro del cabezal
descosió, donde meter,
escondidos, los retratos
que recogía del rey,
para dormir sobre ellos
y para soñar con él.

¿Dónde vas, Alfonso XII,
¡amor de mi pequeñez!,
que me sales en las salas
del palacio de Aranjuez?

¡Florezilla, Flor de Mayo!
Era una niña de diez.
Era un viudo rey de veinte
cuando se murió Merced.

¿Dónde vas, Alfonso XII?
Era la pregunta que
dirigía a las estrellas
la enamorada del rey.
¡Quisiera irme contigo
en la busca de Merced!

Sopló el viento, Flor de Mayo.
La niña cayó en mujer, oyendo
que cuando andaba
enamorada del rey;
el rey se había ya ido
en la busca de Merced.

¡Pobrecilla Flor de Mayo,
la enamorada del rey!
Por dondequiera que atajo
los jardines de Aranjuez,
¡Ángel de mi Soledad!,
Me voy topando con él.

De tanto salirme al paso
me he enamorado otra vez,
¡Ángel de mi Soledad!

¡Amor de mi pequeñez,
se me han revuelto los sueños
con las rosas de Aranjuez!

Aranjuez, mayo de 1955



Emilia Bernal a los 40 años, foto de estudio, La Habana.

Capítulo II

Prosa



Emilia Bernal, pintado al óleo, ca. 1931.

De *Sentido*

Los textos siguientes proceden del libro publicado con este título por Emilia Bernal en Santiago de Chile, en 1938.

VI¹

Uno de los mayores obstáculos para la felicidad humana es el concepto de la felicidad misma. Cada quien se hace un tipo de felicidad ideal y a todo trance quiere adaptar a él los fenómenos. No puede imaginar el hombre hasta dónde es contraproducente este sistema, aun cuando se trate del ideal más pobre: el del gastrónomo, por ejemplo.

El mundo de los fenómenos invariablemente se nos resiste, o más, se nos revela. Y la lucha que el hombre pone en vencerlo se lleva al traste toda felicidad.

Cuánto más acertado es aceptar las cosas como son, entendiéndolo que cada manifestación del medio es un complejo tan rico, que siempre podremos extraer de él una porción que corresponda exactamente a nuestra idea o nuestro sentimiento de la felicidad.

¹ Los números romanos corresponden a los que identifican cada segmento en la edición príncipe de *Sentido*.

Y el resto, lo que nos es ajeno, aceptarlo como la ganga del filón, amando inclusive la ganga, puesto que ella sirve de cuerpo de encaje a nuestro hallazgo feliz.

Si nos blindáramos con el postulado de Leibnitz: “Todo está bien y este es el mejor de los mundos posibles”, sin reposar en la inercia, cada quien hubiera realizado en esta vida su ideal.

XII

La poesía es, a veces, en su origen, cosa tan distinta de las formas que toma la poesía propiamente dicha. La poesía, en abstracto, busca forma, marco donde situarse, y cualquier tema le sirve y es bueno. Si hay en el espíritu del que hace una emoción, una inquietud, un sentimiento poético, la obra que surja será poesía y a la poesía le serán indiferentes los resultados concretos y siempre ellos serán poesía. Así el amor.

XIV

Esto se llama escribir por debajo. Parece como que ellos se fraguan dos poemas: uno en un plano anterior, el objetivo: otro en un plano posterior, el subjetivo, que es como la sombra del primero. Y este es el que sacan al exterior. Los poetas surrealistas no tienen una psicología surreal. Lo que tienen es una consciente manera indirecta de expresión, a la que han dado en llamar surrealismo, para contar cosas reales, y, a veces, muy vulgares, de su vida interior. En algunas ocasiones, este acicalamiento literario es oro de ley, pero hay otras en que es del más repugnante empaque.

¿Y qué me dicen de prostituciones como éstas? Después de escrito un poema tal cual se ha escrito siempre, clásico, pseudo-clásico, romántico, cursi o viril, tomar un diccionario y suplantar por sinónimos raros el léxico de uso. Trastocar el estilo con transposiciones irreverentes. Invertir el empleo de las preposiciones. Y apurar el ingenio en ajedrecismo y pirotecnia, todo para darle *carácter, estilo*, a su obra.

Estos consejos daba un apreciable escritor moderno a cierta poetisa española que sometió a su crítica un manojo de versos. Cuando leía los poemas, al marcar un mohín desdeñoso con la boca, respingaba la nariz, y haciendo una señal con los dedos dejándolos rodar unos sobre otros, decía: “¡Esto está agrio!” Quería decir, falta de madurez. Y para madurarlos había que aporrearlos, haciéndoles la operación susodicha.

¿Surrealismo, eh? Yo creo que el surrealismo es algo muy serio. Llevar por depuramiento una vida subjetiva, fuera de la realidad y pasar a la literatura sus estados de ánimo, de superación, en una forma asequible a la sensibilidad de los otros.

Esta gente surrealista, sobre todo aspira a que nadie los entienda. Llevan su poema dentro, hacen acotaciones al margen, que dan en alta voz. Y los demás no saben a qué se refieren. Entonces más valiera escribir para ellos mismos o no escribir. Dicen que quieren ocultarse. ¿Deshumanización del arte, eh? ¿Pero tendrán algo que ocultar, algunos? ¿Llevarán algo dentro, muchos?

No obstante, cuando se trata de un poeta, salen de cuando en cuando cosas buenas: *Tres recuerdos del cielo*. Alberti.

XVIII

Yo tengo un pensamiento claro. Esto no quiere decir que lo vea todo con claridad. Pero yo me expreso con absoluta buena fe. Diáfano o turbio, directa o indirectamente, cuando mi estado de ánimo es inefable. Me siento, pues, lavada de culpa. Mas aquellos que deliberadamente, tratan por todos los medios de obscurecer su pensamiento y su expresión, de forma y fondo, sólo por escribir a la moda, merecen ser arrojados del templo.

XXX

SOBRE LOS ÁNGELES. RAFAEL ALBERTI. Persona alguna habrá leído nunca un libro con la emoción y tristeza con que yo he leído este. Y este mismo, nadie lo habrá leído como yo, por tanto. Zahorí me asomaba a cada verso para hallarle esa maravilla

de que me los pondera. De uno en otro iba aplazando el hallazgo para más adelante hasta que llegué al fin, sin encontrarlo. Y todo, no por el libro mismo, sino por justificar la opinión que de él tiene quien pesa mucho en mi opinión.

Y estoy perpleja: no creo que diga lo que no siente y piense; no creo en que sienta y piense lo que dice. Luego, está obcecado. Tiempos vendrán. La moda pasará. Y vueltos los ojos a otra manera de arte me dará la razón; *surrealismo de pastiche*.

El surrealismo es algo más que una escuela literaria. Es una modalidad del espíritu. Es una vida y un desdoblamiento interior. Si tiende a la carencia de forma por lo espontáneo y súbito de la exteriorización, esto no quiere decir que lo amorfo, por el hecho de serlo, necesariamente ha de ser surrealismo. Cosas bellas y armoniosamente formadas pueden ser surrealismo puro. Cuando el *savoir faire*, de tal modo dominado, y hasta, en casos, hecho por el ancestro, forma parte inconsciente de la personalidad, tiene su asiento en la subconsciencia, el *metier* se ejerce surrealístamente, todo sale bien. Vale decir formado.

Veo en la obra de los poetas del surrealismo una labor por aparecer sin labor. Y si lo surrealista ha de ser automatismo puro, ¿Dónde está en un esfuerzo que deja en la obra toda la tara del esfuerzo, inclusive en la expresión de una forma a la que con el desorden se le quiere dar la apariencia de desdoblamiento natural? ¿Es esto serio? ¿Propio de espíritus fuertes y nobles?

Y he sufrido leyendo este libro porque me duele la alternativa del dilema. Me duele si hay error en él, porque el error es penoso. Me duele si no, porque entonces hay otra cosa peor: insinceridad.

Y también me duele, ¿por qué no confesarlo? Que la juventud esté perdiendo su tiempo, que hombres de talento y verdaderos poetas, como Alberti, hagan el papel de tontos. Aunque, de cuando en cuando, saquen algo bueno, naufrago en ese maremágnum de estulticia con que pretenden hacernos creer que han resuelto la X infinita de la estética contemporánea.

Por eso he leído con tanta emoción y tristeza este libro.

XL

Leo *Morriña*...²

El mismo diálogo aristado, duro, del habla burguesa española. Parece que talla en piedra. Ni falta ni sobra palabra. Semeja que, aun siendo noble, era muy ella cuando habla este lenguaje. Si hace otras formas se para en literatura. ¿Qué es mejor? ¿Qué es peor?

Sin embargo, en *Morriña* hay algo más a mi gusto que en *Insolación*: el tipo fino de la criada gallega y el pavoroso problema de la madre española. Esta mujer, madre, extiende todos los tentáculos de su solícita ternura, de su influencia suave, insinuante y dominadora, sensual en el fondo, sobre el hijo o los hijos, de la cuna al sepulcro, anulándoles la voluntad en todos los sentidos en que irradia su dominio. El cordón umbilical entre ella y su proge nie masculina no se corta jamás. (No pasa así entre el padre y las hijas).

¿Hasta cuándo se abusará del tópico de la deuda de los hijos para con los padres? ¿Hasta cuándo los padres creerán que sus hijos son su prolongación natural y abusarán de esta declinación consanguínea? Los padres son los que están en deuda eterna con sus hijos. En deuda de una cuenta muy negra: la de haberles dado la vida.

Odio todo lo que sea coacción, aunque se emplee para realizarla los procedimientos más halagadores. Tanto peor porque tienden a corromper la voluntad explotando las debilidades del carácter en que inciden. Y odio la coacción, hasta cuando persigue fines loables, que por el hecho de venir de ella corrompe en origen.

Esta política de la madre y la esposa, que siempre se ha alabado como el timbre de su más exquisita gracia, para mí es sólo algo repugnante. Ser débil, que no puede ir a fondo por falta de fuerza, socava y penetra con maña para sacar adelante su fin.

Y los hombres, vanidosos y petulantes, tomándolo por sumisión, cómo lo enaltecen. No comprenden que la mujer no los toma

² Se refiere a la célebre novela de Emilia Pardo Bazán, *Morriña*, publicada en 1889.

en serio, que verdaderamente no los estima. Si los estimara le iría de frente...

Hidra que va envolviendo y ahogando la libertad masculina, siempre la he tenido por lo que es: labor de zapa demoledora.

¡Dejad ser libre a la criatura! ¡Que ella se dé y venga a vosotras y vaya a todo, sólo por su voluntad! ¡Nada me inspira más respeto sobre el haz de la tierra que el ser, y manifiesto ese respeto en la forma de abstinencia absorta que aguarda siempre su reacción libre!

XLVI

Doña Emilia Pardo Bazán en modo alguno fue temperamento de avanzada, aunque en su tierra la tienen por tal. Lo que ocurrió es que en la promoción de la cultura de su medio fue un caso. Un caso, porque aquí³ donde la mujer, o está en el gineceo y es doméstica, o está fuera de él y entonces es *res mancipium*⁴, ella no fue ni lo uno ni lo otro. Pensó como hombre y escribió como hombre; quiero decir pensó y escribió, pues que sólo a los hombres les era dado pensar y escribir. Pero no se adelantó en nada a ellos, ni a su época. Este *quid pro quo* de su vanguardismo debe ser destruido. Que fuera una mujer singular que rompió la costumbre y superó la calidad de su sexo, es cosa distinta. Pero no pasó más allá de lo ideológicamente consagrado en el medio estrecho y reaccionario, condicionado y mecánico de las costumbres españolas, que interpretó fielmente.

Así, en su mejor libro, *La Madre Naturaleza*, doña Emilia Pardo Bazán no da un paso más allá de donde se lo consienten las normas establecidas. El tío Gabriel Prado se puede casar con su sobrina porque toda la vida primos y tíos han sido el *stock* de la familiar muchedumbre femenina en estado de merecer, pero el hermano, el Perucho, no puede casarse con Manuela, porque es el hermano, y no es costumbre que se casen estos. Entre tío que se puede casar y hermano que no, sólo hay un grado consanguíneo de

³ Se refiere a España, donde entonces se encontraba la autora.

⁴ Cosa poseída, esclava.

diferencia, que no alcanza a menguar para el último, la igualdad de sus años, la ignorancia del parentesco que los unía, su amor de toda la vida. En cambio, el tío le dobla la edad a Manuela, le es antipático por instinto, por la diferencia de sus años, porque ama a otro, y sabe que es su tío a la sazón de cortejarla, sin que todo esto sea motivo de desaprobación a su intento.

Si la novelista hubiese poseído un espíritu justo e independiente, en el caso de *La Madre Naturaleza*, hubiera hecho contraer nupcias o hubiera ayuntado noblemente a los hermanos de su obra, puesto que poseían todos los derechos morales para que se respetase su amor. ¿Y qué hace? Los separa, y a ella, siguiendo el uso, la mete en un convento.

Un poco desbroza el prejuicio invocando el incesto de Adán y Eva, pero siempre bíblica y temerosa. Más expresivo es el ejemplo de Loth. ¿Y Cleopatra no estaba prometida a su hermano Tolomeo, a la llegada de César? ¿Y los salvajes y las otras especies animales no cohabitan en consanguinidad, sin resultados negativos para la procreación directa?

Y como ironía profunda (¿consciente?) en casa del santo sacerdote matan al cerdo padre, cebado para ese fin, y dejan de seminal al cerdo hijo para ayuntar con la madre cerda.

¿O es que doña Emilia Pardo Bazán quiso, al pintar con esa naturalidad, tan tristes colores, provocar la reacción, la protesta del lector, contra tales costumbres y modo de interpretar la vida normalmente?

XLVIII

Hoy, mientras almorzaba, sola yo, he tenido una prueba tan fina y tan delicada de que soy oída en mis monólogos desolados, de que una ternura desconocida alienta cerca de mí... La copa de mi agua ha dado una nota larga, aguda, tremulosa, extendida... Era una copa vulgar de vidrio crudo y ha sonado como el más puro vaso de Tiffany. ¿Qué mano invisible, qué contacto inmaterial, qué deseo de consolación la convirtió en cuerda junto a mi vida?

LV

Mi más hondo pensamiento, ese que me consuela y redime, proviene de un chispazo vital que salta en mí de no sé dónde. Si lo intento pensar inmediatamente de pensado, ya no puedo. Nada más lo puedo pensar conforme lo voy pensando. De ello sólo me queda una dulce tranquilidad extrahumana. Si estoy fuera mi pensamiento, existiría en mí antes y después de pensado y mientras que no estoy pensando. Para que yo pudiera conservar memoria e idea de estos pensamientos, sería menester que pensara escribiendo, pero cuando se trata de ellos es precisamente lo que nunca hago, porque la pluma me ata el espíritu, que sólo puede hallar su medio divagando.

LXXXIX

El poder expresivo de la imaginación es, a veces, el más irreconciliable enemigo de la realidad y quien produce mayores *disappointments* a los que fían en los testimonios de sus impresiones o recuerdos.

Tengo en cada museo del mundo por donde he ido, mis amigos. El acervo de un museo es algo que me desconcierta. Desde la primera ojeada en ellos descubro mis preferencias y a estas me consagro. No hay cosa más contraria a la depuración del gusto que los grandes museos vistos en conjunto. La belleza se democratiza. Así en un Louvre, si no se hace inmediatamente un esfuerzo selectivo se verá el visitante en la ineptitud e impotencia estética.

Y no se me diga que esto ocurre al indiferente en arte. Me ocurre a mí que he hecho de él el objeto de mi vida: único lazo o nexos por el que me siento atada o me trasporto a la divinidad; a que me entrego de tal modo y tan por entero, que llego a no percibirlo como ficción, sino en el caso de que degenerare en artificio o impropiedad; que en los museos a la primera impresión de cualquier figura verdaderamente bien desenvuelta, actúo con relación a ella como si fuese viva. Esto que me hace ir a levantar la hoja de parra del “Fauno Ebbro” por encontrar subjetivamente qué le sobra y que detrás de ella voy a descubrir, en efecto, lo que la hoja

oculta⁵. Esto que me hace ir a sacar la espina del Espinario. Esto que me hace completar el movimiento iniciado en las esculturas y pinturas, no con el espíritu, sino realmente con mi sistema muscular, sea cual fuere la actitud inicial en la obra de arte y con cual fuere la que yo afecte en el instante de la sorpresa. Y ello sin realizar movimiento alguno, lo que me produce un dolor físico tal cual corresponde a una acción motora que no realiza sin realizarse, dando los nervios y el cerebro la corriente y el impulso para un movimiento que se ejecuta en falso. Esto que a cada instante me hace llevar la mano a la cabeza porque siento que el cabello se me va a escapar del escalofrío que me recorre su arranque folicular, como consecuencia de las emociones con que me sacude la belleza. Esto que me adolora el cuerpo a las sacudidas que constantemente me recorren de pies a cabeza, provocadas por las sorpresas de arte; esto que me hace andar en vilo por las avenidas de los museos. Esto, en fin, que me impersonaliza ante lo estético en sólo una vibración...

Tengo en Nueva York dos hospederías fijas: el Natural History Museum y el Metropolitan Museum of Art, en mi opinión, los dos esfuerzos más poderosos que haya realizado la civilización para reconstruir (obsérvese que escribo *reconstruir*) la naturaleza y el arte universales.

Tengo en el segundo tres amigos inolvidables, a cuya ausencia los recuerdo con delectación. Delectación que nunca podrá ser más intensa que la que me suscita el pensamiento sobre un ser amado, acaso paralela: la “Coppa Rospigliosi” de Benvenuto Cellini, y “Bodisatva”, escultura del período T’ang (600-900 A.D.).

La “Coppa Rospigliosi”, salero hecho para un señor, obra renacentista por excelencia, no sólo por su autor, época y espíritu, sino sobre todo por su simbolismo, es algo no para ser descrito: oro rubio y esmalte carmín y jade, reposa y se corona con el indumen-

⁵ En el Museo de Nápoles, “El Fauno Ebbro” está sin la hoja de parra, como en otros museos. En el de Nueva York, pudibundismo yanqui, donde lo vi por primera vez, la tiene.

to de tres especies fabulosas. La tortuga, el tiempo, pesada mole, que, no obstante su hermetismo levanta la cabeza de mirada fija en actitud inquisitiva al dragón alado que yace sobre su corpachón interpelando su esotérico ímpetu. El dragón, que preso en él (en el tiempo), por la fuerza de la realidad y la pesantez, alarga el cuello y flexiona voluptuoso la testa hacia la gran pregunta, mientras que en su torso todo se dibuja una fuerza de arranque contenida por la imposibilidad de lanzarse y las alas se despliegan en irrealizable vuelo. Sobre él la concha, receptáculo de la obra, bóveda del cielo, la masa sobre nosotros, el impenetrable que nos impide conocer y que nos deja toda la aptitud de soñar. Y en la charnela, la esfinge, muda, seca y fría: el eterno secreto, que el Renacimiento, no pudo, a pesar de su gran esfuerzo, desentrañar. En el cuello, colgando blanca y mística la perla del anhelo...

¿Y [la estatua] “The Copper Man”? Un cazador indio cayó desde una gran altura en una gruta donde había filtraciones de sulfato de cobre. La caída le produjo la muerte instantánea y en actitud de esfuerzo, tal catalepsia post mortem, que quedó para siempre, patinándose totalmente de una lámina jade-azul tornasolado, ese color tan cambiante y tan sugestivo de la caparrosa. Una estatua magnífica en cobre verde. ¡Los momentos felices que he pasado contemplándolo! ¡Desde lejos!

Vuelvo, deseosos de saciedad mis ojos reales, y me encuentro con la Coppa Rospigliosi y Boddissattva, reducidos a unos límites que me llenaron de pasmo: sorpresa y dolor, tamaños normales, la copa con la dimensión que corresponde a un salero, el Buda, tamaño natural; además, no tenía aureola, como yo se la veía en la imaginación... Y al Copper Man le pasé repetidas veces al lado, buscándolo, sin reconocerlo... Y así todo... Yo desde mi lejanía lo miraba algo más hermoso aún que el “Heracles” de [Nicolás] Bourdelle.

CII

El sueño

De niña, paseando con mi padre por el campo, obscureció, de súbito, y en la penumbra del camino apareció, también de improviso, un zócalo de piedra largado donde reposaba medio incorporada una mujer desnuda, que al verme se fue levantando lentamente,

con una lentitud de piedra que despierta de un milenio de reposo, y así que estuvo en pie, me tomó una mano y con la otra, y con el gesto, y con la mirada, y con la sonrisa, me mostró suavemente la lejanía y me dijo: ¡Anda...! ¡Anda...! ¡Anda...!

El hecho:

Ya había andado bastante. Ya estaba casi en el zenit de la vida. En Florencia, apenas llegada, fui a la capilla de los Medici. Yo sabía que iba a ver la obra de Miguel Ángel, pero no la buscaba, quería que ella me sorprendiese, hallarla de repente. Y andando, andando en la capilla, al fin, caí en ella. Y “La Noche”, al verme, lenta, suavemente, se fue incorporando, hasta ponerse de pie, me tendió una mano, y con la otra, el gesto, la mirada, la sonrisa, me dijo: ¡Anda...! ¡Anda...! ¡Anda...!

Realizó la figura, que reconocí al instante como la de mi sueño, al recordarlo de *impromptu*, en mi espíritu, en todo mi sistema muscular, exactamente el movimiento que realizó cuando por vez primera la vi soñando, cuando era niña.

Estas cosas no deben explicarse sino desde un punto de vista artístico, pero yo no quiero hacer arte, sino apuntaciones para una ulterior finalidad analítico-psicológica; por tanto, pienso y escribo:

Seguramente que en algún libro de arte, de los que abundaban en mi casa y que por casualidad cayó en mis manos, vi “La Noche” (aún no sabía leer), sin que ni siquiera supiese que la había visto, pero vista tan bien que hirió mi sensibilidad con su belleza, y que la imagen luego reapareció espontáneamente en el sueño, dotada de movimiento, de vida, de intención, por mi espíritu que empezaba a germinar, siendo reconocida por mí, más tarde, al verla en la capilla de los Medici.

Pero hay dos cosas notables que remarcar en estos acontecimientos:

Primero, ¿por qué en el sueño infantil la figura había de actuar como premonitora de un porvenir lento y consecuentemente realizado? ¿Era que el porvenir, como un derivado de apetencias *per se*, se condensó en esa visión dinámico-intelectiva? ¿Quién sabe lo que pensó mi vida incipiente a la visión de “La Noche”, cuando la vi sin que la viese, sin que yo lo supiera!

Segundo, por qué habiendo vuelto a ver “La Noche” en otras ocasiones, en tantas copias, en tantas distintas veces, ¿no reconocí en ella la figura de mi sueño, sino al verla, de súbito, en piedra viva en el sepulcro de los Medici...?

De *Mallorca* (Prosa y verso)

Los textos siguientes proceden del libro en prosa y verso que lleva este título, publicado por Emilia Bernal en Santiago de Chile, en 1938. (Cinco sonetos publicados en *Mallorca* figuran en la sección con el encabezamiento “De *Sonetos*” [la cual encontrará el lector retrocediendo quince páginas].)

Meditación ante el mar

La forma es fuerza detenida en su movimiento. El estilo es fuerza libre que cae en la forma. Entonces, todo lo que cae en la forma se detiene y se limita. La forma empobrece. La riqueza del espíritu humano está en razón directa de su ilimitación y su inquietud. A las renovaciones, infinita en ritmo y dirección, cobra nueva energía a cada nuevo contacto, y a cada choque fortuito deriva en la inmortalidad. Naturalmente que el espíritu ha de ser denso e intenso, para perdurar en la renovación. Un enteco sería absorbido o difumado en la lucha cósmica. Por eso los débiles tienen que aculatarse en la rigidez y la contumacia para fortalecer su personalidad. En la intolerancia y la rutina para perdurar. Y vegetan. Las radiaciones de un gran espíritu proyectadas en ondas vívidas al vértigo del espacio sin límite, pueden fecundar esporos celestes.

Artista popular

En la fábrica de cristales. Ante el artista que saca por las yemas de los dedos formas puras con la simplicidad que da el Inconsciente.

Nunca, como entonces, he visto con mayor claridad que la forma es el dibujo de un sólo instante del movimiento.

Si las cosas y los seres móviles tuviesen la propiedad de hacer visible luminosamente su contorno; si trasudasen un fluido que al contacto del éter o del aire condensase en una impalpable película de colores en cada uno de los instantes de su movimiento, el espacio sería un pandemónium de figuras inmateriales que danzarían con ritmo tan diverso como su infinita procedencia. ¡Qué espectáculo hermoso el de ese torbellino de imágenes de luz!

Si, además, esa emanación de formas no fuese transitoria, sino perenne... (Y así es. Sólo que no podemos verlo).

Todo lo que ha existido sigue existiendo con una persistencia proporcional a su fuerza de vivencia. El espacio es palimpsesto donde se superponen todas las huellas. Si se inventara una máquina asaz perfecta que las captase y las discriminase todas, podría reconstruirse el pasado sensor y espiritual de la humanidad, como individuo colectivo y descompuesto en su pluralidad: polvo eterno de seres.

Espiritual, porque las ideas y los anhelos en idénticas circunstancias a la materia, circunstancias de capacidad de fuerza, tienen, no la misma, sino la misma propiedad infinitamente potenciada. En el ambiente ocupado por vibraciones desconocidas,

las imágenes del espíritu y de alma danzan con su forma y luz propia. Imágenes magnéticas de ideas, sentimientos y voliciones.

Y como todo futuro es un devenir de un pasado y un presente, las imágenes inconscientes de avance, adelantadas a su época por la materia y por la psiquis, latentes en el espacio, también se podrían captar y discriminar con esta máquina, y el porvenir sería presente gráfico en el tiempo.

Por la emanación de la forma, los antiguos, que antes de ser físicos y fisiólogos, fueron poetas y artistas, explicaron tantas cosas... Por la emanación de la forma comprendieron la visión: Lucrecio Caro, Ovidio, Heliodoro de Larisa... He aquí una exégesis: "Yo creo que de los cuerpos se desprenden figurillas que son como membranas envolventes de los mismos y que atravesando el espacio van a tocar la pupila", etc. ...

¡Cómo se ve que la forma es movimiento detenido a punto! Siguiendo con la mirada los dedos del artista, cuánta idea me sorprende... Una barra de hierro hueca. En el extremo una gota de cristal pastosa. Cómo esa gota a su leve soplo por el tubo, se dilata, se contrae, se hace esfera, cubo, cilindro, óvalo, lo que sopla. Este hombre, como la abeja reina, sabe que va a parir, macho o hembra. ¡Es formidable tener el aliento hecho forma!

Después, todo él es una pinza bruta que maneja el cristal encendido, que lo alarga para ponerle ribetes, vivos, vuelos, los cuales corta literalmente con sus tijeras brujas, como telas de vestido. Mirándolo, ¡por mi vida!, he deseado que me ajustara al cuerpo un traje de ese fuego. Con las pinzas, hala, tira, vuelve, zafa, trastrueca, y la dirección de su instrumento imprime a la masa encendida la transformación del espíritu en la realidad corpórea que intenta: de la fuerza en extensión limitada. Siguiendo la masa la línea que describe el propósito del artista, vemos que salen cabeza, patas, torso y cola, imagen de un ser vivo, a la vez dimensión expresa y actitud pensada. Y si saca al perro de pie y quiere luego sentarlo, he aquí el placer admirable de ver que las brutas pinzas de Gabriel Paúl, hacen el mismo movimiento que un perro hiciera para echarse, y el perro hace el movimiento que le es necesario para echarse, y el perro se echa. Y Allí acaba todo, pues ya se quedó echado. Terminó la forma donde terminó la dirección de la fuerza.

¡Cristal líquido! ¡Cuánta envidia de ser tú! Rojo encendido, transparente, vibrando con vibración propia, que te hace mover

convulsamente en círculos rotos al salir del horno, pienso en que, instrumentos al fuego sagrado, también, nuestras vidas describen paralelas contorsiones sin que para nada la voluntad terca y la mente vana se percate, ni prevenga de ello; pero que, acciones hacia un fin más amplio, impulso fraguado en el crisol del Inconsciente, producimos autómatas consumados, una actividad de fondo que resuelve gran parte del problema que no podría resolver nuestra presuntuosa conciencia.

Comprendimiento

Me resulta, a veces, con ciertas personas, sostener una conversación mecánica, pura fórmula, mera corriente superficial, como para entretener la entrevista, a la par que sostengo otro entendimiento de fondo, mudo, pleno de interés y de sentido, en el que el diálogo sin palabras pone al vértice de la más estrecha comprensión.

¿Y cómo sé que señorea la comprensión? ¿Cómo probarlo y probármelo a mí misma? No hay modo, es verdad. Pero existe una evidencia tan absoluta de este comprendimiento en el fondo del ser, que la duda de lo contrario no alienta.

Queda uno tan satisfecho del resultado obtenido; en un estado de ánimo tan diáfano y sereno, como si las palabras más propias y más expresivas hubiesen sido pobres instrumentos para tan vital manera de expresión.

No es posible explicar esto por medios deducibles a la razón; para comprenderlo es necesario haberlo sentido.

La evolución de mi pensamiento

Parece que mi pensamiento en génesis, cuando todavía flota en la nebulosidad de lo increado, puede tomar, para formarse, dos direcciones opuestas: la intelectual, y se hace idea, mas siempre sensibilizada, o bien sigue una evolución sensora-motriz, en cuyo caso diafaniza en símbolo. No es imagen intelectual, en ningún modo, sino realidad objetiva dentro de mi mundo interior. No son las ideas que tengo de las cosas, sino las cosas mismas sujetas a las contingencias corpóreas de la abstracción, es decir, que la materia mental se me hace plástica en el yo subjetivo. Es como si aún no se hubiese acabado de desprender mi espíritu de mi carne; es como si mi carne interior pensara; es como si mi pensamiento fuese tan humano que no pudiera existir por sí mismo, sino vitalizado en la propia materia; es como si mi carne fuese mi cerebro, pero en este mismo momento no sé a qué llamo carne: lo que siento es como si mi espíritu lo fuera...

Así, en un instante en que no pienso en nada, mientras dura un pestañear, se me levanta en la mente una torre gótica o románica a piedra cuadrangular, verdinegra, fuerte y altiva, bajo el cielo sereno y azul caliente, en tierra árida y dura, pero con la base rodeada enteramente por un fino cinturón de plantas florecidas de *miosotis*... Inmediatamente reacciono contra mi propia y súbita espontánea imagen: ya sé que la torre es él y que este ha sido el medio que he empleado para decirle que no me olvide. Pero no lo he pensado, no he tenido el propósito consciente de decir nada. El pensamiento, el sentimiento, antes de serlo, evolucionó en esa forma simbólica, plástica y emotiva.

Y esto que puede ser simple en su desarrollo, como en el caso del ejemplo, otras veces adquiere una rica complejidad que consiste en el desenvolvimiento de toda una acción concatenada. Y para complemento de evolución de esa manera de actuar mi subconsciencia, a veces, seguidamente, he tratado de revivir la escena introspectiva en el lenguaje normal, y ha salido directa y rotunda en poema... ¡Cuántas otras, nada más fue un vuelo que no conseguí retener ni construir!

Transmutaciones

I

Sueño con Oscar Wilde. Fue que al acostarme, por derivación de ideas, me hice tales preguntas: ¿Obró mal Oscar Wilde? ¡No!, rotundamente. Puesto que la naturaleza lo hizo así, ¿cómo puede esta poner en un individuo un germen a desenvolver para que él lo desarrolle en un sentido distinto? Decir lo contrario valdría defender que una hembra definida actuase como hombre; que una campanilla de oro sonase a campana de bronce. Y es injusto que condescendamos con líneas de evolución media e inconclusa en cualesquiera otros géneros de la naturaleza y que para la especie humana tengamos esa intolerancia.

Todos vemos la rosa que se queda en capullo; la que no aprieta bien los pétalos al cáliz e inmadura se deshoja; la que abre solamente dos o tres ringleras de los primeros verticilos externos y que los otros se le arrugan y jamás llegan a desplegársele; la que, por el contrario, floripondio harto, se desenvuelve sin medida, y finalmente aquella, más rosa, modelo de belleza, sólo con sus hojas necesarias, de magnitud ponderada, de perfume alquitarado, de movimiento elegante y flexible sobre el tallo, de color a punto de no ser más ni menos. Nadie lanza una acusación a la rosa que no llega.

Todo lo más admira y prefiere la perfecta. Y si hubiese una rosa que mejorando todas las anteriores cambiara y fuese el jalón

de una nueva especie de rosas también lo encontraríamos perfectamente.¹

La misma irresponsabilidad de la rosa es la del hombre. Y no se me afirme lo contrario. Cuánto más que la sexualidad es un fenómeno a veces tan dominador y arbitrario que no basta la más poderosa voluntad para inhibirlo. Siéntese el hombre claramente débil jinete sobre potro cerrero, en casos tan indómito que hasta parece ser otra persona la que desea, con la que no tiene nada que ver, ni punto de contacto, ni influencia. Trate cualquiera de impedir el palpar de su corazón o el correr de su sangre: así es.

Bien entendido que a la unidad individual y social es más provechoso el definido, fuerte temperamento que el dubio manifestarse, tanto para los casos activos como para los pasivos, como para las tergiversaciones, pues que así acusados dan y quitan todo lo que ha menester y crean los estados más favorables a la entidad biológica y sociológica. Sin que por otra parte un temperamento que lleve en sí la evolución completa de un contenido haya dejado jamás de alcanzarlo, ni en lucha voluntaria, abierta contra él, porque como dice Amiel, refiriéndose al genio latente, que yo traslado al instinto sexual: “Todo lo que es llega a ser, y si no llega a ser es porque no era nada”.

En ocasiones de sexualidad menos imperiosa, no niego que la voluntad ejerza influencia sobre ella; pero todos sabemos perfectamente que Oscar Wilde era un abúlico y, además, un homosexual intensivo.

¿Amaba Oscar Wilde?, fue la otra pregunta. Sí, rotundamente. Era otra clase de amor su amor. No era el amor del alma. Era el amor esteticista, hedonista. El amor que sólo persigue amar la belleza. El amor que sólo persigue el placer. En este caso amor puro. Puro en el sentido de expurgado de otro cualquier elemento. (El amor, que, precisamente, en su línea normal es tan impuro, mezclado complejo). Un amor, sea dicho sin miedo, muy propio de artista (del gran artista que era él), y además muy propio de hombre; aunque esto parezca una paradoja. Sí, porque todo su

¹ No recuerdo dónde he leído: “Quién sabe si de los homosexuales van a salir los asexuados para caer en una transformación, ¿o extinción?, de la especie”

sentido espiritual, excluyendo la ausencia del elemento sexual femenino, es másculo en el amor de Oscar Wilde. Porque así es como el hombre ama la mujer, secamente, sin estímulo de nexos sentimentales, aunque su fin sea otro más simple que el de Wilde: el placer. Wilde satisfacía su instinto de belleza y de voluptuosidad, el hombre, en general, satisface el placer simplemente. El amor de Wilde sólo había variado de objeto. Y esto es verdad, que cuando el hombre pone otro ingrediente en la receta de su amor, al que le corresponde por naturaleza, el amor que goza no es sino un derivado en que se mezcla la moral, producto de otra gestación más avanzada psicológicamente.

Que si Oscar Wilde hubiese vivido hoy,² en que la mujer tiende al andrógino, acaso hubiera derivado su innata inclinación en el sentido normal, pues que hubiese tenido en la mujer su adorada línea impecable del efebo; esa disposición permanente al erotismo por ausencia de la fertilidad; esa amable despreocupación que mata el celo. En el fondo, su ideal era el de otra feminidad: la de ahora.

Todo esto dicho por el sueño soñado con Oscar Wilde... ¡Si acertara a contar el sueño!

II

Seguramente que el castillo estaba en el *más allá*. Castillo de piedra de sillar cenicienta; pero de vanos inmensos que lo dejaban atravesar entero por la luz del espacio.³ Castillo señero. Lámpara de topacio. En las claves de grandes arcos por ambos lados que

² Emilia Bernal escribía estas líneas en el decenio de 1930.

³ Nota al pie de la autora:

Influencia del castillo de Bellver [en Mallorca] que miro durante todo el día desde mi ventana. Este castillo tiene una disposición semejante a la del que ilustró mi sueño: el cuerpo está unido por un alto y esbelto puente a la Torre del Homenaje, lo que le da la apariencia de un grillo que va a saltar o de una locomotora que arranca; porque, a pesar de su estaticismo, yo no lo veo sino en el instante inicial del movimiento. El puente, pues, entre el cuerpo y la torre forma un arco por donde pasa la luz a raudales y a través del cual se ven el paisaje y el cielo, tal como en el castillo del sueño.

veía, donde clavaba mis ojos, sendos bustos de Wilde. Bajorrelieves voluminosos de singular fuerza expresiva. (No se hace sentir con meras palabras. Sería menester que el lector lo hubiese soñado conmigo).

Dos garzones, largos, delgados, bellos, leían, caminaban, alborozaban, en los salones abiertos. Vestían trajes masculinos, pero extraordinariamente anchos y flotantes, de seda color de marfil; sombreros de paja, ala amplia, con cinta azul rodeando la copa. Sólo les faltaban las rosas, en manojos, entre las manos.

Y apareció Wilde, elefantino, sereno, magnífico, trajeado de púrpura recamado de gemas; pero ya no conversaba, ya no contaba cuentos, ya no era simpático, ya no le centelleaban las ardorosas pupilas inolvidables. Aquel aire de apoteosis lo deshumanizaba.

Yo reviví en lo más recóndito de mi alma la tragedia de su vida y prorrumpí en silencio: ¡Ah, Oscar amigo, he aquí la dicha que tú soñabas! ¡El desquite de tu *carcere et vinculis*! Y fui descendiendo por la colina contemplándolo, mientras que por mi rostro corrían las lágrimas. Me desperté, y lloraba...

Yo también he sido reina. Oscar amigo. Reina y amada. Reina de España. Cuando era niña, cantando un romance, me enamoré de un rey:

¿Dónde vas Alfonso XII,
dónde vas, triste de ti?
Voy en busca de Mercedes.
Muerta está que yo la vi.

.....
Ya murió la flor de enero.
Ya murió la flor de abril.
Cuatro duques la llevaban
Por las calles de Madrid...
¡Mercedes!...

Como me llamo también Mercedes, no sé por qué ternura ingenua hice la transposición de mi personalidad y me sentía la reina muerta, y me absorbía el pesar del marido. Consolarlo, era toda mi ilusión. Y amé a Alfonso con pasión adolorida. Y cosa más extraña aún, me sentía amada por él.

La mezcla de la ilusión con la realidad originaba encantos rarísimos: de los periódicos, cajas de cerillas y cigarrillos recogidos dondequiera que los hallaba; si veía en ellos el retrato del rey, lo recortaba. Para guardarlos seguros hice un descosido en la funda interior de mi almohada de crin descarmenada y sobre ellos dormía y soñaba.

Pero yo no sabía que cuando este mi primer amor, mi amor de reina, eran ya pasados largos años que Alfonso no existía. Pude hacer el cómputo de fechas cuando ya era grande.

Valldemosa

Confieso con toda sinceridad que me repugna Valldemosa. ¡El paisaje, qué bello pudiera ser y cómo está sucio de tópico! Jorge Sand, Chopin, Darío, Rusiñol... Y no lo dejan estar en su pureza, amándolo por él mismo, sino que todos van a buscar allí vivencias ajenas, incapaces de nada auténtico, por más que no se les importe un bledo Sand ni Rubén.

¿La Cartuja? Su ideología frailuna que pudiera tener algún encanto, está sucia también por la odiosa estolidez católica. Hay un cartel colgando en la puerta de su iglesia que dice: “Se prohíbe la entrada a las señoras y niñas que no vengan modestamente vestidas”. ¡La iglesia, prohibir la entrada...!

Herencia de la salvedad que encontraba el delincuente al traspasar el umbral del quirite,¹ la iglesia ofreció el derecho de refugio a todos los hombres perseguidos que penetrasen en su recinto. El criminal convicto y confeso que se acogía a su amparo, estaba salvo. Y en la iglesia de la Cartuja de Valldemosa hay un cartel colgado en la puerta que dice así.

¹ Ciudadano de la antigua Roma.

*Avatar*¹ (Fosfenos)

Vinieron a visitarme mis hermanas de leche. Eran sus cuerpos dos lampos de luz neblinosa en iris.

Una, podía plasmar su masa, amorfa en sí, en un juego maravilloso de formas ingravidas. Y se sacaba alas: dos, tres, cuatro, cinco, seis, las cuales extendía y recogía. Y toda ella se alargaba y acortaba y ensanchaba y afinaba hasta convertirse en medusa o serpiente, una o multidivida. Inquieta *farfalla* volando y revoleteando. Luminosa, color de heliotropo vivo. Translúcida y a veces levemente plumada de un tramo en iris. Lo mismo el terciopelo del abdomen de algunos lepidópteros de Java.

La otra, menos movible en sus transformaciones, semejava como si su cuerpo color de algarabía disuelto en leche, ópalo australiano, pretendiese agruparse en formas cromáticas. Era también vagarosa, y en vilo por el más alto espacio, recorría mi estancia. Se fue definiendo en lenta metamorfosis, el verde, un poco azulino, tal cual lo ven los daltónicos, en verde veronés, pero también un poco mezclado de olivo, todo lunares, sobre un fondo mostaza, oro viejo, pero iridiscente como láminas de cobre al relente del sol, surcado por laberintos de líneas raras, filos luminosos en el mismo tono del fondo del que se destacaban, como estrías o aristas de luz.

Esta, a pesar de ser menos movible, se me escapó. De la otra, pues que todo lo bello lo destino y transformo al instante en objeto propio para embellecerme, pensé, y dije...

—Mira, Leve, con esta hada yo me podría hacer una clámide.

Y manos a la obra, emprendimos carrera loca y alegre para cazarla. El hada corría a ras del suelo; volaba de improviso ya casi al cogerla; posaba con las alas ora abiertas, ora verticalmente

¹ Transformación subjetiva de la luz de Mallorca.

cerradas, en la pared; daba vueltas en espirales raudas en medio de la estancia; se dejaba caer de golpe sobre nuestras cabezas y partía vertiginosamente volando otra vez. Al fin, se dejó coger.

Leve la coloco sobre mis espaldas desnudas. El hada para jugarnos una treta se endureció de improviso.

—¡No es flexible! ¡Ya se adaptará!

Y el hada se reía con risa fresca y continua. Y nosotros nos reíamos también. Alma hecha música que no se puede pautar.

Yo me contemplaba en el espejo del aire, o doble, me veía a mí misma: era un gusano largo, largo, largo, de pie sobre mi cauda, radiante y endeble. Color ciclamen vivo, cabeza alborotada de rizos negros, y los ojos dos lunas de crisopracio,² ¿Por qué eso sería un sueño?

² Tipo de calcedonia, o ágata translúcida.

Angustia

¿Por qué el matiz rayano en lucha, en guerra, sin causa ni objeto aparente, de nuestra vida espiritual de hoy? ¡Ah! Conflicto del tiempo, desvalorización de ideales, fin de época, cotizaciones nuevas. Se nos escapa una, en la que, todavía en su pragmatismo, el hombre tuvo sueños poéticos. Esta, quiere dar muerte a la poesía en el espíritu humano; o tal vez transplantarla a un modo asaz concreto: masa, máquinas, psicologías y transformaciones de sociedades y pueblos, más para tratados en ciencia que para cantados en arte, y como el espíritu humano no puede vivir sin ella en su medio, expresivo de estados anímicos que por su fluidez resisten ser plasmados en otra forma que la poética, se defiende de la muerte y traslada la poesía a otra región, en que, lejos de prosaizarse, supera su calidad de inefable. Ya que el mundo nuestro no quiere la Dama Blanca que transmuta luz celeste, emigre la Dama Blanca y el hombre la va a encontrar siempre en sus sueños: presentimientos ancestrales anímicos; relaciones biológicas de ser moral a materia y a la inversa; anhelo de superaciones cuya raíz no encaja en el suelo de la conciencia posible; suma palpitante y ardorosa con entidades apenas perceptibles a la sensibilidad definida; lucha por vencer diferencias cualitativas que impiden el conocimiento en otra serie; tortura de falta de modos para percepciones vírgenes; conflicto entre la apariencia y las realidades últimas; desasosiego de todo; ansia de nada; dolor de vivir; hastío sin remedio; confusión caótica de todos los modos en que hasta ahora se ha resuelto la vida.

¡Fiat lux!, Señor, para esta pobre alma desorienta por el ansia de lo eterno.

Pater semper incertus

La organización de nuestra sociedad está fundada en un error. No lo están mejor las otras, pues que la mayoría se han constituido con miras a resolver el problema sexual y no de una manera equitativa; sino tergiversándolo a sabiendas y haciendo por cohonestar su interpretación.

Es el caso que la nuestra lo resuelve de una manera dupla, inmoral a todas luces, en provecho masculino, so capa de provecho social.

Para asegurarse el dominio de la paternidad el hombre enclaustra a la mujer: amor legal, amor moral. Para asegurarse el libre ejercicio sexual, el hombre emancipa a la mujer, prostituyéndola: amor ilegal, inmoral.

De hecho divide a la mujer en dos castas: las que enajenan su derecho: honradas; las que lo ejercitan: deshonradas. Todas las mujeres somos iguales.

Lo fundamental para llegar a un buen entendimiento entre la naturaleza y la sociedad es que las cuestiones de índole sexual dejen de ser tenidas por inmorales. Como resultado inmediato de este acuerdo, en principio, desaparecerá la prostitución, y el adulterio no tendrá razón de ser.

Hay una obra del siglo XIX, de Honorato de Balzac, LA FISIOLÓGIA DEL MATRIMONIO, que lanza la gran teoría puesta en práctica por instinto en los Estados Unidos de América:

Las mujeres tienen las mismas apetencias sexuales que los hombres. Esto es un hecho y ante los hechos sólo queda la obli-

gación de reconocerlos. Este, entre nosotros, sólo se ha querido tapar. Parece que creen conjurar el conflicto fingiendo ignorarlo.

Las apetencias deben de realizarse en cuanto apunte, tanto en uno como en otro sexo. Las uniones naturales fortuitas contarán, por tanto, con el beneplácito de todos.

Se objetará a estas uniones previas el defecto de nuestra moral de origen, que no habrá en ellas prole. La finalidad del acto sexual no es ni debe ser siempre la familia. Esta debe ser el resultado de cualidades permanentes a que sólo se puede llegar por plena conciencia de ellas mismas. De estas uniones libres provocadas por los instintos sexuales más saludables, afianzadas por características psicológicas y morales, resultarán las otras definitivas: hogar, familia.

La iglesia y las finanzas han hecho valedera la mentira de que el amor moral ha de resolverse infaliblemente en hijos, y que aquel que no se convierta en ellos es de orden bastardo. No. El amor, en principio, es una fuerza, un *plus* vital, imperativo que si no actúa, lleva al individuo de uno u otro sexo al desequilibrio. Su finalidad es realizarse, libertarse. Luego, antes que los hijos están los padres presuntos, su salud física y moral; por tanto, la paz de su espíritu.

Nuestro mundo occidental ha condenado a su humanidad hace diez y nueve siglos: al hombre al vicio, a la mujer, peor, a todos los vicios y dolores a que lleva privarla de realizarse en su más puro instinto.

Literatura

Odio cordialmente la literatura que consiste en escribir sin objeto ideológico o imperativo estético. Logorrea pensada y combinada en filigranería. Leo, algunas veces, cosas como peleles. Si arrojarais al aire la obra, al caer, tal cual un muñeco de trapo, sustancialmente se derrumbaría, volviéndose una masa informe, porque no tiene eje.

Sólo está permitida la retórica natural, cuando responde al desbordamiento de la sensibilidad, que cuaja repentinamente en formas bellas y violentas, o inefable expresión indirecta. Lo demás se llama artificio.

Mujer

El hombre de hoy está asaz diferenciado para constituir el organismo social. Para que la cohesión entre el individuo y el todo sea posible, ha de existir una masa sociológica en que estos se integren recíprocos, y un ambiente sociológico que los envuelva en totalidad. Y esto, de una manera irracional.

No hay la menor duda de que el hombre contemporáneo quiere de una manera tan imperativa como natural, vivir su vida plena, como unidad, prescindiendo de todo coercitivo impuesto por la conveniencia del grupo.

De este modo es más viable la realización de la mujer, que como elemento de engranaje ha sido siempre anulada en el contrasentido de su dualidad.

Por meterla de acuerdo con un ideal de civilización que pretendió inspirarse en la naturaleza, se aprovechó sólo su fuerza de hembra y el reconocimiento y respeto a su espíritu quedó encomendado a la generosidad masculina, que sólo muy raras veces fue eficaz en la práctica.

Este ideal de civilización tenía como una de sus más firmes bases la moral de la reproducción: el hombre dio por supuesto como una obligación contraída a priori, que Dios lo había hecho depositario de un tesoro que habría de transmitir por toda la eternidad: la vida.

Esto fue farsa encubierta, egoísmo disfrazado de generosidad, afán de inmortalizarse, porque el que menos, ¿qué menos puede hacer que tener un hijo?

Supongamos que surja otro ideal, inhumano, sí; pero acaso más alto, más puro, por el que el hombre trate de absorberse en sí mismo, sintiendo que Dios le haga entender, o que ateo, entienda por su cuenta, que ha de contribuir más bien a la extinción de esta vida formal, y que observe o luche por observar la más acendrada castidad, ¿qué resultaría...?

No es esta una idea utópica. Un futuro vendrá en que la humanidad desaparezca o se transforme. Pasó la época terciaria con su flora de bodas ocultas y los gigantescos mastodontes y megaterios desaparecieron. Los genios también vuelven la espalda a sus especies. Cuando las generaciones que cuenta la humanidad se hayan doblado, ¿es lógico esperar que continúe siendo lo que es? Si de rupestre se ha hecho el hombre nuestro, de este evolucionará, sin duda, a otro...

Caso

Pensar que un individuo no es homosexual, ambisexual, porque no ha consumado actos de pederastia, es un error craso. A veces lo menos definido es lo más concreto: estados latentes, perturbadores efectivos, que dan sello propio a toda la vida real e ideal del paciente, sin que tengan bastante fuerza y sin que lleguen nunca a la claridad suficiente para traducirse en acto.

Acaso un poco de repulsión por impulso del propio idealismo de la apetencia, medio, ancestro, educación, ideas y sentimientos, carácter tímido, todo, aislado o reunido, puede formar una barrera, antídoto subconsciente, que unido a la misma tonalidad de la propensión haga que ésta sólo produzca perturbaciones dolorosas y malsanas, intelectualización desviada o perversa, cuyo resultado definitivo es desastroso para el obsedido y para los que con él se relacionan en el comercio de acciones y reacciones recíprocas: éste es el caso.

Flor de almendro

Cómo en la alquitara del Inconsciente se transmutan las cualidades por una escala de valores de lo concreto a lo abstracto, de lo corpóreo a lo ideal, hasta llegar a la sublimación completa. Todo lo que existe es un derivado de la composición de ambiente, desde la tierra al cielo: todo incluido.

El almendro y el espíritu del hombre balear son una sola manifestación de este metamorfismo psico-biológico del medio. ¡Espina vestida de flor! Mallorca es sólo un campo de almendros.

Humorismo

Antes definía el humorismo como lirismo desesperado o más bien desengañado. Ahora he visto que hay otro género de humorismo que definiría impotencia. El espíritu reconoce la superioridad de algo a que no puede llegar por falta de vuelo y para consolarse lo ve en ridículo, en grotesco.

Y como que todas las cosas tienen aspectos serios y aspectos risibles, según el lado de que se encare el observador, tanto más marcados cuanto más se acentúe la nota en uno u otro sentido, y son más irrisorias o más trágicas cuanto más se acerquen a la desproporción en alcances desusados, de aquí que el humorismo siempre está en la verdad. Triste verdad de alma enferma. Porque el humorismo no es salud, como dice, sino miseria. Obsérvese como siempre se da en personas que han descendido del vértice, que mancos, no han podido llegar a él, o que vienen de vuelta. Viejos, o viejos de espíritu, individual o colectivamente.

“Tenga”

Quisiera toparme con un mallorquín histórico: quiero decir, que supiera mucha historia mallorquina. Historia en el más lato significado del término: Historia de la evolución del espíritu mallorquín, para que me explicara si las gentes de aquí dicen, como todo saludo y a cada instante, *tenga*, por generosidad o por economía.

Hombres, mujeres, niño, jóvenes, viejos, burgueses y *menestrales, payeses y cavalieri*, letrados y clero, *tenga... tenga... tenga...* al llegar, al salir, a la partida, a la vuelta...

A veces, si compro en una tienda, como al salir oigo, *tenga*, pienso que me van a regalar algo y vuelvo instintivamente; pero en seguida caigo, es adiós que me dicen. Otras, creo que he olvidado una cosa y que me la restituyen con el *tenga*.

Lo cierto es que aquí nadie da nada, ni hielo en invierno.¹ *¿Tenga* es una manera de compensar con palabras, ya es algo, la sordidez proverbial o es que la sordidez proverbial también se manifiesta en economía de palabras al decir *tenga...*? Porque *tenga* es síntesis de tantas cosas... Tenga usted buenos días, tenga usted buenas tardes, tenga usted buenas noches, tenga usted un feliz viaje, tenga usted pronto regreso, tenga todo lo que usted más ambicione.²

¹ Dicho estadounidense: “ice in winter”.

² Acaso el efecto psicológico que me produce el *tenga* esté valorizado por la simpatía de mi temperamento hacia la dádiva. Tanto para ofrecer como para recibir. La dádiva, no por lo que tiene de material y positiva, sino en lo que significa generosidad y desprendimiento.

*Otra danzarina*¹

¡Yo soy la onda! ¡La danza es el sentimiento! Quiero cantar con mi cuerpo. Instrumento mi cuerpo. Instrumento de melodía recóndita. Ritmo y connubio con el alma del arquitecto que alzó musical castillo de estrofas. Y en el viento la música se plasma y en el viento la escribe mi cuerpo. ¡Yo soy la luz del sonido! Quiero alumbrar con mis miembros movibles y frágiles las almas dormidas de los que oyen ese verso. Con actitudes y movimientos fugitivos trazar a rasgos de fuego sus frases de pasión. ¡Y sueño que se despiertan las hadas del misterio al desenroscar en el espacio mi figura trémula...!

Pero si ella quiere alumbrar y cantar con su cuerpo, hace aún cosas más extrañas. Imposibles estéticos. Cuando ella danza el vacío se hace plástico. Y no ve ya el que contempla, moverse su figura, fin de su intento; sino que el espacio vive y se contornea de su contorno y se materializa y se mueve siguiendo su línea que entonces está, a la mirada del espíritu, quieta. ¡Milagro! Ella hace danzar al aire vacuo. Corporiza lo abstracto a los ojos de una más honda videncia.

¿Y por qué puede hacer ese taumaturgo invertimiento? Porque su línea movable es tan pura y tan sinuosa y tan entera que no se rompe jamás el entorno que encierra. Y baila doble en el es-

¹ La Argentina. Cantándole a ella, el poeta no quiso decírselo mientras vivió. Ahora que se ha hecho inmortal, con su muerte, el poeta tembloroso deshoja el poema, letra a letra, a sus pies.

pacio: ella y lo que no es ella; su cuerpo y su no-cuerpo; lo que ella abarca con su traslación en el tiempo.

Creadora que materializas la no-forma con tu forma misma al marco de tu movimiento, veo el arco y el óvalo dinámico que cierra tus brazos inquietos; la caracola hueca enredarse entre tus giradoras piernas; el cuenco que hace tu figura curva al orzar de improviso, siguiéndote; el perímetro de tu figura que se te adelanta; el espacio que va y viene a tu encuentro... Y el auge de tu triunfo que suena... Que suena a cuerdas tendidas con garfios de espíritu, ¡oh tú, inmaterial en tu desdoblamiento!

*De Layka Froyka - El romance de cuando yo
era niña*

(Edición de 1925)

(Selección de Hilda Bernal Labrada)

A continuación, los tres primeros capítulos de este libro autobiográfico de Emilia Bernal, cuya edición príncipe editó ella en Madrid en 1925. En el 2006 el profesor Rolando D. H. Morelli publicó una nueva edición cuidadosamente preparada y anotada, que le valió el Premio Literario Emilia Bernal.

I

La casa solariega

El siglo XIX y el XX han mezclado en Camagüey lo encantadoramente típico a lo moderno, confortable y oportuno; mas no por eso es de mayor validez que sus peculiares tesoros pueblerinos. Todo lo nuevo resulta, en la armonía envejecida del conjunto, postizo, falso, de pega. Así, pues, uniéndose al prestigio de lo clásico, lo cursi de lo nuevo, la ciudad ha perdido la unidad estética.

La casa típica camagüeyana es característica de todas las poblaciones antiguas de Cuba, fundadas por Diego Velázquez de Cuéllar, el primer colonizador español que urbanizó nuestra isla, allá por el año de 1512. Tales son Bayamo, Sancti Spíritus, Trinidad...

Si algo revela con luz meridiana el genio, el carácter, la psicología toda de una raza, es, sin duda, el albergue que se fabrica para habitar. Tal como las cualidades físicas de un individuo, por

lo general, dan la medida exacta, o cuando menos aproximada, de su modo de ser interno; así, la casa del hombre, que es como si dijéramos la otra vivienda de su espíritu; pero más amplia, más adjetiva que el propio cuerpo, revela cuáles son los gustos suyos, sus costumbres, y a cuáles necesidades de todo género debe corresponder la construcción.

No habiendo codicia de la tierra, y contando los colonizadores españoles con toda la isla de Cuba para holgar en sus viviendas, la primera condición de la casa cubana de esa época es la amplitud. Cada edificio cuenta con una gran parcela de terreno para su emplazamiento. Por eso lo espacioso de sus habitaciones: gran sala, múltiples aposentos, ancho comedor, espléndido patio, al que se suma, casi siempre, otro de área aún más extensa, llamado traspatio.

Las cualidades de esta vivienda dicen de la confianza en el goce de la vida, la serenidad del espíritu equilibrado en el sosiego, y disfrutador en el reposo de lo plenamente poseído: altos de puntal, aunque sin pretensiones orgullosas de escalar el cielo, los edificios parecen a primera vista de poca elevación, menguada su altura por sus dimensiones extensivas. La armónica sobriedad del conjunto da la sensación de la sencillez hidalga de sus moradores.

La techumbre de tejas de barro [es] propia del uso de los primeros colonizadores, que copiaban en la urbanización criolla la de la España meridional y levantina, cuyo dominio acababan de completar los Reyes Católicos en esta época con la toma de Granada. Allí los árabes habían puesto su nota genial arquitectónica, en la que se contaba como elemento único, para el techado, la mencionada teja. Su uso exclusivo entre nosotros da a la urbanización criolla un sello morisco.

Las paredes hechas con ladrillos, o de calicanto, son de una consistencia de baluarte romano. Macizas, inexpugnables. Y en sus pulidas superficies, de una blancura deslumbrante, por la lechada cuidadosa que las viste. Contrastando con esa blancura, en el interior, el suelo, de color de almagre encendido, hecho de hormigón o con ladrillos en forma de paralelogramos.

Y en lo exterior, anchas, hospitalarias puertas del cedro o la caoba que dan los bosques, puertas que jamás encontraba cerradas el pasajero, en cuyos umbrales el huésped siempre halló un

amigo... Altas ventanas de palo, construidas con balaústres gruesos, cubiertas todo el día con espeso coletón de Rusia y descubiertas desde la tarde para que lucieran su belleza las muchachas hogareñas; el guardapolvo; todo entelarañado, protegiendo la parte superior de la puerta del chapotear del aguacero; decorado por los colgantes curujeyes¹; y del cual pendían el gancho rústico, suspendiendo el farol de lámpara de aceite que iluminaba leve la cercanía; después, los quicios, todos disparejos, por donde, de casa en casa, había de ir subiendo y bajando el transeúnte si deseaba caminar frontero a los edificios...

II

El patio

Pero el mejor trofeo del pintoresco recinto era el patio, [a] murallado de altos tapiales cubiertos de frondosas enredaderas de madreSelva amarilla y olorosa; quiscalias bermellón que trascienden a fragancia de fruta; blancas estefanotas; azules campanillas; menudas ipomeas y rosado coralillo.²

Del patio en el centro, el pozo, de brocal de piedra carcomido y alto, donde a la hora de la siesta da su clarinada al viento el gallo enamorado; donde cacarea entusiasmada la gallina anunciando a la dueña de la casa que la acaba de obsequiar con un huevo; dentro, la piedra erizada de picos en las paredes laterales del pozo, y en sus huecos la fértil yerba colgante, la verdolaga de terciopelo verde intenso, el llantén medicinal... Y en el fondo, el agua clara y fresca, a veces borboteante, surgiendo de abajo o de los flancos, a veces tersa, inmóvil, a cuya superficie se asoma a mirarse la muchacha coqueta, antes de turbar su quietud lanzando el balde, que después sube lleno, acompasando el mover de los brazos a la música de la garrucha.

¹ Enredadera o bejuco muy común en la ciudad de Puerto Príncipe, rebautizada "Camagüey" luego de la independencia de la isla.

² La autora se refiere a diversas flores y enredaderas de su tierra natal.

En otro lugar del patio el aljibe, con su solado de ladrillos escarlata y su brocal hermético, donde el agua, recogida del techo por las canales, se hace añeja, y abastece durante el largo estío y el corto invierno.

Y alrededor del aljibe el milagro de las flores en rústicos canteros hechos con fondos de canecas³ invertidas. Canteros siempre llenos de rosas, de azucenas, de claveles y de jazmines. ¡Maravilla en los amaneceres cuando las flores despiertan salpicadas de rocío!

Y semiocultos entre las enredaderas que trepan los tapialles, los tinajones, vasijas ventrudas llenas de agua llovediza. Sus paredes internas llenas de musgo y desbordando el copioso culantrillo. En sus contornos, al frescor del agua que filtran sus poros, el hacinamiento de las espontáneas matas de mariposa⁴ que embalsaman el ambiente cálido en las noches de junio, cuando el cielo negro se tachona de estrellas o la luz de la luna palidece el infinito.

En el traspatio cada familia guarda su alborotado gallinero; acaso en estrecho corral alimenta, con palmiche,⁵ un cerdo para sacrificar en el festín de Nochebuena, o suelta, entre las aves, da de pastar a una chiva, con cuya leche cría al recién nacido de la casa; o en el establo aposenta al caballo que hace los viajes cotidianos a la finca... Todo, animales y gente, viviendo dentro de la más cordial armonía.

III

¡Antaño! ¡Antaño!

¿A dónde se ha ido todo esto? La casa noble y señorial se ha convertido en la moderna mansión de superpuestos pisos donde se vive como en sepulcros, en habitaciones exiguas, llenas de largas y estrechas ventanas, y de puertas que apenas dejás pasar. Los patios arrebatados a la urbe por necesidad de la tierra, para las

³ Frasco o envase de barro vidriado, y por extensión cualquier botella.

⁴ La flor nacional de Cuba, y planta del mismo nombre.

⁵ Nuez o fruto de la palma real, el árbol nacional cubano.

fábricas⁶ nuevas. Edificaciones. Los árboles arrasados por disposición sanitaria para extinguir los mosquitos.⁷ Y por eso mismo suprimidos el pozo, el aljibe, el tinajón, la tinaja y el tinajero.

La tinaja que filtrando el agua gota a gota en su gran piedra caliza, durante el silencio de la noche familiar era música afinada, a la que se podían acompañar todos los sueños gratos que cantan en el alma cuando se duerme tranquilo...

¿Qué se ha hecho la luz de esas pálidas lámparas que iluminaban suavemente los salones y alcobas... aquellas lucecitas de vela de cera virgen que el cuidado de la guardabrisa de cristal mantenía en llama erecta, a cuyo amor cantaba la madre adormeciendo al niño, la abuela decía a la parvada de los nietezuelos los legendarios cuentos y la ternura de los enamorados encontraba velo con que cubrirse...?

Sin embargo, aún queda en tu forma lo indeleble de tu pasado, ciudad querida. Nadie podrá enderezar tus calles y tus callejones que se retuercen. Tus calles por donde corrió la vida de tus héroes, tus calles que suenan a gloria...

¿Quién podrá silenciar la voz de tus campanas⁸ que salmodian la elegía del pasado, y quién podrá desteñir tu cielo de azul único que oye el lamento en la hora del crepúsculo, cuando todo parece que en la memoria resucita...?

⁶ Se refiere a fabricaciones, edificaciones.

⁷ Con la intervención norteamericana se llevó a efecto una campaña de higienización contra el mosquito vector de la fiebre amarilla, gracias al descubrimiento del médico y científico principense Carlos J. Finlay, cuyos méritos se conmemoran en un monumento situado en la Zona del Canal de la República de Panamá, y en la galería de los grandes de la medicina mundial, en París.

⁸ Las campanas representan a las iglesias, y estas a la propia ciudad –otro nombre que se da a Camagüey es “La ciudad de las iglesias”–. La propia autora tiene un bellissimo y extenso poema, “La campana de mi pueblo”, dedicado a la que repica desde la principense iglesia de La Soleidad, y que hallará el lector en ese libro.

IV

¡Hasta la eternidad!

(fragmento)

De improviso, una mañana, clara, azul, viva de color tropical, las campanas de los mil campanarios de mi pueblo rompieron a repicar...

“¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Qué hay de nuevo? ¿Ha ocurrido algo inesperado?”, eran las preguntas que mi madre hacía a todos los transeúntes desde la puerta de la casa... Nadie podía responder a ciencia cierta... “¡Nosotros vamos a averiguarlo, señora! ¡Aguarde unos instantes! ¡A la vuelta le diremos...!

De repente, aparece doña Casimira en nuestra sala. Doña Casimira, la mujer de un viejo capitán español que vivía enfrente... y viene, súbita, a los labios de mi madre la pregunta: “¿Qué pasa?” Y súbito viene a los labios de la mujer lo que no era respuesta, sino la explosión de su sensibilidad hispana: “¡¡¡ Que nos vamos los españoles de Cuba, para siempre!!!” Y cayeron las dos mujeres llorando, la una en brazos de la otra... Aquella, viendo consolidado en un momento glorioso el ideal de toda su raza. La otra, viendo que el poderío de la suya se hundía para siempre en el mundo que conquistó su gallardía... Y ambas lloraban por la misma causa, una de felicidad y otra de pena, y confraternizaban en lo más íntimo de sus corazones femeninos. Esas dos mujeres simbolizaban el pasado y el porvenir, estrechándose en dolor de despedida... Doña Casimira exclamaba: “¡Ya no nos veremos más! ¡Adiós! ¡Hasta la eternidad...!” Mi madre respondía: “¡Adiós! ¡Adiós, amiga mía...!”

Yo no podré olvidar jamás esa escena de exaltación humana, inmensamente triste, como las despedidas eternas... Alegre, como el alborear de los nacimientos insignes.

De La raza negra en Cuba

El siguiente texto es del libro que con este nombre publicó Emilia Bernal en Santiago de Chile, en 1937, adelantándose así al reconocimiento universal de la presencia, equiparación, interacción y mezcla de razas que hoy aceptamos como hecho humano y normal.

Sobre la raza, y razas

I

Conformidad biológica, conformidad psicológica. Todo el que sea un poco observador habrá visto, aunque no se haya detenido a pensar en la causa del fenómeno, cómo en Cuba se topa a cada día, a cada hora, en la calle, en el conocimiento personal, etc., con gentes blancas indiscutiblemente, cuya conformidad facial, fisonomía y cualidades típicas del esqueleto, corresponden a un tipo medio de la raza etiópica; asimismo con otros que siendo indiscutiblemente de esta raza por el pigmento de la piel, su ángulo facial y su parecido físico, corresponden al de esa transición, más propiamente dicho, a las características del criollo.

Prescindiendo de las uniones materiales de ambas razas, a lo que achacáis el intercambio, yo os digo que hay que remontarse a otro origen y darle otra interpretación al hecho. Las energías son cosas concretas y reales, capaces de los fenómenos de la materia

independientemente de ella tantas veces... Y es que en el medio biológico que nos envuelve, la naturaleza por sí sola, fuera de toda intervención sexual, se ha hecho cargo de hacer la fusión de los elementos, que culmina en la transacción de un tipo de hombre cubano.

Ciertamente que hoy no somos, sino por excepción, y esto representa el caudal de elementos nuevos del género, ni el castellano, ni el andaluz que colonizó la anchurosa llanura camagüeyana; ciertamente que no somos ni el congo ni el lucumí de las expediciones africanas, tipos puros ya muy raros entre nosotros, y repito que aparte de los cruces reales sanguíneos, hay un cruce étnico fraguado en el crisol del medio, que constituye la prueba más fuerte, no ya de la adaptación de los etíopes, sino de la fusión absoluta en la esencia de Cuba de los elementos que la integran, siendo, por tanto, elementos ellos mismos.

II

Y sin que yo quiera ahondar en ello ahora, no puedo menos que anotar de paso. ¡Los indios no han muerto! ¡Aquí están entre nosotros! Trajinan en el aire; se mecen en los plumeros de las palmas reales; secretean entre las hojas de las yagrumas; se quejan en el canto de las tojosas; brincan sobre las cunas de los niños; se cuelan entre las sábanas de los lechos enamorados, y de cuando en cuando sale entre nuestra progenie un nieto de Camugiro o un hijo de Onaney. Y cuando allá por la bruta e intrincada Sierra Maestra se queda el criollo solo, por generaciones sucesivas, sale el indio puro, atezado y aguileño, pelo de carbón, frente fugitiva, y habla la más dulce del hablar, siempre llena de risa, igual a aquel que extinguiera con el chuzo envenenado de rejalgar, la codicia del conquistador.

De Martí por sí mismo

Los textos siguientes son del libro que con este título publicó nuestra poetisa por su propia cuenta en La Habana, en 1934.

Retrato

Un hombre que era todo frente. Un hombre que con la luz que de todo él fluía se tapaba el cuerpo. Un hombre blancamente pálido como si su sangre también fuese la luz. Un hombre dulcemente magnético. Árbol cargado de copa y tronco leve, como si la savia le subiese toda y el harto peso lo curvara al suelo, era en su empaque, no defecto, sino un matiz de desarmonía agradable, de expresión y carácter, con que acusaba más su buena fuerza. Ojos oscuros, alargados, en órbitas hondas, aterciopeladas abejas que revoloteaban presas, ora vivas o tristes, siempre centelladoras y penetrantes y bellas. Voz de sonido de cuerdas el trato regocijado o de timbre de acero en la pelea. Gesto, ademán, modo, cortés y reposado, fuerte o inquieto, donde el órgano de su sensibilidad exquisita encontraba dúctil instrumento. Todo él no era más que el dibujo de su espíritu de poeta. La menos posible cantidad de materia. Solamente la necesaria para manifestarse en toda su integridad y su pureza. ¿Y cómo era el alma? De caracteres apreciables por los sentidos, pues que sus cualidades formales eran perfectamente concomitantes, derivaciones, materializaciones de sus cualidades intrínsecas: armonía perfecta de espíritu y cuerpo.

Era un hombre silencioso y triste. Ni discutía ni charlaba. Se le veía siempre en el ajeteo o la profundidad de la mirada, la ocupación del pensamiento. Si había de estrechar la mano de alguien, transeúnte o amigo, inmediatamente la cordialidad le desbordaba, tanto de la presión por los dedos francos como por la palabra y la voz, portadora de su buena acogida:

Cultivo una rosa blanca
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.
Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo,
cultivo una rosa blanca.¹

¹ Fragmento de “Versos sencillos”, de José Martí.

El Orador

Aquel hombre mínimo y silencioso de los claustros y las bibliotecas, encorvado sobre los textos de todos los saberes y aprenderes: blandílocuo en el trato recoleto: llegando a modoso en cortesía, de hábito: cuando hablaba a la colectividad o a la muchedumbre, crecía, se agigantaba, y en la transfiguración, ascendía. Todo él era un hombre en quien la inspiración ponía *allure* de vuelo. Y su luz, para el que era capaz de verla, lo hacía invisible. La voz, siempre grata, timbre y extensión, se multiplicaba en volumen. El gesto, el ademán, la actitud y el movimiento general; describía preciso, estilizado, sin brusquedades siempre, nunca en superabundancia de mal gusto, la idea o la emoción que lo encendía. Y el raudal de su palabra, no palabra hueca, y el involucramiento de constantes sugerencias súbitas, al parecer sin nexo, mas ligadas en un fondo de ilaciones subconscientes a la idea central, chispazos, epítetos, golpes de genio, llenaban las conciencias oyentes insaciables de su fascinación y su vehemencia. Y qué naturalidad, y qué ingenua salida de tono, a veces, que de lo grandioso caía de súbito en la minucia sin que por ello se desluciera ni lo uno ni lo otro, sino que por el contrario el desequilibrio de lo inesperado hacia resaltar más ambos términos, sacándole a lo primero verdad y poniendo en lo segundo gracia. Y qué poesía simple otras. Qué *impromptus* inolvidables. Qué frases resúmenes, donde, de un tajo de fuerza enorme cabía un siglo, una escuela, una raza, un todo inabarcable, si no era por un golpe como él sabía darlo, que cortaba en seco. Qué vitalidad de carne y hueso y raíz de hombre en sus interpretaciones. Y qué transfiguración del verbo en clarividencias beatíficas.

El Escritor

Todas las cualidades del intelecto y la sensibilidad y la cultura que están en el orador, aparecen alquitaradas, pasadas por el tamiz de la crítica y el acendro del gusto personal y estilo único, en el escritor. La observación rápida y sutil: la gracia, que después de una tirada de elevación olímpica, surge de pronto, sin que por eso esta mengüe, sino como que se aclare o abrillante con un pequeño lazo azul o una chispa de pimienta: la humanidad húmeda de vida y transmutadora de valores concretos en sutilidades metafísicas: el amor al hombre y el culto a su dignidad, que pone por sobre todo, hasta por sobre todo lo inalienable del mismo, con un ímpetu de sacrificio y una delectación magnánima en la ofrenda. Si el artista es grande, no queda por debajo de él, el hombre de médula sensitiva, y su mesianismo esplende por su obra, no como chorro que se localiza, sino como perfume que irradia parejo, que trasciende y que envuelve. Crítico de cultura enciclopédica, que conocía las principales lenguas que circulan y algunas muertas, productor intachable, y sin embargo su bondad innata y su indulgencia proba ponía en todo lo que comentaba; su dulzura y su crítica fue siempre elogiosa o benigna. He aquí acaso el solo punto flaco de su labor. Siempre un *tour* o derivación a conocimientos superiores, o relación de lo criticado con obras similares en este u otro aspecto hacia que el autor saliese airoso. Su único cuidado era el bálsamo. Él quería dejar contento al bueno, al puro. Pero, ¡ay!, si la obra era injusta, dilapidadora de bienes, torcida o coja de nobleza... Entonces, toda la ira del cielo descargaba por su mano en forma de pluma.

El apóstol

Sólo fue ciego para mirar a su patria, sólo para mirar a su patria se le nublaron los sentidos del cuerpo y se le tupieron los órganos que tan bien ahondaban en los destinos de los seres individuales y colectivos, cuando a ellos los contraía... Es que no miraba a su patria con los ojos normales, es que no pensaba, no sentía a su patria con las potencias, aun así extraordinarias suyas, pero comunes en él, con que se daba a las demás cosas. Martí fue para Cuba lo que no se explica por la razón ni por el entendimiento. Era Cuba para él una obsesión, un delirio, la causa de su existir, el amor de sus amores. Ni amada, ni esposa, ni madre, ni prole, ni porvenir, ni gloria; el mundo entero con todo lo que podía tener de amable y seductor era para él brizna, grano de polvo, vanidad, ceniza que se avienta, ante el sentimiento de la patria sufriente y sin redención.

Cómo la miraba, cómo la sentía, se puede comprender por sus ternuras raras, y sus exaltaciones líricas, y sus errores de apreciación, y sus sacrificios perpetuos, y el quemarle hilo a hilo su vida: sangre y alma, juventud y belleza, amor de mujer, amor de todo, bienestar, sosiego, paz... Con obsesionante, con fuerza más grande que todo él, y ya él era todo, la quería. La quería con la manera desapoderada con que sólo se puede amar en este mundo lo que no se conoce. Y así era. Por no haberla conocido de cerca, por no haber vivido jamás en ella, sino a temporadas truncas, siempre en destierro. En destierro, ora voluntario, ora impuesto como una derivación de sus rebeldías, latentes o explicadas, ocultas o confesas,

la añoraba con tal fuerza y con ansiedad tal, que humanamente no hay ilusión ni anhelo comparable al que él sentía por la patria y su exaltación a todo lo que pudiera máximamente elevarla a ser un pueblo libre. Y con qué fe alentaba por la guerra. Y cómo presentía lo que ahora todos estamos viendo: la tiranía y el crimen apoderarse de su tierra, como un derivado natural del desequilibrio en que entran los pueblos en el momento de formación y afianzamiento de la nacionalidad...¹

¹ Escrito por Emilia Bernal a fines de abril de 1933, durante el período más agudo del “machadato” (dictadura de Gerardo Machado Morales).



Retrato al carboncillo de Emilia Bernal, hecho en 1928 por su suegro, el pintor español Hipólito Hidalgo de Caviedes (incorporado en el decenio de 1970 a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid), con su nombre y fecha escritos de su puño y letra.

Capítulo III

Traducciones poéticas



*Retrato de Emilia Bernal aparecido en la revista Social,
publicada en La Habana, 1920.*

De *Anthero de Quental*
(1842-1891)

A continuación, una selección de las versiones que Emilia Bernal hizo de *Los sonetos* de este notabilísimo poeta portugués. Nuestra poetisa los reunió en un libro titulado *Los sonetos completos de Anthero de Quental*, que publicó en Madrid en 1925.

A: M.C.¹

En el cielo, si lo hay para el que llora,
para el dolor de quienes sufren tanto.
Si está allí del amor el foco santo,
llama que brilla: mas que no devora.

En el cielo, si allá en el cielo mora
quien nos oiga la preza y enjague el llanto.
Si hay padre que nos cubra con su manto
de amor piadoso... que no siento ahora...

En el cielo, su fin tendrán mis males.
Allí he de renacer, yo que recelo
Que nací nada más para el dolor.

¹ Es dedicatoria de Anthero de Quental a una persona cuya precisa identidad quiso reservarse y que hoy, para nosotros, permanece desconocida.

¡Oh, lirio de los valles celestiales,
fin y principio encontrará en el cielo,
para no acabar nunca nuestro amor!...

Al crucificado

Ha mil años, buen Cristo, que clavados los brazos
en la cruz, exclamaste: ¡Padre!, y alta la frente
al futuro horizonte, con alma de vidente
viste en albor ideal bañarse los ocasos.

¿Por qué murió sin eco el eco de tus pasos
y de tu voz ¡Oh, Verbo!, el sonido fremente?
¿Moriste? ¡Ah, duerme en paz! No vuelvas... que,
[increyente,
al sepulcro arrojaras los yertos miembros laxos.

Ahora, como entonces, la misma tierra yerma,
la misma humanidad, siempre flaca y enferma,
bajo aquel cielo mismo, frío como un sudario.

Exangüe, como entonces, la tierra habríais visto,
y oiríais preguntar para qué sirvió. ¡Oh, Cristo!,
la sangre en que empapáis las cruces del calvario.

Amargura

Sólo por ti, ¡oh, astro!, siempre oculto.
Sombra de Amor y ensueño de Verdad,
vago en el mundo, y lleno de ansiedad
mi propio corazón en mí sepulto.

De templo en templo, en vano, llevo un culto
y las flores de una íntima piedad,
y veo los votos de mi mocedad
recibir solamente escarnio, insulto.

Al borde del camino me senté.
Escucharé pasar agreste el viento
exclamando: ¡así pasa cuanto amé!

¡Oh, mi alma, que creíste en la virtud!
¡Lo que será vejez y desaliento
si esto se llama aurora y juventud!

Despertar

En sueño, a veces, si el soñar quebranta
este vano sufrir, esta agonía,
cual alondra que vuela, el alma mía
al espacio se entrega, sube y canta.

Canta el alba, la luz, la estrella santa
que al mundo trae piadosa un nuevo día,
el vuelo de las cosas, la alegría
que las llena de amor y las levanta.

Mas, de repente, un soplo húmedo y frío
viene sobre mi sueño, un calofrío
me acuerda... ¡Oh, noche negra!, y el dolor

acá vela, como antes, a mi lado...
¡Ah, mis cantos de luz, ángel amado,
sólo son sueños y sueño es mi amor!

En la capilla

En la capilla, oculta entre el umbrío
follaje, el Cristo, al fondo, agonizaba.
¡Oh, cómo íntimamente se casaba
el dolor de la imagen con el mío!

Hijos ambos de amor, miraje igual,
nos rozó por la frente que escalda,
y la mano que afecto enmascaraba
nos dio suplicio con traición igual.

Y ahora, en la paz que la floresta daba,
mientras la sombra triste se infiltraba,
vencidos, ambos, mártires del hado,

nos mirábamos mudos. ¡Pena igual!,
ni de los dos sabré deciros cuál
más pálido, más triste, más cansado.

Velut umbra

Fumo y medito. Sobre el horizonte
la tarde se encastilla de colores
que expanden en el cielo sus ardores
o fingen fuego de encendido monte.

Después, son formas vagas, que de frente,
se acercan delirando en sus amores,
como si fuesen almas que entre honores,
cruzan el Aqueronte del Poniente.

Apago mi cigarro cuando apagas
tu antorcha, ¡oh, Sol! Quedamos solos... ¡Y en
la soledad mi espíritu consumo!

¡Oh, nubes de Occidente! ¡Oh, cosas vagas!
Yo os entiendo el color, que a mí también,
belleza, altura, se me van en humo...

Juramento

Por la arruga en la frente pensativa.
Por el mirar que inquiere y no ve nada.
Por la miseria, y por la mano helada
que apagó nuestra estrella. Por la viva

llama, que retorciéndose crepita
al último estertor de luz menguada.
Por la blasfemia de la abandonada
que un momento de amante hizo maldita.

Por cuanto hay de fatal. Por cuanto hay mixto
de sombra y de pavor bajo una losa,
paloma de esperanza y de ternura,

yo te juro, por todas las que he visto
cosas terribles, que jamás vi cosa
más feroz que el reír de una criatura.

Metempsychosis

Ardientes hijas del placer, decidme:
¿Cuáles son vuestros sueños tras la orgía?
Acaso, como en vaga lejanía
de lo que fuisteis, recordáis, ¿decidme?

En otra vida, en otra esfera en que
gime otro viento y quémase otro día,
¿qué cuerpo hubisteis? ¿Qué materia fría
el alma os incendió? ¿Decidme, qué...?

Fuisteis en bosques leonas y panteras
a dentelladas arrastrando, fieras,
un cuerpo exangüe... ¡Ah, leonas, morded!

¡Morded, pues, estas carnes palpitantes,
fieras hechas de gasas fluctuantes!
¡Y mi sangre bebed, lobas, bebed!

Diálogo

La cruz dijo a la tierra en que asentaba,
al valle oscuro, al monte, de este modo:
¿Qué eres tú? Abismo donde todo
vive en dolor y en lucha ciega y brava...

Siempre en trabajo, condenada esclava.
¿Qué haces de bueno y grande, di? Con todo
resignada, eres sólo informe lodo:
y rebelde, eres fuego, hórrida lava...

Mas, a mí... ¿cuál es la alta y libre sierra
que me puede igualar? Amor, firmeza...
Eso soy yo... la paz... tú eres la guerra.

¡Soy espíritu y luz! ¡Tú, la tristeza!
¡Oh, lodo oscuro y vil! Pero la tierra
respondió: ¡Cruz, soy la Naturaleza!

Océano noche

A: A. de Azevedo Castello Branco

Junto al mar que elevaba gravemente
ronca y trágica voz, mientras el viento
pasaba cual volar de un pensamiento
que busca y duda inquieto, intermitente,

junto al mar me senté y, tristemente,
viendo el cielo pesado y ceniciento,
interrogué abismado ese lamento
que salía de las cosas vagamente...

¿Cuál es la causa de vuestra tortura,
seres elementales, fuerza oscura?
¿Qué idea os mueve sin cesar? Y en las

inmensas extensiones desde donde
se oculta el inconsciente, me responde
un bramido, una queja, y nada más.

De *Joaquim Folguera*
(1893-1919)

A continuación las versiones de Emilia Bernal a partir de los versos originales de este notable vate catalán, por quien tenía ella especial aprecio. Es una exigua selección de los veintiocho poemas que fueron reunidos y publicados en el libro *Poesías* (Ediciones Ariel, Barcelona, 1930), con prólogo de nuestra poetisa.

Una mujer que pasa

Viene el rumor de la avenida
una vaharada a perfumar;
lleva en el brazo una mujer
de un haz de luz la claridad.
La mujer pasa iluminada
por el fulgor de su mirar
y el haz de flores que resbala
sobre su curvo seno, cual
si la flor se le rindiera
con una gracia de mujer
y toda amor se le ofreciese
llena de suave languidez.
Entre el va y ven de la avenida
la fragancia se diluyó:
la que llevaba el haz de luz

se va alejando con su olor
y el viandante que la seguía
los párpados entornó
embriagado por la fragancia
indefinida de la flor.

Canción pálida

Es una canción muy pálida;
la oigo, a menudo, cantar:
la dice una virgen pálida
que es pálida de cantar.

Es una canción muy bella
que causa suave temblor:
la canción es la más bella
después de la del amor.

Es una canción que exalta,
es clara como un anhelo,
tibia como un seno, y alta
como una estrella del cielo.

La canción que no se cansa
de aproximarse y huir:
la canción de la esperanza,
dulce hasta el fin del vivir.

Canto de la tierra enjuta

Torno de lejos en donde es el agua sonora y profusa y resbala,
donde se halla el mirar de la gente diluido del agua que mira,
donde es la tierra tan casta y miedosa
que bajo la yerba del prado y el musgo del bosque se esconde.

Torno de lejos añoroso de sol y de tierra sediento,
ávido de echarse mi cuerpo a la vera del margen
áspero del beso de la luz que allí se desliza,
loca de verse tan ágil y bella.

Torno de lejos y a la sola visión de la tierra esperada
siento del campo el beso salvaje
en el melancólico espíritu; entonces
dentro de mí se difuma una niebla muy densa,
como un vaho de invierno, y se escapa
todo el frío tristor de las tierras baldías.

¡Oh!, el espectáculo añorado de la tierra que se da
desnuda y ardiente al duro besar de los pueblos
pálidos por la huella del tiempo y el esfuerzo que soportan,
fuertes, no obstante la vida que chupan.

Yo no sabría mirarla inútilmente
sin un latido sensual de mis párpados,
vuelo tembloroso de mis sentidos, por la gracia
viva del campo que flota en el aire.

Yo no sabría hollarla en vano
sin sentirme atraído por ella, lo mismo
que si fuese sabor y candencia divina

de un cuerpo de hembra.
Porque ella sabe como esta ser cálida
volviéndose loca y después toda laxa,
siempre dada a la vida por donde la aprieta el trabajo.
De tal modo se siente palpitante,
abrazada, mas nunca poseída.
Su alma no cabe jamás en los brazos
que humanos la estrechen.
Áspera y roja se ha vuelto la tierra
de tantas heridas como se le abren.
Tanto tiempo hace ya que le chupan la vida
que se torna fibrosa y enjuta y aún
fructifica, pues ésta es la ley de su ser,
y ama el poco de afán con que el hombre la hiere
y ama la fiesta de los muertos que con ella se cubren,
que no le confiaran si fuese avara y yerma.
¡Oh tierra amiga que velas el cuerpo que ya se me encorva!
Amo tu visión y tu contacto
duro, al pie de los árboles pequeños y dispersos
que torna pálidos espectros el polvo;
al margen de las huertas enfermizas, y aún
al borde de las fuentes que no manan,
de tan seca como eres, tierra nuestra,
madre de todos los que duermen sobre tu vientre
y viven de ti y en tu gozo se agitan
con el cuerpo invadido de hormigas,
en los labios el romero oloroso,
y una chispa de eternidad en su silencio.

El silencio

Bajo el tremor de la palabra hiriente
y de esta soledad celoso, al par,
sin música ni loco alborotar,
callando, he de loarte solamente.

Merced divina, tú me harás más rica
la hora presente y me vendrás a dar
la virtud de tu aliento en el callar
que al gozo del silencio se amplifica.

El secreto

Tu secreto es mi secreto
que renace cada día.
Ayer él nos confundía
y hoy, nos separa el secreto.

Con la obsesión de su olvido
nos separa y nos tortura,
y es el mismo quien procura
no echarnos en el olvido.

Ahora se lo digo al viento
que me quema a su contacto
y el remolino del viento
me vuelve el secreto intacto.

Bufa el viento en derredor

Bufa el viento en derredor
de la alcoba recogida,
¿para mi vida aterida
habrá aún merced de amor?

Ahora el día es de dulzor,
gime a la lluvia el tejado,
¿para este vivir hastiado
habrá aún merced de amor?

Ahora el mirar es de ardor
en la hora de luz que pasa,
¿para mi vida que abrasa
habrá aún merced de amor?

Rosalía de Castro

(1837-85)

De Saudades. Poesías

Ensayo y traducción de Emilia Bernal

La obra de Rosalía de Castro (1837-85), que escribió poesía y prosa en las lenguas gallega y castellana, se considera de significado universal. Su lira inspiró a Emilia Bernal a traducir una porción considerable de sus entrañables versos –de los cuales he aquí una brevísima selección–, que con motivo del centenario de su natalicio reunió en el libro cuyo título aparece en el encabezamiento, publicado en Santiago de Chile (en 1937). En su ensayo introductorio escribió Emilia Bernal estas palabras: “Si queremos enumerar, aunque bien a la ligera, los elementos literarios de la obra de Rosalía de Castro, podemos decir: parafraseó lo perfecto; ensanchó los vuelos de un arte que rechazaba, en su sencillez, innovaciones; asimiló ideas y sentimientos colectivos; continuó el espíritu tradicional de su pueblo [...]; y supo interpretar el sentimiento femenino, nota singularísima de la poesía gallega...”

Sobran más palabras.

II²

¿Qué pasa en mi rededor?
¿Qué pasa que no lo sé?
¡Tengo miedo de una cosa
que vive y que no se ve!

² Los números romanos corresponden a los que identifican las poesías en la edición de *Saudades*.

La desgracia traidora que nunca
que viene se sabe de dónde ha de ser.

III

Cava ligero, cava
gigante pensamiento.
Cava un hondo agujero donde la memoria
del pasado enterremos.
¡A la tierra con los muertos!
¡Cava, cava ligero!
Por losa le darás el negro olvido.
La nada le darás por cementerio.
.....

VII

Lejos de nuestra tierra
andamos y sufrimos, ¡ay de mí!
Pero tú de ella nada más te acuerdas
Yo de ella y más de ti.

Ambos errantes por el mundo vamos
Ya nuestras fuerzas se acabaron. ¡Ay!
Pero tú en ella encontrarás descanso
y yo sólo en la muerte lo he de hallar.
.....

XI

La mano trémula, palpitante, al cielo,
las nieblas en mis ojos condensadas,
con un mundo de duda en los sentidos
y un mundo de tormento en las entrañas,
sintiendo como luchan
en singular batalla
inmortales deseos que atormentan
y rencores que matan.

Mojo en mi propia sangre dura pluma
rompiendo vena hinchada
y escribo... escribo ¿para qué? ¡Volved
a la hondura del alma
tempestuosas imágenes
a morar con las muertas remembranzas!

Que la mano nerviosa sólo escriba
palabras y palabras y palabras...
¿Dónde la inmaculada y pura forma
del pensamiento, se quedó velada?
.....

XV

Ando buscando mieles y frescura
para mis labios secos
y no sé cómo ni por dónde encuentro
amarguras y fuego.

Ando buscando almíbares que endulcen
estos mis agrios versos
y no sé cómo ni por dónde siempre
se topan con el yerro.

Y Dios y el cielo saben que no tengo
ninguna culpa de eso.
¡Ay! Sin querer tenía
el lastimado corazón enfermo.

XXIV

.I

Airiños, airiños, aires,
airiños los de mi tierra.
Airiños, airiños, aires,
airiños, llevadme a ella.

.II

Sin ella vivir no puedo,
no puedo vivir contenta.
Por donde quiera que voy
cúbreme una sombra espesa,
cúbreme una espesa nube
tan preñada de tormentas,
tan de soledad preñada
que el alma mía envenena.

Llevadme airiños, llevadme
igual que una hojiña seca,
que seca también me puso
la calentura que quema.

¡Ay! Si no me lleváis presto
airiños los de mi tierra,
si no me lleváis, airiños,
quizá no me conocieran:
que la fiebre que me come
me va consumiendo lenta
y en este corazonciño
también traidora se ceba.

.III

Fui en otro tiempo encarnada
del color de la cereza;
ahora soy descolorida
como el cirio de la iglesia,
cual si una bruja chupona
la sangre mía bebiera.

Voime quedando sequiña
como una rosa que seca,
sin fuerza voime quedando,
voime quedando cenceña

cual la hija de una mora
hija de mora ralea.

.IV

Llevadme, llevadme airiños,
llevadme donde me espera
la madre que por mí llora,
el padre que por mí alienta,
el hermano a quien daría
la sangre que hay en mis venas
y un amorciño a quien alma
y vida le prometiera.

¡Ay! Si no me lleváis pronto
airiños los de mi tierra,
si pronto no me lleváis
me moriré de tristeza,
sola, en una tierra extraña
en donde extraña me mientan,
donde todo cuanto miro,
todo, me dice: ¡Extranjera!

.V

¡Ay! ¡Ay!, mi pobre casiña.
¡Ay!, mi vaquiña bermeja.
Mis ovejas baladoras
por los montes y veredas,
mis palomas, mis palomas,
arrullando por las eras,
mozos que chillan bailando,
redoble de castañuelas,
chas co-ras-chas de las conchas,
repique de panderetas,
tambor del tamborilero...
¡Gaitiña! ¡Gaita gallega!
¡No me alegrarás ya nunca
diciéndome: “¡Muiñeira!”

.VI

¡Ay! Quien fuera pajariño
de leves alas ligeras,
con que prisa volaría
loquiña de tan contenta
para cantar la alborada
en los campos de mi tierra.
Ahora mismo partiría,
partiría, como una flecha,
sin miedo a la oscura noche,
sin miedo a la noche negra
y aunque lloviera y ventara
y aunque ventara y lloviera,
volaría, volaría
hasta que alcanzase a verla.

Pero no soy pajariño
e iré muriendo de pena
ya en lágrimas convertida
ya en suspiriños deshecha.

.VII

Dulces, galleguiños aires,
quitadorciños de penas,
encantadores del agua,
amantes de la arboleda,
música de verdes cañas
del maíz en nuestras vegas,
alegres compañeriños,
run-run de todas las fiestas,
transportadme en vuestras alas
igual que una hojiña seca.

¡No dejéis que muera aquí,
airiños los de mi tierra!
que aún después de muerteciña
he de suspirar por ella...

.VIII

Pienso aún, airiños, aires
que cuando muerta me vea,
allá por el camposanto
donde enterrada me tengan
pasaréis en la callada
noche, entre las hojas secas
o murmurando canciones
por entre las calaveras...

Y aún después de muerteciña,
airiños, los de mi tierra,
os he de gritar: ¡Airriños!
¡Airriños, llevadme a ella!

Menotti del Picchia
(1892-1988)

A continuación, una selección de los versos del poeta brasileño Menotti del Picchia, procedentes de su libro *Juca Mulato*, el cual fue traducido en su totalidad del portugués por nuestra poetisa y publicado en La Habana en 1940. Preceden a las poesías selectos párrafos de la introducción por el propio Del Picchia –firmada con su pseudónimo “Helios”– y publicada en el *Diario da Noite*, de São Paulo, en 1939. Del Picchia ocupó altos cargos públicos y perteneció a la Academia Brasileira de Letras. Si bien incursionó en varios géneros literarios, se destacó por su poesía con sentido nacionalista del modernismo. Recibió varios premios importantes y, en 1982, fue proclamado “Príncipe de los Poetas Brasileiros”.

Intercambio cultural

(Fragmento de la Introducción a la traducción hecha por Emilia Bernal, de la pluma del propio autor Menotti del Picchia)

Emilia Bernal, gran poetisa del continente, me envía *Juca Mulato* en excelente versión castellana, que realizó con cariño muy especial. [. . .] Me parecía casi imposible que se pudiese trasladar a otra lengua con tanta fidelidad, y conservando las rimas [. . .]

Posee Emilia Bernal una obra poética original y notable. Con Juana de Ibarbourou, con la llorada Storni, con Gabriela Mistral,

con nuestra Cecilia Meireles, es uno de los supremos exponentes artísticos de la América Latina. [. . .]

En nombre de algunos que aún se empeñan en tomar en serio las cosas del espíritu y el esfuerzo del pensamiento, aquí expreso a Emilia Bernal el agradecimiento de los medios *bandeirantes*,¹ en cuyo nombre me tomo la libertad de hablar, seguro de que después de que leyeren estas líneas la apreciarán como legítima, efusiva y fraterna.

¹ Voz usada en Brasil para denominar a los valientes exploradores que conquistaron tierras y ampliaron las fronteras al interior del país.

La serenata

Canta Juca Mulato.

Y la viola pulsando
con el dedo nervioso va las cuerdas rasgueando.
Tenso el cordaje suelta lastimero alarido
cual grito de dolor de un pecho mal herido.
Tan suave es la canción, tan doliente, tan queda,
que una gota de sangre cada nota remeda,
fluyendo y goteando del borde de una llaga.
Es noche.

Sopla el viento una caricia vaga.

La turba atenta espera.

La plaza tiene brillos
cuando alumbra la luna de plano en los ladrillos.
Y la pasión sintiendo romperle la garganta,
Juca Mulato canta:

Vena ondulante de agua
que vas llorando en la huida.
También lloro, vena de agua,
Y de ello nadie se cuida.

A golpe de piedra
llora el salto de tu corriente.
Quien no sufre es quien no llora,
quien no llora es quien no siente.

Procuras por entre abrojos
ver cielos que astros poblaran.
También procuro unos ojos
que nunca me procuraran.¹

Tu pena no mira al cielo,
ni ella mi melancolía.
Vena de agua, en este anhelo
tu suerte iguala a la mía.

En pompas vanas tú medras
y yo entre ansias mezquinas.
Tu lecho es hecho de piedras;
mi alma está llena de espinas.

Si una rama se deshoja
en tu dorso, al resbalarla,
corres loco tras la hoja
y no puedes alcanzarla.

A veces, también risueño,
un sueño mi alma envuelve.
Corro loco tras el sueño
y el sueño se me disuelve.

Ventura... loca corrida
de una hoja en tu rodar.

Hoja... esperanza perdida
de un bien que no he de lograr.

Así voy, loco y sangrando,
vena de agua, y con ardor
por dondequiera que ando
corro tras de mi dolor.

¹ Por razones lingüísticas y poéticas, la poetisa usa *procurar* como equivalente de *inquirir*.

Lamentaciones
(fragmento)

I

¿Amor?

Dudas, embelesos,
paraísos encantados,
risas y sueños dorados,
después besos.

¿Después?

¿Y después, amada?
Después dolor sin remedio,
después llanto, después tedio.
¡Después nada!

II

También como ese bosque, tuvo otrora
mi alma un bosque cerrado de emociones.
¡Ay!, las palmeras de mis ilusiones
erguían el fuste espacio afuera. Ora
florección sueños, avasalladora
ansiedad de creencias y ambiciones.
No había en los bosques de esas extensiones
más lujuriente ni violenta flora.

¡Ay, bosque real! Es tiempo de quemadas.
¡Agosto! Agosto abrasa lo que existe
en borrascas que incendian a cercén
¡Ay de nosotros almas desgraciadas!
En la luz de un mirar lánguido y triste
el bosque de mi ensueño ardió también.

*Mandinga*¹

Se apea Juca Mulato. Es hosco el apeadero.
En la puerta dormita el macabro hechicero.
Le disfraza la piel flácida el esqueleto.
Hay una chispa mala en su ojo garzo, quieto,
dormilón, como el agua que no tiene corriente.
Fuma y lo envuelve el humo en olor pestilente.
Escupe. Rasca el muslo que la sarna enharina.
Escupe con pachorra otra vez y se inclina...

Con su mirar siniestro lo mide el hechicero.

—Oye, Roque, yo vengo a verte, porque quiero
un remedio que cure el mal que me atormenta.
—Tengo ramas de ruda, agua bendita, menta,
una infusión que cura la espinela² y de cierto
con figas³ y con señas deshago todo entuerto.
Con aguja y cabello, que enrosco de un pellizco
a la mujer más fría al punto enamorisco.
Miro un rastro y después de rezar un poquito

¹ En portugués: hechicería, brujería (en español es americanismo equivalente a diablo, demonio).

² Deformación del cartílago extremo del esternón, que curan los hechiceros del Brasil.

³ Señal para conjurar maleficios. Consiste en meter el pulgar entre el índice y el mayor, cerrando la mano.

el caballo robado encuentro derecho.
Con yerbas que yo sé transformo, de repente,
la criatura más floja en *caboclo*¹ valiente.

Dime, Juca Mulato, el mal que te tortura.
—Roque, yo mismo ignoro si este mal tiene cura...
—Sé rezos que el mal de ojo curan al más dañado.
Brebajes con que dejo cualquier cuerpo cerrado.
No hay punta que lo espete ni faca que lo hiera,
queda el cuerpo lo mismo que el de Dioginho² era.
Pero, ¿de dónde viene ese mal tan sombrío?
—¡Él viene de un mirar que nunca será mío!
Yo soy como la muerta claridad de la estrella.
El mismo sol la mira enamorado de ella.
Cuando afronto el fulgor de sus ojos, derecho,
es como si un cuchillo me atravesara el pecho.
Veneno que se bebe ansioso, por demás,
y sabiendo que mata se quiere beber más.
—Ya bien comprendo el mal que tu desdicha abona.
¿Y quién te mira así?
—¡La hija de la patrona!
Juca Mulato, olvida ese mirar vedado.
El amor imposible nunca ha sido curado.
De lepra libro el cuerpo, extirpo el mal del tedio,
más, para el mal de amor nunca tuve remedio.
¿Cómo has de poseer el claro mirar de ella,
si eres como un sapo que ambiciona ser estrella?
Curo de la culebra ponzoñosa el morder...
¡Quién supiera curar de un mirar de mujer!
Vencerá tu tormento si al amor has vencido.
Ese mal sólo sana por medio del olvido.
Olvidar un amor duele tanto, que a veces
sientes vas matando a un hijo, y te enloqueces
oyendo como grita dentro del pecho rijo:
“¿No sabes tú, crüel, que matas a tu hijo?”

¹ Mulato, mestizo, indígena.

² Nombre genérico dado, en las leyendas brasileñas, a los bandidos.

Y cuando lo estrangulas, a su gemido loco,
mientras quieres que viva lo matas poco a poco.
¡Huye! ¡Arrastra contigo esa inmensa tortura!
Es mejor la dolencia que el cordial que la cura.
Después, para que cierren las bocas de esa herida...
—¿Qué es lo que debo hacer?
—Juca Mulato, ¡olvida!

Cassiano Ricardo
(1895-1974)

*H*e aquí una selección de poesías de la obra en verso *Martim Cererê*, de la autoría de este notable aedo brasileño. Emilia Bernal tradujo en su totalidad este libro, que se publicó por Ediciones Cultura Hispánica (Madrid, 1953). Poeta de carácter lírico-sentimental, Ricardo figuró entre los modernistas desde 1917 hasta principios del decênio de 1940. Fue historiador, ensayista y relevante prosador, así como miembro de la Academia Brasileira de Letras.

El viaje azul

El día marinero
todo vestido de sol blanco
con su bagaje de aventuras
iba acompañando las carabelas
que se habían perdido en procura
de mundos nunca vistos ni soñados,
en mares antes nunca navegados.

El cielo había penetrado
como borrón de tinta
en el alma de los navegantes
que vagaban al acaso.

E iba creciendo
sin señal de camino
en el corazón andarín de los marineros
ya sucios de tanto azul,
el dolor del siempre lo mismo.

Y siempre aquella alianza
del cielo agarrado al mar.

Y siempre aquella danza
en que el cielo parecía
derramar más tinta azul
en los ojos del día
para no dejarlo navegar.

Y siempre la misma cosa
de todos los días: el cielo sin remedio,
el océano también sin remedio
y las velas errantes
cansadas de volar,
que eran alas enormes
caídas en el mar...

Declaración de amor

¡Yo vengo de otro mar! ¡Soy hijo de otra raza!
Por servir a mi Rey anduve a caza
de mundos nunca vistos ni soñados,
ora dándole el brazo a la procela
o riñendo con vientos malcriados.
¡Traigo una cruz de sangre en cada vela!

En la cresta del mar, dentro de su escarceo,
o de la soledad azulada y redonda,
¡cuántas veces me hundí envuelto en una onda
y cuántas envestí con la cabeza al cielo!

Y juguete en la mano de aquellas tempestades
vine por la ambición entontecido aquí.
De cierto que esta puede aun más que las saudades:
ambas fueron a verme a la hora en que partí.

La una, tan sincera, los ojos me enjugó
como si no volviera a verme nunca más.
La otra, de mirar verde, junto al muelle exclamó:
—¡Ve! ¡Esperando tu vuelta quedo, lobo de mar!

Y ahora, ¡oh tierra brava!, yo soy un ruiseñor...
Quiero vivir cantando del regato al costado

y tu beso coger del bosque fruto y flor
en tu cuerpo pagano por el sol salpicado.
Y agarrarme después a tus senos de *luar*,³
nauta que atravesó centenas y centenas
de ondas en furia, y vino, al fin, a naufragar
después de tantas luchas en dos ondas morenas,
que siendo nada más que dos ondas apenas
ellas valen por todas las que hay en el mar.

¡No importa que las *brejaúbas*,⁴ tras
el insólito verde en donde echas
tu bien supremo, tu sin par tesoro,
guardado por las onzas de ojos de oro,
escondan sus racimos entre flechas!
Ni que de día beba el agua en las
hojas gruesas de los *caraguatás*.⁵

Ni que alboroten en el aire los
papagayos en bandos,
ni de las *araras*⁶ pintadas las caracajadas,
de vernos así, a solas, hablando,
si los pájaros del amor y la alegría
en la suprema apoteosis de este día
a todo instante posarán cantando
las cosas que les digo con mi voz.

¡Vengo del mar! ¡Nací de la procela!
¡Traigo una cruz de sangre en cada vela!

Para sentir mejor
la gloria de este amor,
lobo de mar, a todo acostumbrado,

³ Claro de luna (en lengua portuguesa).

⁴ Palmera americana que tiene el tronco y las hojas erizadas de púas negras.

⁵ Planta brasileña de la familia de las bromeliáceas, que produce una especie de crin vegetal.

⁶ Pájaro de plumaje azul.

extenderé el cuero de un jaguar
sobre este suelo, y quedará afelpado,
más verde y más mullido que la mar.

Y tan grande será nuestra lucha en el lecho tren-
zado de *cipós*¹ que el nocturno torrente, chorro de estre-
llas hecho, caerá sobre nosotros brutalmente.

¹ Bejucos.

Estación de la luz

¡São Paulo!, y el tren exacto
entra en La Luz a las siete en punto,
dando un encontronazo asaz animado
en la ciudad, que aparece de repente
y vino de frente con casas y todo
y entró toda en los ojos de la gente.

¡Pralapracá de ciudad moderna!
¡Baraúnda de gente que llega
y sale corriendo en todos sentidos
con un gusto de viaje en la boca,
con pitazos de tren en los oídos,
con cuatro o cinco panoramas en la cabeza
y un paisaje par tres días en los ojos!

¡Carteles negros y blancos, violentos letreros!
“¡El mayor parque industrial de América!”
“¡Un billón y quinientos millones de cafetales!”

Y en medio de todo esto,
de tanto atropello,
fon-fon de automóviles,
líos de viaje,
destinos anónimos,
empujones, encomiendas,

brazados de flores,
en medio de todo esto,
una persona solita y sincera:
el corazón batiendo de emoción
de alguien que nos espera.

Alguien...
Que nos quiere bien.

Toda la ciudad se aglomera
a la llegada del tren.

¡Y cuántos en espera de su bien!

¡Doña Alegría
Recibe al emigrante que llega!
—¡Buenos días!

Ventura Gassol
(1893-1980)

A continuación una de las poesías que Emilia Bernal tradujo del idioma natal de este vate catalán, que también fue pedagogo innovador, hábil orador y alto dirigente cultural de Cataluña, por lo que fue figura pública muy admirada y respetada. Escribió poesía en catalán y francés, respondiendo a una estética romántica, y dedicóse también a la producción teatral; a su vez, tradujo al catalán varios clásicos de la literatura universal. En 1993, en ocasión del centenario de su natalicio, su producción literaria se recogió (en catalán) en dos volúmenes, *Poesia y Teatre*, con interesantes aportaciones críticas, y aparecieron estudios y opúsculos examinando su vida y su obra.

Canto nuevo

Florezca ya el bordón en nuestros dedos
y suenen nuestras ventas como flautas,
que en el fondo del pecho
noventa y nueve sentidos acaban de nacernos
y hemos visto una luz nueva brillar en la montaña.

De las nubes han llovido gotas de sangre, en tanto
que todos los rosales, de pronto, se han abierto
y nuestro corcel blanco
por encima de las flores, el polvo y el fango
se ha perdido, como loco, nubes adentro.

Aquellas jornadas que yo hiciera a las cimas acompañado
solamente de tu imagen
ahora quiero rehacerlas, amiga,
contigo que eres llena de carnalidad sensitiva
y que eres el comienzo y el fin de mi viaje.

Y ahora que en los nidos ya pían los pichones
y los árboles ya retoñan y tú me gritas:
—¿Qué hay dentro de sus brotes?
Yo te diré: —¡Allí lo mismo que dentro de tu
[seno se esconde,
allí hay mil frutas de pasión y mil vidas!

¿No las oyes dentro de tu vientre
como te gritan con la voz engolada!
—¡Madre, traednos del no-ser inerte!
—¡Madre de los ojos tranquilos y de la serena frente,
que queremos ver el cielo y la luz de la estrellada!

Arráncalos ya de la oscuridad y del vacío.
No esperes el ruego de mi palabra.
Son los gritos de mis hijos
que añoran el calor de nuestro lecho tibio,
y el rededor de nuestra mesa clara.

Amada, arráncalos ya de tus entrañas,
no permitas que allí de tristeza se sequen,
que sin su amor, amada,
¿quién nos guardaría del invierno en la invernada,
y en el invierno de la vida de la nieve?

¡Florezca ya el bordón en nuestros dedos
y suenen nuestras venas como flautas!,
¡que en el fondo del pecho
noventa y nueve sentidos acaban de nacernos
y hemos visto una luz nueva brillar en la montaña!

Eugénio de Castro
(1869-1944)

Nacido en Coimbra, De Castro fue considerado uno de los poetas decadentes y aclamado entre los más destacados simbolistas de su época. Mantuvo las doctrinas esenciales del simbolismo, establecidas por los teóricos franceses de ese movimiento, en contraste con el nostálgico nacionalismo de sus contemporáneos en su tierra. Interpretó sensiblemente el drama personal de la esposa de Don Pedro, posteriormente Pedro I de Portugal.

*Hermafrodita*²

“A o mesmo tempo que ostenta as insígnias d’uma fecunda virilidade, seus tumidos seios arredondam-se como os d’uma doncella”

Cristodoro de Coptos
“As Estatuas de Zeuxippo”

I

De Hermes y de Afrodita el hijo esbelto, amando
a Salmacis oscula el cuerpo melodioso,
y la ninfa se enlaza al mozo deslumbrado
con un placer que llega hasta ser doloroso.

² Figura en el libro *Salomé e otros poemas*, Coimbra, 1911.

Ella, dócil, ondula como la mies ondeara;
él jadea viril, igual que en celo el toro.
El pelo de la ninfa les inunda la cara,
y hay besos musicales bajo esa lluvia de oro.

Trenzado el uno al otro, no cabría de una mosca
el ala, entre sus dos bellos cuerpos, anillos
que se enroscan sensuales, febriles, cual se enrosca
la vid en flor al tronco, la yedra en los castillos.

De los cuerpos la unión entre ayes lascivos
cada vez más y más se transforma completa,
y cada vez aquellos muslos se unen más vivos:
unos blancos de *luar*,¹ otros rijos de atleta.

Con loco frenesí se les ve pretender
entrar ella en su cuerpo, él en el cuerpo de ella.
Lloran, gimen, dan ayes, y al auge del placer
gritan adoloridos al cielo que se estrella:

“¡Oh, Dioses, atended esta súplica ardiente!
¡Si es verdad que escucháis las voces que os reclaman,
fundid nuestras dos almas en una solamente,
fundid en sólo un cuerpo los nuestros que se aman!

Se oyó en el vasto Olimpo la rogativa loca;
y Zeus, el gran Zeus de la fuerza infinita,
transformó las dos bocas en una sola boca
e hizo de los dos cuerpos sólo uno: Hermafrodita.

.....

II

Al pie de una piscina he aquí que se detiene,
viendo con mirar triste que hasta las piedras toca
su cuerpo bisexuado que al mismo tiempo tiene
finuras de nereidas y firmezas de roca.

¹ Claro de luna, en portugués.

¡Extraordinario ser! ¡Extraña anomalía!
¡Crepúsculo del sexo! ¡Plutón y Anadyómena!
¡Eurídice y Theseo! ¡La gracia y la energía!
¡Los pulsos de Anthenor y el cabello de Helena!

Sobre un tórax de héroe en el pecho plegados dos senos
a loar como dos cervatillos;
la mano, dupla mano de musa y de soldado
quiere en la palma espada y en los dedos anillos.

¡Ay de ti, pobre ser, fuente de ayes dolidos!
¡Hermano de las lamas y las perlas de Ofir!
Los dos cuerpos están en uno solo unidos;
pero los corazones nada los puede unir!

¡Ser brumoso, transido de amarguras sin nombre!
Son dos cielos, llorando, tus pupilas, te obsedes
con las ansias sexuales de mujer y de hombre;
mas, para disfrutarlas desunirlas no puedes.

.....

III

La boca femenina se abre loca, ansiando
bellos dioses desnudos que no puede encontrar;
en el aire los brazos se abren, aspirando
a una cintura estrecha, sin lograrla abrazar.

Pide el seno liliat besos de gladiador;
y la frente viril de la virgen los besos:
así en el mismo cuerpo con ímpetus de amor
dos deseos rivales se debaten opresos.

Son dos leones presos en una jaula misma:
rugen, clavan las garras, la sangre zumba y late...
y el cuerpo, árbol y flor, que el infortunio abisma
se estremece al fragor de ese rojo combate.

Uno quiere la guerra, el otro días amenos,
uno adora a los héroes, el otro sueña amores,
uno vencer legiones, el otro amables senos,
uno águilas reales, el otro ruiseñores...

Dan gritos de dolor, mutílanse, permutan
filtros excepcionales preparados por Circe.
Como jaula de vidrio donde tigres disputan
a veces, tal parece que el cuerpo va a partirse.

Si hacia el azul elevan el ruego, por acaso,
los dos ímpetus luchan en batalla sangrienta:
si uno va a seguir, le sale el otro al paso;
si uno va a ceder, el otro lo atormenta...

.....

IV

Hermafrodita, al fin, extingue con fatiga
la formidable lucha que el corazón le escala
y se echa a correr bajo la luz amiga
por comarcas ignotas y mares de esmeralda.

Sube a los altos faros, baja a los subterráneos;
Pero nada le trae el íntimo reposo:
quiere con una boca dar besos simultáneos
y al mismo tiempo busca a una mujer y a un mozo.

Si un mancebo pretende, la mujer la fascina,
si una mujer posee, del efebo carece.
De anhelar en vano la angustia lo domina:
nada le satisface y todo lo apetece...

Sin poder sufrir más el embate del daño,
con un trágico gesto en las manos viriles,

Hermafrodita ahorcóse... Y de su cuerpo extraño
los feroces hermanos se escaparon hostiles.

.....

V

Llovía... Y procurando una guarida en calma
en donde guarecerse: torre o gruta en la tierra,
vieron mi alma abierta, se entraron en mi alma
¡y en mi alma desde entonces continúan la guerra!

Antonio Nobre
(1867-1900)

*E*ste aeda portugués, ya fallecido cuando Emilia Bernal conoció su obra durante su estancia en el país de él, se hizo notable al publicarse, en 1898, la versión definitiva de su gran obra poética, titulada *Só* (Solo). Influido por los poetas simbolistas franceses –habíase trasladado a París en plan de estudios– fue uno de los grandes líricos de la poesía tradicional portuguesa, de notable perceptividad y espíritu nostálgico. Tras su breve vida, la siguiente hornada de poetas siguió su pauta y se denominó la “*Generação Sósino*”.

*Madre*¹

Lejos de ti, en la celda de mi cuarto,
mi copa llena de amargantes heces,
te oigo rezar del otro mundo tanto,
por mí. ¡Oh, madre mía no, no reces!

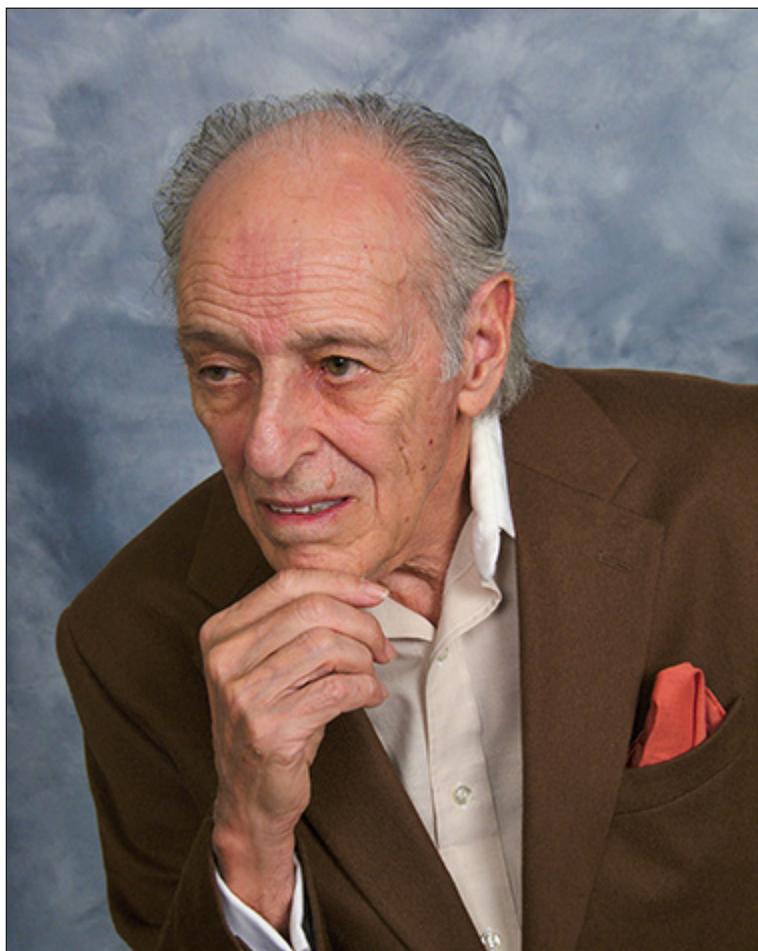
Para hablar de este modo ve si es harto
que me oigas blasfemar, a veces,
resufriendo el cruel dolor del parto
tras llevarme en tu vientre nueve meses.

¹ Soneto escrito por el autor cuando, muy avanzada la tisis que lo aquejaba, se sentía abandonado y sin esperanzas.

¡Nunca me hubieras dado a luz, Señora!
Nunca absorbiera el líquido aureolado
que me hizo hombre, mágica bebida.

Fuera mejor no haber nacido. Ahora
ves que ando como ando, desterrado
en la costa africana de la vida.

Semblanzas



© *Emilio Bernal Labrada (2015).*

Emilio Bernal Labrada

Nacido en Cuba y radicado desde joven en los EE. UU., se dedicó muy temprano al análisis y la defensa de nuestro idioma, tema central de sus estudios tanto universitarios —Universidad de La Habana, *Southwood College* (Carolina del Norte) y *Southeastern University* (Washington, D.C.)— como por cuenta propia. Hizo carrera en la Secretaría General de la Organización de Estados Americanos (OEA) durante tres decenios como traductor-revisor, intérprete y corrector de estilo (en español e inglés). Además del inglés, domina el francés y el portugués. Es miembro Numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE), donde presidió la Comisión de Finanzas y Tesorería y actualmente es Académico de Honor. Es cofundador de la *Revista de la ANLE* e integrante de su consejo editorial (<https://www.ranle.us/>).

Entre sus publicaciones se destacan: *El buen uso impide el abuso. Manual jocoserio/ Good Usage Prevents Abusage. A serio-comic Manual* (ANLE, NY, 2018; *La Prensa LiEbre o Los crímenes del idioma*, (2001); *Emilia Bernal: su vida y su obra* (1999); *Antología de El Trujamán*, Instituto Cervantes (Madrid 2002) y artículos en el volumen *Árboles genealógicos de la Cuba española*, (Verbum, Madrid, 1997). Distribuye independientemente y a

través de distintos medios las columnas instructivo-humorísticas “Nuestro idioma de cada día” y “Gracias y desgracias del idioma”, así como la titulada “Temas de actualidad”. Sus artículos sobre el idioma han aparecido en el “Boletín” del Departamento de Español Urgente de la Agencia EFE y en la revista de la Fundación del Español Urgente (Fundéu), “Donde dice...”; y en el cbersitio de la ANLE (<https://www.anle.us/proyectos/nuestro-idioma-de-cada-dia/>). En inglés, escribe la columna idiomática “Language, Our Daily Fiestan”.

Además, es autor, en ambas lenguas, de monografías, ensayos, artículos, reseñas de libros, poesías, entrevistas y ponencias sobre temas literarios, lingüísticos y culturales. Ha publicado en las revistas *Américas*, *Hispania* y la *Revista Interamericana de Bibliografía*, entre muchas otras.

Especializado en el estudio y análisis de los anglicismos y de las medidas para rectificarlos, suplantarlos y superarlos, ha escrito ensayos sobre el tema en el *Boletín de la Academia Norteamericana*, así como para el *Boletín de la Academia Colombiana*, en el cual publicó, durante un cuarto de siglo, una serie de artículos titulada “Influencias anglicistas en el español contemporáneo”.

Manuel J. Santayana Ruiz

Se ha desempeñado como profesor de inglés como segundo idioma y lengua y literaturas hispánicas en Miami Dade College desde 1995 hasta 2018. Es Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Miami, Coral Gables (1995) en la especialidad de enseñanza del idioma español y su literatura. Su disertación versó sobre “La evolución poética de Mariano Brull: un dialogo con la poesía francesa contemporánea”.

Sus actuales áreas de interés son la traducción poética en verso y el ensayo literario. Se incorporó como miembro de número de la ANLE en julio de 2018, y su discurso de investidura en tal condición fue “La poesía de José Martí ante la crítica literaria del siglo XX”. Integra el Consejo Editorial de la *Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (RANLE)* con aportes regulares tanto en materia de creación literaria como estudios y ensayos en sus áreas de interés.

Entre una variada gama de publicaciones se destacan *De la luz sitiada* (poesía) (Miami, 1980); *Palabras liminales* de Eugenio Florit. Poema-epilogo de Justo Rodríguez Santos. *Las palabras y las sombras*. Poesía y versiones poéticas (México, 1992) con prólogo de Manuel Ulacia; *Michelangelo Buonarroti: Rimas (1507-1555)* (*selección*), edición bilingüe: versiones del toscano, introduc-



© *Manuel J. Santayana Ruiz (2018).*

ción y notas (Madrid, Bs. Aires, Valencia, 2012) que obtuviese el Premio Nacional de Traducción de Italia al editor Manuel Borrás (Roma, 2018); “Apuntes sobre la traducción literaria en Alfonso Reyes” en *La traducción en los Estados Unidos: Teoría y Práctica*, editora: Ana M. Osan (2012); “Jules Supervielle: enigma y transparencia” (ensayo) y “Orfeo” (cuento), traducción del francés (*Cuadernos Hispanoamericanos* N° 750, Madrid, 2012). “Doble acento de Eugenio Florit” (ensayo y semblanza, con una traducción inédita de Eugenio Florit del poema “Thanatopsis” por William Cullen Bryant), (*Cuadernos Hispanoamericanos* N° 759, Madrid, 2013); Charles Baudelaire: *Las flores del mal*, edición bilingüe: Introducción y versiones (Madrid-México, 2014); “La poética del traductor de poesía: un trabajo de amor nunca perdido” (ensayo), *Años Diez: Revista de Poesía* (Granada, 2015); *La tarde tiene prisa* (poesía y traducciones en verso), Ediciones “El zunzún viajero” (Boston, 2017); “Sobre la traducción de *El cementerio marino*” y “Entre el vacío y el suceso puro: Valery y *El cementerio marino*” (ensayos) en *El cementerio marino/ Le cimetiere marin*, traducción de Eugenio Florit, edición bilingüe del poema con ensayos de Víctor Manuel Mendiola (editor), Salvador Elizondo, Xavier Villaurrutia, et al. (2019).

Este número dieciocho de la *Colección Pulso Herido* de las Ediciones
de la Academia Norteamericana de la Lengua Española
acabose de imprimir el día 14 de diciembre de 2020,
festividad de San Juan de la Cruz,
en los talleres *The Country Press*,
Massachusetts,
Estados Unidos de América